

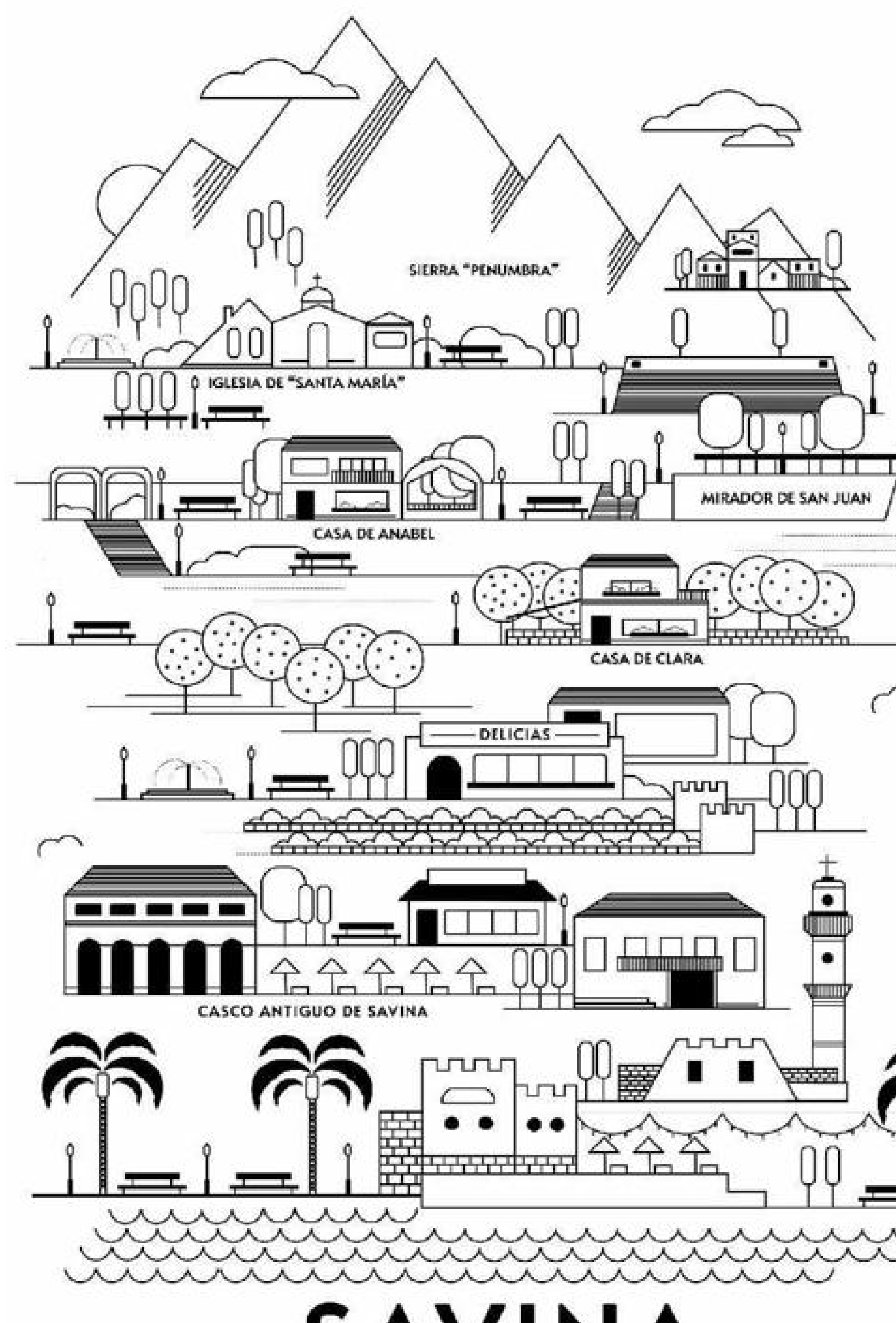
TE ENCONTRÉ I

CON SABOR A LIMÓN Y SAL

Código de registro SafeCreative ©2306264679456
ASIN: B0C6BLXLZ8

PERFILES SOCIALES:
instagram.com/ autora.veronicaespinosa
twitter.com/AutoraVeronica
tiktok.com/ veronicaespinosa_

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Mapa Interior: Verónica Espinosa
Maquetación: Verónica Espinosa
Corrección: Rocío G. Yuncal



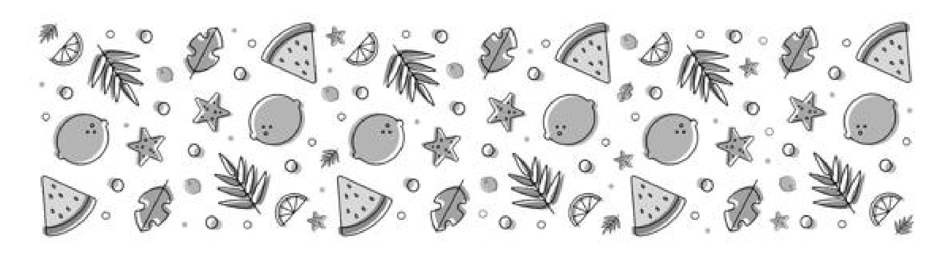
SIERRA "PENUMBRA"
IGLESIA DE "SANTA MARÍA"
CASA DE ANABEL
MIRADOR DE SAN JUAN
CASA DE CLARA
DELICIAS
CASCO ANTIGUO DE SAVINA

SAVINA

íNDICE

A mis abuelos.
Por todas esas tardes de aventuras bajo el sol.
Por todos esos ratos de diversión bajo los limoneros.
Por todos esos días llenos de risas y experiencias.
Por todas las historias que han compartido conmigo.
Por esa sabiduría que ahora, forma parte de mi día a día.
Por ese amor que me ha hecho ser quién soy.
Por vuestro recuerdo, que valoro tanto.
Siempre os querré.
Siempre os tendré cerca.
Jamás os olvidaré.

Verónica Espinosa.



PRÓLOGO

SARAH



❝Sucede que uno nunca conoce de verdad
a las personas que quiere hasta que cae
el telón y se desvela la verdad.❞

De todos los lugares que forman parte de esta casa, este era mi rincón favorito por encima de mi propio dormitorio. Recuerdo que, cuando era mucho más pequeña, me escapaba los días de tormenta para venir aquí, enrollarme en una manta y quedarme dormida. Mi madre nunca comprendió por qué prefería dormir en este diván tan incómodo; sin embargo, mi padre sí que lo sabía, era nuestro secreto y me gustaba tenerlo. Él y yo convertimos este espacio en nuestra cueva de los tesoros, el lugar donde la fantasía no tenía límites, el sitio en el que él me contaba cuentos en los que se luchaba contra los gigantes del cielo; esas historias en las que se podía recorrer el mundo y descubrir que estaba repleto de aventuras maravillosas. La única norma que existía cuando atravesábamos las puertas era que aquí se podía soñar, pero jamás mentir.

Ahora, toda esa belleza mágica que podía alcanzar con los dedos cuando era una niña se ha perdido entre los libros que me rodean y, al mirar por la ventana junto a la que tantas veces me senté en el pasado, parece que el tiempo se ha paralizado y que mi vida se ha hecho pedazos contra el suelo.

Mi padre murió hace semanas y lo que antes era su paraíso personal, ahora se ha transformado en un almacén repleto de cajas y papeles viejos. Este lugar ya no es más que una cueva oscura, un museo lleno de recuerdos que duelen y que atraviesan mi corazón llevándose consigo unas lágrimas que me esfuerzo por contener y que me hieren por dentro. Creía que mi padre era el mejor, que no había nada que no supiese de él, pero ahora, tras descubrir su gran secreto, lo que siento es algo muy diferente al orgullo que golpeaba mi corazón antes de perderlo.

Él me dijo que uno de los peores defectos de la humanidad era la mentira y es ella misma la que me hace sentir tan destrozada. No soporto la idea de haber sido engañada por él. Me duele, me lastima tanto, que me he pasado las últimas horas, dejándome arrastrar por un arrebato de ira, llenando cajas y cajas de cosas suyas que hasta entonces usaba y mantenía conmigo porque eran un regalo de él. Ahora, no puedo ni siquiera mirar sus fotografías.

He descubierto que todo lo que fue suyo guarda su huella. Sus camisas aún huelen a su perfume, su sillón aún tiene una americana en el respaldo y hasta las pequeñas motas de polvo que hay sobre los libros que coleccionaba llevan un recuerdo de él.

Supongo que, hasta yo misma, lo llevaré dentro por mucho que pase el tiempo.

He tardado varias horas en recoger todo, pero hay una cosa que aún no me he atrevido a limpiar: el escritorio, ese en el que mi padre se sentaba largas horas a escribir sigue tal y como lo dejó antes de marcharse aquel fatídico día a la editorial. Sobre la madera de nogal la taza de café que dejó a medias aquel día sigue siendo el pisapapeles de un montón de folios arrugados que, probablemente, rescató de la papelera a la desesperada. La máquina de escribir tiene un folio atascado en el que se pueden leer varias frases por terminar, y en la papelera caen algunas bolas que ni siquiera he querido ojear y que, seguramente, contienen letras maravillosas.

Siempre me pregunté por qué razón se negaba a usar un ordenador como cualquier escritor moderno. Mi padre era un mentiroso, sí, pero era un escritor chapado a la antigua increíble y no hay nada ni nadie que cambie esto.

Desde la ventana puedo ver a mi madre sentada en las escaleras del jardín, con una taza de té entre las manos y la mirada perdida en las rosas blancas que un día mi padre plantó para ella. Me gustaría saber qué piensa, qué es lo que siente o ha sentido todos estos años atrás para que ahora, ni siquiera haya vertido una lágrima de dolor. Sé que mi padre ha sido el causante de que ella esté así de entera y tranquila, pero no dejo de preguntarme si guardará algún tipo de sentimiento por él.

Ahora me siento mal por haberla odiado por ser así de fría, tan suya y distante, controladora. No he sido una niña fácil y me da lástima pensar que, además de con mi padre, también tuvo que lidiar con una hija rebelde y un matrimonio en el que su marido ni siquiera la quería o la respetaba de verdad. Yo creía que ella no disfrutaba estando con su familia, pero todo cambió en el momento en que

encontré la nota que había escondida entre algunos cuadernos de mi padre y la leí. Al comienzo, creía que era una tontería, pero luego, entre otras anotaciones y recuerdos, me di cuenta de que era una realidad que me hizo comprender por qué mi madre sonreía y parecía feliz frente a los que acudieron a despedir a mi padre durante su funeral. Aquel día pensé que se había vuelto loca al vestirse con ese vestido negro y ese precioso collar de perlas cayendo sobre su pecho, pero, lo que hizo, fue dejar ver que nada ni nadie la hundiría.

Desde que supe la verdad, no he podido dejar de mirar una y otra vez la fotografía que nos hicimos mi padre y yo en la última barbacoa. Aquel día hablamos de ir a pescar, de hacer una acampada juntos y de llevarnos el telescopio para poder ver de cerca las estrellas. Me comentó que conocía un lugar perfecto para observarlas y, ahora, sé que la razón por la que no lo hicimos fue porque mantenía una relación con una mujer a la que toda la familia conocía.

Es asombroso, pero el tiempo pasa y lo hace tan rápido que han transcurrido varios meses desde el último día que vivimos todos juntos en casa. Mi abuela nos ha visitado hace unas horas y, aunque no he estado presente, he escuchado toda la conversación desde el hueco de la escalera del piso superior. Ahora sé que nos iremos a Savina, un pueblo situado a unos cuantos kilómetros de Valencia y en el que, al parecer, creció mi madre. Me pregunto por qué la abuela insiste tanto en que vayamos allí, pero tarde o temprano lo descubriré y, cuando lo haga, ya veré qué hacer con ello.

Estoy segura de que todo el mundo —incluso mi madre— continuará con su vida, pero me costará tiempo hacerme a la idea de que mi padre no era tan perfecto como yo creía. Para mí, él era el mejor, un príncipe que me hacía creer que era la hija más afortunada del mundo; pero ahora, lo único que siento es que jamás le conocí.

Mi vida ya no será la misma después de esto y, a la misma vez que deseo olvidarle, siento que, si lo hago, podría perderme. Él no se irá de mí tan fácilmente porque, a pesar de que ya no está, cada rincón de este lugar y cada una de las cosas que nos rodean están repletas de él, pero también de nosotros juntos; un paraíso que fue un mundo de ensueño y que, ahora, se ha convertido en un infierno.

. . . . . .

(...)

—Nunca te olvides de una cosa importante, Sarah. —Marcos miró a su hija mientras que sus ojos azules se iluminaban con la luz de aquella lámpara de colores—. Nadie deja de existir nunca. Sus recuerdos, todo lo

vivido a su lado, sus enseñanzas, sus consejos… Mientras que eso exista en tu mente y en tu corazón, esa persona vivirá para siempre.

Sarah miró a su padre y dejó caer la cabeza en su pecho observando el movimiento de las estrellas en el techo.

—¿Crees que es posible no olvidar con el paso del tiempo?

—Creo que jamás se olvida a las personas que fueron importantes en tu vida —respondió él acariciando el cabello dorado de su hija—. ¿O es que tú podrías olvidarte de mí?

Ella negó y abrazó a su padre en silencio.

—Jamás podría hacerlo, papá. —Marcos se abrazó a ella y besó su frente soltando un suspiro profundo—. Además, sería imposible olvidar al gran Marcos Reese, ¿no crees?

(…)

. . . . . .

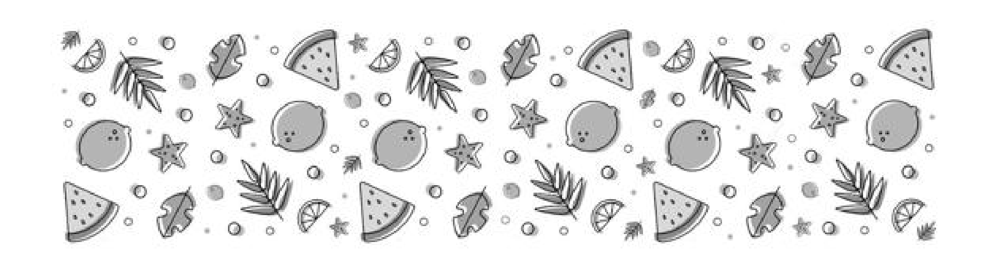
¿Se puede olvidar a pesar de querer hacerlo?

¿Podemos dejar atrás todo lo vivido para evitar sufrir?

¿Somos capaces de continuar tras una caída fuerte?

todo es cuestión de empezar de cero, de dejarse

llevar sin miedo y no pensar en el futuro.



CAPÍTULO 1
RECUPERANDO LAS RIENDAS DE MI VIDA

ANABEL



❝Somos los instantes que vivimos y forjan los cimientos de las personas que en el futuro seremos.❞

Marcharme de Valencia y volver a Savina se ha convertido en un plan improvisado no tan «improvisado». He tenido que esperar a que Sarah terminase las clases de 4º de la ESO, pero aquí estamos. Necesitaba escapar de la burbuja en la que llevaba tanto tiempo sumergida, huir de un hogar en el que he vivido más momentos tristes que bonitos y de una ciudad de la que creí que jamás podría desertar. No termino de creer que ella se haya montado en el coche sin rechistar, pero ha sido un alivio no haber tenido que contar la verdadera razón por la que hemos salido corriendo. Estoy agotada, cansada y mis energías se han reducido a cero a causa del revuelo de emociones que cargo por dentro y que, por lo pronto y sin avisar, se revuelven como una serpiente cuando la sujetan del cuello.

Cuando me llamaron del hospital hace unos meses y me notificaron que Marcos había tenido un accidente de tráfico, me dividí en tres partes que lucharon entre sí hasta que entré en la fría sala de la morgue y tuve que reconocerlo. Allí, todas ellas se mezclaron y reventaron en mi pecho derrumbándome por completo. Ni siquiera esa parte más fuerte, la que se sujetaba con ambas manos a los azotes del karma, pudo frenar las lágrimas que corrieron por mis mejillas y que se agotaron ese día. Soy consciente de que Sarah aún espera que le

diga que extraño a su padre, pero no sentiré su falta, o al menos, no del hombre en quien se convirtió después de que la fama se le subiese a la cabeza. Yo siempre echaré de menos al Marcos de antes, ese que escribía pequeños relatos que colgaba en su blog y que difundía gratuitamente, el que pensaba únicamente en hacer disfrutar a la gente, el hombre que aún guardaba pequeños matices del amigo que alguna vez tuve.

Él y yo nos conocíamos de toda la vida. Fuimos amigos hasta que se marchó del pueblo cuando tenía doce años y el destino nos unió para arrastrarnos a ambos hacia un futuro que, al comienzo, disfrutamos con amor; momento en el que fuimos felices sin cesar y donde él era mi ser mágico, mi persona favorita y que se corrompió tras la publicación de su cuarta novela. Aunque nada cambió para Sarah porque para ella su padre era un hombre maravilloso, su príncipe azul, el gran amor de su vida, un ser único y especial.

De no haber sido por mi madre, que no se ha apartado de mí en ningún momento, puedo asegurar que no habría soportado tanto. Ella es la culpable de que ahora esté en mi coche rumbo hacia Savina después de tantos años sin pisar el pueblo. Nunca es fácil volver después de haber roto una promesa, pero ahora no estoy en condiciones de huir a cualquier otra parte del mundo para esconderme de errores del pasado.

La última vez que estuve en Savina tenía diecisiete años y me faltaba poco más de cuatro meses para los dieciocho. Mis padres decidieron que sería mejor para mi futuro vivir en Valencia y, de la noche a la mañana, encontraron un piso, recogimos todo lo que teníamos y nos marchamos sin preguntarme una sola vez qué era lo que yo quería hacer. Estuve molesta con ellos durante semanas. Me negué a adaptarme y se encontraron con la peor versión de mí misma. Me convertí en una adolescente alocada que, más que estudiar, vivía y se pasaba el tiempo provocando que ellos perdieran el dinero tontamente. A pesar de hacerles la vida imposible, no obtuve lo que quería porque, al final, mi padre se cansó de mí y dejó en mis manos las riendas de mi vida, mis gastos y cualquier cosa que necesitase.

Fueron años difíciles, tanto, que la promesa que hice se perdió entre mis recuerdos, y todo mi tiempo acabó siendo ocupado por mis jornadas en la universidad, mis horas de estudio entre semana y mi trabajo en la pizzería del barrio cada fin de semana. Así fue como aprendí que no se puede tener todo en la vida si no nos esforzamos y que debemos, siempre, decidir por aquello que es importante para nosotros en un momento dado.

Yo quería haberme quedado en Savina, pero, poco a poco, me

acomodé a esa nueva forma de vivir y lo demás, dejó de importar.

Tras tener mi diploma entre las manos, mi vida cambió y seguí hacia adelante como si mi pasado no existiera. Enterré recuerdos, personas, instantes y emociones para convertirme en otra mujer; y, cuando creí que el destino no podría sorprenderme, Marcos se puso en mi camino recordándome quién fui, de dónde vine y a quién dejé atrás, y tuve miedo de recuperar todo aquello.

Aún nos queda poco más de una hora para llegar a nuestro destino y el silencio en el interior del vehículo comienza a estresarme lo suficiente como para empezar a golpear con mis dedos el volante. Sarah no ha dicho ni una sola palabra desde que comenzó nuestra travesía, lleva sus auriculares con la música tan alta que puedo seguir las letras de Ed Sheeran sin necesidad de tener una pantalla de karaoke delante. Me pregunto cuándo me hablará y romperá su silencio, cuándo podremos conversar y sincerarnos por completo y sin miedo. Sé que su forma de actuar se debe a su necesidad de huir del mundo, lo sé porque yo hice exactamente igual cuando mi padre murió: me encerré en mí misma y pagué con mi madre la culpa de una situación de la que no era responsable. Fui egoísta, cruel y le hice un daño irreparable, pero todo mejoró con el tiempo.

Antes de salir de Valencia, mi madre me aconsejó que le contase la verdad a Sarah, pero, cuando la miro, soy incapaz de hacerlo; no quiero destrozar la imagen que tiene de su padre y tampoco hacerle saber que todos estos años me vi sometida a él, a sus maltratos psicológicos y a sus traiciones. Sé que eso la rompería, y lo último que quiero para ella es que sienta que ha sido engañada por su propio padre a lo largo de toda su vida.

Se me escapa un suspiro cuando me acomodo mejor en el asiento y abro la ventanilla para permitir que la brisa acaricie mis mejillas y me revolotee el flequillo. Sarah está tan sumergida en su teléfono que, para llamar su atención, necesito soltar el volante y colocar mi mano sobre las suyas.

—La abuela me ha dicho que espera que disfrutes de estas semanas en Savina. —Levanta una de sus cejas y aparta uno de sus auriculares para escucharme—. Dice que está segura de que te apasionarán las vistas de la playa.

—Puf… —responde ella sin ganas—. No creo que sean tan bonitas como las de Valencia. Además, aquí no están mis amigos, ya me dirás qué voy a hacer yo sola para divertirme.

—Todos los lugares del mundo tienen su propio encanto —aseguro mirándola durante un par de segundos antes de volver la vista hacia la

carretera—. Savina es de esos pueblos que tienen magia propia, que encanta por su tranquilidad y por realizar actividades más tranquilas: como las rutas de senderismo por la sierra, la pesca, los picnics junto al río…

—Lo que he dicho, un aburrimiento —replica y vuelve su mirada hacia el teléfono que lleva entre las manos.

—Estoy convencida de que no te aburrirás ni un solo día —le digo a sabiendas de que una vez que llegue, ella misma cambiará de opinión—. Ahora no tienes ni idea, pero Savina te atrapará y no te dejará ir.

—¿Y tú por qué te fuiste, eh?

Su pregunta provoca que agarre el volante con fuerza y que me muerda el labio antes de que el batiburrillo de explicaciones que pasan por mi mente salgan disparadas sin freno y ocasionen una situación mucho peor. Así que lo único que hago es sonreír y regalarle una caricia en el pelo que se queda en nada cuando me aparta la mano.

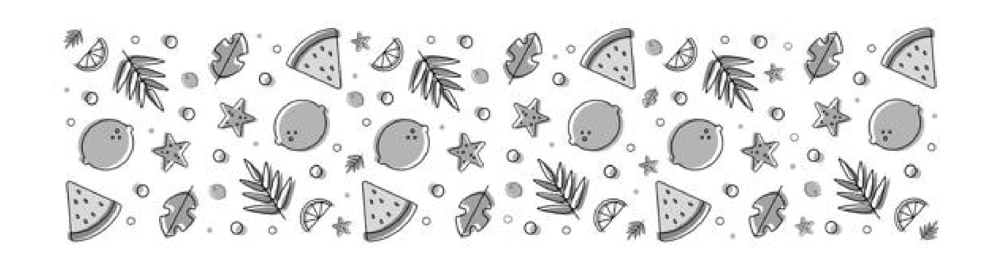
—Sarah, por favor…

—Aún no me has contestado —dice desafiante—. Escuché a la abuela decir que tenías cosas que recuperar en Savina, ¿qué son esas cosas? —pregunta fulminándome con la mirada.

—No sé qué habrás escuchado, pero en el pueblo lo único que dejé fue un montón de recuerdos.

—Ya, sí… —Descontenta con mi respuesta, Sarah vuelve a colocarse los auriculares, sube el volumen de la música y desaparece sumergiéndose en su burbuja dejándome con un sabor amargo, el corazón encogido y la necesidad de contarle todas esas cosas que he sido incapaz de confesarle a nadie.

Ella ha ganado la batalla esta vez. Lo sabe y yo… yo lo único que hago es rendirme. De modo que cierro las ventanillas, me arreglo los mechones de pelo tras una de las orejas y me convierto en una taxista que la guía rumbo a lo que una vez, hace mucho tiempo, fue todo mi mundo y el lugar en el que fui feliz de verdad.



CAPÍTULO 2
REGRESANDO A CASA

ANABEL



❝Volver atrás en el tiempo y encontrarte
de nuevo con todo lo que viviste y sentiste,
se percibe como una descarga
eléctrica directa al corazón.❞

Savina nos ha dado la bienvenida hace unos quince minutos y juraría que no la recordaba tan bonita, cálida y familiar como ahora. Supongo que eso nos ocurre a todos los que nos alejamos del lugar en el que hemos vivido toda la vida y regresamos; no somos capaces de ver la belleza que nos rodea hasta que no nos damos la oportunidad de descubrirla de nuevo.

Ahora, ante mis ojos, sus calles relucen bajo los rayos de sol gracias al color de la piedra que decora las pareces de muchas de las casas. Todas, salvo la de la catedral, el ayuntamiento o el museo situado en la plaza principal, se levantan por la montaña acomodadas como piezas de un puzle que invita a que no dejes de mirar y acabes chocando con el precioso cielo pintado de azul. Es un paraíso que une la tierra con el mar, y está repleto de calas que invitan a perderse en sus profundidades y dormir arrullada por el sonido de las palmeras meciéndose al son de la brisa de Levante.

Había olvidado que aquí todo huele a mar y a limón, que el calor te invita a zambullirte en el agua y que la brisa puede meterse dentro de ti como lo hace el aroma de los jazmines. Este suave vientecillo se cuela por las puertas de las casas moviendo las cortinas de cuentas de madera tan típicas en este pueblo, y de las que me colgaba cuando era una cría a pesar del descontento de mi madre. Reconozco que no fui

fácil de criar, me gustaba la aventura y no medía el peligro en las cosas que hacía, me metía en más problemas de los esperados y me pasaba días completos cumpliendo castigos. Pero aquí, en Savina, he sido muy feliz, tanto, que no necesito fingir una sonrisa y unas emociones que nacen solas y me llenan por dentro.

Con la cúpula azul de la iglesia del pueblo brillando con fuerza bajo el sol de mediodía, decido estacionar el coche junto a una de las casas y apago el motor. Ya hemos llegado y, frente a mis ojos, la cuesta de Santa María se abre paso rumbo a uno de los lugares más bonitos de este pequeño paraíso: los miradores de San Juan. Desde allí, el mar Mediterráneo se abre paso hacia el horizonte infinito; lugar perfecto para ver amaneceres y anocheceres, estrellas y universos.

En silencio me quito el cinturón, echo un vistazo a mi teléfono y sonrío al leer entre mis notificaciones, un mensaje de mi madre:

MAMÁ: ¡Tú puedes con todo cariño! Nunca te debí obligar a salir de allí. El pueblo os hará bien. Me reuniré con vosotras en unos días. Por el momento, disfrutad de la casa. Os quiero.

YO: Te queremos mucho más.

—¿Por qué sonríes así? —Mi respuesta se envía un par de segundos después de que Sarah pregunte interesada. Se ha quitado los auriculares y, por fin, tengo toda su atención.

—Es la abuela, dice que nos quiere y que llegará al pueblo en unos días. —Mis ojos van más allá de la ventana que queda junto a Sarah y se fijan en las macetas repletas de geranios de la casa que hay a lo lejos—. ¿Vamos? Tenemos que andar unos cuantos metros por la cuesta hasta llegar a la casa de los abuelos.

Sarah señala con una de sus manos la pendiente y levanta una de sus cejas incrédula.

—¿Quieres que arrastre mi maleta por todas esas piedras?

—Así es —afirmo sonriente.

—Jo, mamá, ¿en serio? —bufa—. ¿No había otro lugar al que ir que a un pueblucho lleno de cuestas como este?

—Anda vamos, no te quejes tanto —reprocho con ternura—. Si quieres te puedes quedar aquí a dormir —comento a la vez que me encojo de hombros—. Aunque te perderás una de las vistas más bonitas que hayas visto jamás.

—Deja de decir eso —espeta con desgana—. No me va a gustar…

Sin decir nada más, giro mi cuerpo hasta el asiento de atrás donde

encuentro mi bolso. No me lleva mucho tiempo abrir la puerta, salir y colocarme las gafas de sol para cubrir mis ojos de la luz. En silencio respiro y cierro los ojos sintiendo que, a lo largo del camino y en el interior del coche, he dejado todas esas cosas que cargué conmigo desde hace demasiado tiempo.

Tan pronto como sonrío, una brisa me susurra una bienvenida al oído y, por primera vez en muchísimo tiempo, me siento en casa. Tengo el corazón latiendo deprisa en el pecho y las lágrimas al borde del abismo, pero muerdo la cara interna de mis mejillas y camino hasta el maletero para sacar el equipaje.

—Bueno, ¿qué? ¿Te vienes conmigo?

—Uf… mira que eres pesada, de verdad —resopla, y le echo las llaves del coche sobre sus piernas antes de sujetar mi maleta y guiñarle un ojo.

—Te veo arriba. No tiene pérdida. Busca los maceteros con margaritas. Son los únicos que encontrarás en todo Savina.

Y así, en cuestión de segundos y tirando de mi maleta, vuelvo a mi pasado mientras el ruido de las ruedas chocando con las piedras dan forma a la cuesta en la que tantas veces me caí y me lastimé las rodillas, y por la que una vez corrí con el corazón desbocado. Un corazón que ahora se resiste y lucha por despertar de entre los rescoldos de una hoguera que hace un tiempo ardía con fuerza y sin freno en mi interior.

La casa de mis padres está tal y como la recordaba, y me alegra mucho que sea así porque, después de todo lo que me ha pasado, hay algo en mi vida que no ha cambiado.

Ese pequeño detalle, el de descubrir que todo lo que conocía sigue tal y como lo recordaba, me permite recuperar la seguridad que perdí cuando sujeté de nuevo las llaves de esta casa entre mis manos. La última vez que estuve aquí lo hice prometiendo que volvería, mirando unos ojos verdes y besando unos labios que siempre recordaré aun cuando pasen mil años. Aquel día en el jardín, nos dimos un centenar de besos embriagadas por el dulce aroma de las flores de limón que se cuela ahora por las ventanas del salón. Se nota que mis padres han venido al pueblo de tanto en tanto, porque sus margaritas siguen brillando como siempre lo han hecho y los árboles lucen tan frondosos que te invitan a caer rendida bajo sus sombras.

Este lugar del mundo es un refugio de mar y montaña, y me importa muy poco si el resto de las personas lo ven como un pueblucho cualquiera de la costa sin otra actividad que disfrutar que sus playas porque, para mí, es mi propio cielo y ahora mismo estoy

volando entre nubes sobre las que caer y recuperar esas fuerzas que he perdido a lo largo del tiempo.

La cortina de cuentas de madera suena a mi espalda y me avisa de la llegada de Sarah. Me alegra que, al final, su interés por saber si lo que le he dicho es verdad ha sido más fuerte que su malestar conmigo. Por eso es por lo que sonrío y la miro con una sonrisa tranquila plasmada en los labios, dispuesta a darle la bienvenida a esta casa en la que pasé momentos increíbles que jamás olvidaré y que espero que ella también pueda vivir. Sin embargo, cuando ambas cruzamos la mirada, su curiosidad muere y, antes de que pueda decirle nada, agarra su maleta y camina escaleras arriba sin preguntarme siquiera dónde se encuentran los dormitorios.

Tan pronto como me quedo a solas de nuevo, los recuerdos azotan mi corazón, el frío me recorre la espalda y me abrazo cerrando los ojos por un instante. Quisiera volver al pasado, a ese día en el jardín de atrás, a esos ojos color verde, a aquellos preciosos labios… y, sobre todo, a esos momentos de mi vida en los que realmente fui feliz y en los que no hacía otra cosa que no fuese sonreír.

. . . . . .

(…)

—¿De verdad te tienes que ir…?

Anabel tenía sus ojos cerrados por miedo a que ese último momento con ella desapareciera. No dejaba de tocarla, de acariciar los mechones de su pelo rojizo con la punta de sus dedos, de rozar con suavidad su piel, esa en la que había contado estrellas una y otra vez.

—Ya sabes que no puedo negarme… —susurró Anabel—. Mis padres están seguros de que en Valencia tengo un futuro inmenso como médica o maestra… —dijo de forma pesada abriendo sus ojos y observando su propio reflejo en los de ella—. No tienen idea de lo que quiero y ni siquiera me lo han preguntado. Siempre hacen lo mismo.

Clara, en cambio, no dejaba de mirar a Anabel como si fuese un sueño, como si todo lo que tuviera frente a sus ojos fuese a desaparecer para siempre.

—Me alegra no tener ese problema con mis padres…

—No, la suerte la tienen tus padres porque no encontrarían a nadie mejor como tú —aseguró Anabel tomando a Clara de las mejillas, a esa chica que le había robado el corazón con el paso de los años—. Y cuando volvamos a vernos, espero que todo el mundo diga que tus dulces son los mejores, chef…

—¿De verdad que nos volveremos a ver, Ani?

Esa pregunta se le clavó en el corazón y antes siquiera de responder, hizo lo que el corazón le pedía. Sus labios se unieron a los de su chica de miel y limón. Fue un beso suave, tímido, dulce, largo y cargado de sentimientos, pero

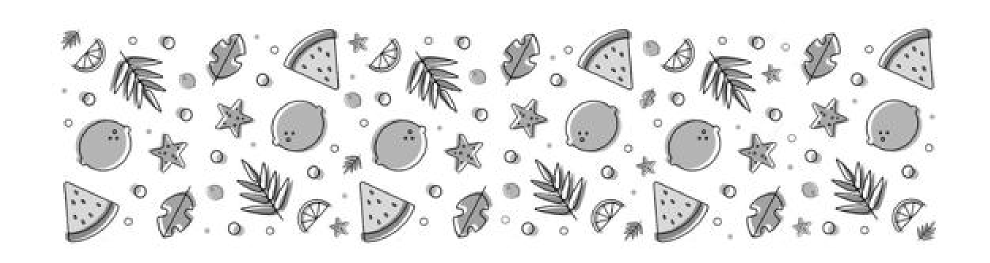
demasiado corto para todo lo que necesitaba decirle.

—Te prometo que no pasará mucho tiempo antes de que lo hagamos —juró y, cuando se apartó, buscó una de las pulseras que siempre llevaba consigo y la puso en sus manos—. Cuando nos veamos de nuevo, me la devuelves, ¿de acuerdo? Cuídala, ya sabes que me la regaló mi madre por Navidad.

Un beso fue lo último que se dieron. Y, después de aquello, las decisiones tomadas rompieron con todo y cambiaron sus vidas para siempre.

(…)

Es increíble lo que un recuerdo puede hacerte. Unos se convierten en consejos, otros en espinas que se clavan muy adentro, y los más intensos se transforman en promesas que se convierten en llamas y jamás se apagan.



CAPÍTULO 3
LOS RECUERDOS QUE NO OLVIDAMOS

CLARA



❝La vida es tan maravillosa que cuando menos lo esperas, el destino te envía por el camino correcto.❞

Un hogar se asienta sobre cuatro pilares fundamentales y cuando uno de ellos cae, la casa se tambalea y todo lo que se refugia en ella, también. Mi madre era el pilar más importante de nuestro hogar. Lo mantenía todo sujeto, unido, ensamblado y ahora que no está, siento que todas esas piezas se han desparramado por el suelo, removiéndose e incluso perdiéndose por algún rincón vacío del universo. Me atrevo a decir que nada volverá a ser lo que era cuando estaba entre nosotros, pero deseo, y también espero, que todo mejore con el paso del tiempo.

No sé si podré soportar ver a mi padre así más tiempo. Está fuera de sí mismo, vacío y hueco, con una tristeza que su propia mente se ha ocupado de borrar hasta el punto de hacerle olvidar cómo se atan los cordones de los zapatos o cómo se abrocha un cinturón. Ya no es el que era, le han arrancado el alma y no me cabe duda de que su corazón se ha muerto. Tardará mucho en encontrar algo que lo despierte de nuevo, pero mientras tanto, haré lo que pueda.

Tras recibir la noticia sobre el estado de salud de mi madre al final del año pasado, decidí cerrar Delicias —el negocio que con tanta ilusión emprendí y que tantas alegrías me daba— y darle a Viktor unas vacaciones merecidas. Han pasado meses, demasiado tiempo para una adicta al trabajo como lo soy yo, y eso me arrastró a

momentos en los que mis pensamientos lo gobernaron todo.

Aprovechando que mi padre está durmiendo la siesta, me he encerrado en su dormitorio y me he tumbado en la cama, rodeada de un montón de ropa que era de mi madre. Si cierro los ojos, soy capaz de percibir el aroma de su perfume impregnado en la tela: una mezcla de lirios y cítricos que acostumbraba a llevar consigo siempre. Mi mano tiene enroscado uno de sus collares de perlas y junto a él resplandece como nunca ese anillo de rubíes que quise que fuese mío desde que tenía muy poca edad. Quiero que vuelva. Quiero que esta casa y cada uno de sus rincones vuelvan a brillar, que todos volvamos a reír, a disfrutar de una sencilla comida en familia o de una conversación casual y sin sentido a cualquier hora del día. Quiero ver sonreír a mi padre de nuevo, escucharlo reír a carcajadas hasta quedarse sin aire o discutir por tonterías que más tarde se transformaban en recuerdos que, al recordarse en otro momento, volvían a convertirse en una oleada de risas continuadas.

Mi madre era luz. Nuestra luz. Y ahora todo es oscuridad.

Pablo, mi hermano pequeño, que estuvo en Savina las últimas semanas antes de que mi madre falleciese, ha vuelto a Valencia unos días. Me ha comentado que no le llevará demasiado tiempo, y espero que sea así porque no sé si podré lidiar con mi padre a solas; ahora está abajo, tumbado en el sofá del salón con una fotografía de mi madre abrazada contra su pecho. Me ha costado una vida conseguir que se diese un baño, se cambiara de ropa y afeitase esa barba que le hacía parecer un mendigo. Y estoy segura de que me costará mucho más que cene algo antes de ir a dormir, así que es mejor que empiece cuanto antes o ninguno de los dos pegará ojo esta noche.

Envuelta en la toquilla de lana de colores de mi madre abandono el dormitorio para bajar las escaleras en silencio. A mi derecha, la pared está llena de retratos repletos de la historia que se ha forjado bajo los cimientos de mi hogar. Algunos llaman mi atención al pasar y me veo reflejada en muchos siendo una niña, una adolescente o ya una mujer entre amigos de toda la vida.

—A tu madre le gustaba mucho esa fotografía. —El tiempo pasa tan rápido frente a mis narices que ni siquiera me doy cuenta de que mi padre está delante de mí. Mis ojos chocan con la instantánea y los recuerdos me golpean transformándose en emociones que me conmueven—. Tu sonrisa es igual a la de ella, Clara.

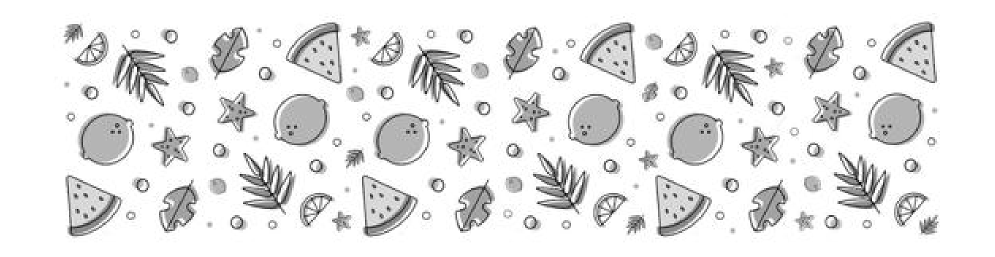
—Pero mi carácter es clavadito al tuyo… —afirmo con una sonrisa dulce y bajo un escalón más para acoger el cuerpo de mi padre entre mis brazos y así, entregarle un abrazo que hace palpitar mi corazón—.

Soy la mezcla perfecta de ambos y me alegra ser vuestra hija, aunque ahora tener la sonrisa de mamá me duela tanto como a ti —susurro tratando de mantener mis lágrimas a raya.

—No me duele, Clara —asegura con pesadez—. Cuando se decide ser padre, se hace con el deseo de que quede algo de ti mismo en este mundo. Tú y tu hermano sois el fruto del amor que sentíamos tu madre y yo… —añade con la voz tomada por las emociones—. Y estoy orgulloso de ser vuestro padre.

Los padres son las alas en las que nos escondemos los hijos cuando rompe a llover y la tormenta se desata. Sin embrago, cuando ellos pierden su fuerza y están a punto de caer, somos nosotros, sus retoños, los que nos convertimos en aquello a lo que pueden sujetarse. Yo he sido eso media vida, la piedra a la que abrazarse cuando el mar tiembla, el pilar sobre el que levantar una casa y las cuerdas a las que atarse.

Cuando mi padre tiembla, pierde la fuerza y sus lágrimas se derraman como manantiales nacientes, sé que nada de lo que he hecho será tan importante como ser su apoyo de en estos momentos. Sin embargo, no dejo de preguntarme si podré soportarlo sin dejar las energías y el ánimo por el trayecto.



CAPÍTULO 4
LOS PRIMEROS RAYOS DE SOL

CLARA



❝Después de semanas llenas de tormenta y oscuridad, los primeros rayos de sol anuncian que, muy pronto, llegarán cambios para mejor.❞

Han pasado ya unos días y tengo la sensación de que la situación ha mejorado. Aunque sea un poco. Mi padre sigue perdido en el paraíso de sus recuerdos, pero he conseguido que su apetito vuelva a la vida y que sus ganas de pasear por el pueblo crezcan lo suficiente como para salir y echarle un vistazo a sus frondosos limoneros. Los huertos siempre han sido su segundo hogar, su gran pasión; lleva toda su existencia dedicándose a la agricultura y sé que volver a sus campos le ayudará a seguir adelante.

Yo, en cambio, me he decidido a ordenar todas las cosas que eran de mi madre. He guardado su ropa en cajas porque mi padre se niega a entregarlas a la iglesia del pueblo, y las he puesto en orden en un desván que está repleto de cosas que creía ya olvidadas: la bicicleta con la que aprendí a montar, libros de lectura infantiles, ropa que mi madre guardaba con cariño, su vestido de novia, algunos juguetes viejos… Es increíble los objetos que terminamos guardando por miedo a olvidarnos de instantes «inolvidables».

Entre tanto orden, he encontrado un par de cajas con mi nombre que no he tenido tiempo de curiosear y que están en el dormitorio que he ocupado a lo largo de estos meses en casa de mis padres. Espero encontrar un momento a lo largo del día, aunque estoy segura de que tan solo contendrán trastos que acabaré tirando a la basura como

otros tantos de los que me deshice cuando hice la mudanza y me independicé.

Vivir en la zona más moderna del pueblo me ha ayudado a seguir adelante y dejar de ser la «pobrecita de Clara». Me he pasado una vida siendo el centro de atención de muchas miradas y también objeto de preguntas que, durante un tiempo, me hicieron sentir extraña. Nunca fue fácil tener la piel manchada a causa del vitíligo y vivir como una niña normal; como tampoco lo fue crecer en un pueblo tan pequeño y ser lesbiana. A pesar de todas las dificultades, siempre lo he llevado con orgullo y me alegra haber tenido el apoyo de mi familia. ´

Mis llaves suenan mientras las muevo entre mis manos y, en cuanto abro la puerta de mi piso, mi gato Misha aparece por la esquina del salón con sus ojos amarillos vibrantes. Tuve que dejarlo en casa a cargo de Viktor, mi mejor amigo, vecino y compañero de trabajo; pero ahora que estoy en casa, me alegra estar de vuelta y tener un momento para dedicárselo solo a él.

—Anda, ven aquí, ¿me has echado de menos? —Misha camina y restriega su cuerpo entre mis piernas buscando su ración de caricias que aumentan cuando lo levanto del suelo y lo abrazo contra mi pecho —. Siento haberte dejado aquí solo…

Cuando adopté a Misha lo hice sin pensar mucho en ello. Yo salía de la pastelería a la una de la madrugada tras hornear galletas que vendería al día siguiente y lo encontré vagando entre la basura con esa mirada que me invitó a abrazarlo contra mi pecho tal como lo hago ahora. Siempre me han gustado los gatos negros y, con el paso del tiempo y las circunstancias, ambos nos hemos ayudado de forma desinteresada: él calma mis emociones y yo, hago lo que más le gusta, que es acariciarlo hasta que se queda dormido hecho un ovillo entre las sábanas.

—Sí, sé que debería haberte llevado conmigo, pero allí podías perderte y… ¿qué haría yo sin ti? —Misha maúlla y yo sonrío colocándolo a dos patas sobre mis muslos una vez que me siento en el sillón del salón—. ¿Viktor te ha cuidado bien? ¿Ha regado las macetas? ¿Te ha dado el atún que tanto te gusta?

Con Misha caminando ahora entre los cojines del sofá, alzo la persiana del gran ventanal del salón para echar un vistazo a las plantas que hay en la terraza; Viktor ha logrado que sigan luciendo verdes y tan brillantes como los geranios de mi madre. A mi alrededor, mis libros se amontonan en las estanterías de madera virgen que cubren la pared que queda justo frente al sillón. Echaba en falta el color mango de las paredes, el contraste de luces y sombras

que forman las cortinas al atardecer, los adornos *vintage* que he ido acumulando y que se mezclan perfectamente con mi personalidad.

—Miau.

—Ya voy… desesperado. —Mi risa me acompaña mientras abro el frigorífico y busco su comida, el muy listo se ha sentado junto a su bebedero a la espera de que le sirva su manjar preferido—. Toma, glotón. De seguir así tendremos que visitar a Victoria, ¿tú te has visto ese culo peludo?

Misha me mira y por un instante creo que me ha entendido lo suficiente como para fruncir el hocico y mover esos bigotes que siempre me hacen cosquillas y, entre risas, tomo asiento junto a él en el suelo recibiendo un mensaje casi al instante:

> VIKTOR: ¿Subes a tomarte un café? Tengo helado, brownie recién hecho y algo nuevo que contarte. He preparado el kit de primeros auxilios por si acaso.
>
> YO: ¿El kit? ¿Piensas matarme de algo? Voy en unos minutos, aquí hay alguien que tiene hambre. Ve preparando el café.

Viktor y yo nos conocimos hace años. Él llegó a Savina un mes de junio, junto a un grupo de amigos, dispuesto a escapar de la rutina londinense para disfrutar del sol y el ambiente que se vive en esta zona en esa época del año y, desde que atravesó las puertas de Delicias, ya no nos hemos separado ni un solo día. Es, seguramente, la persona que más me conoce sobre la faz de la tierra; mi gran confidente y mi voz de la conciencia en la mayoría de las ocasiones. Siempre pone en orden mis pensamientos, calma mi carácter bullicioso cuando este burbujea y pone esa nota cómica a mi día a día. Es mi mejor amigo y mi alma gemela, además de ser repostero y goloso como el que más.

Con Misha saciado y contento tras una pequeña sesión de juegos, apago las luces, cierro la puerta y subo hasta el tercer piso. Tener a tu mejor amigo de vecino, además de como compañero de trabajo, tiene su punto, lo admito. Así que subo escalón tras escalón saboreando el *brownie* que aún no he probado, con la necesidad de disfrutar de unas horas desconectada de todo lo que ha pasado hasta el momento.

El timbre de la puerta suena una vez que lo presiono y, tras el ruido de unos pasos apresurados, la mirada color verde oliva de Viktor aparece tras la puerta con la misma intensidad que ese abrazo que acoge mi cuerpo y lo refugia de todo mal.

—No te voy a preguntar cómo estás, pero me alegra verte —susurra. Yo sonrío, me aferro a esa camiseta que dice «Todo lo bueno, vale oro» y suspiro soltando el cansancio de estos días—. ¿Cómo está tu padre? Llamé a Pablo y me dijo que le está costando adaptarse.

—Ahí va —respondo y vuelvo a suspirar—. Lleva toda la vida con mi madre, ¿cómo no le va a costar? —Cuando Viktor rompe el abrazo, ambos caminamos y pasamos al interior de su piso—. Yo también lo estaría si la persona a la que he querido toda mi vida, muere. Pero va mejorando, he logrado que coma y que salga a pasear, así que eso es un pequeño cambio.

Pensar en mi padre provoca que la tristeza me invada de nuevo y que la alegría que llevaba conmigo se esfume lo suficiente para que Viktor me atrape por las mejillas y me obligue a mirarlo.

—Clara mía, lo estás haciendo bien. Ya sabes que estas cosas no son fáciles de llevar. Estás con él y el tiempo permitirá que vuelva a su rutina de siempre —dice con esa sonrisa que se pega a mis labios obligándome a sonreír—. Estoy seguro de que lo hará y que su tristeza cambiará por felicidad cuando recuerde a Paloma. Era una mujer increíble.

—Mamá era especial…

—Cómo tú —añade golpeándome suavemente la nariz—. Eres su hija y eres más parecida a ella de lo que crees.

—¿Lo dices por mi mano con la pastelería? —pregunto con curiosidad y picardía—. Porque si lo dices por ganarte unos días más de vacaciones, amigo mío, te diré que eso es imposible. Pronto volveremos a la carga.

Viktor se echa a reír y se encoge de hombros.

—Nunca se sabe, además, tal vez después de que sepas lo que te voy a decir, tus ganas de volver al trabajo se esfumen —añade haciéndose el interesante.

—No creo que eso pase, estoy desesperada…

Ambos nos sentamos el uno junto al otro en el sofá y me acomodo lo suficiente como para descalzarme y abrazar uno de los cojines contra mi pecho.

—¡Pero vamos! —le apuro—. Sé que estás deseando darme la noticia —añado y entrecierro los ojos desafiantes—. Espera, no, no me digas que has conocido al príncipe de tus sueños, porque… que yo recuerde, eso haría que las cosas con mi hermano se quedasen al final en… ¿nada?

Su expresión es tan graciosa que la risa se me escapa mucho antes de que él pueda abrir la boca de nuevo.

—¿Te he dicho que te odio? —dice fingiendo molestia.

—¿Y yo que te adoro? —pregunto golpeándole con el almohadón —. Anda, dime, fuera de bromas, ¿qué es eso tan importante que hará que no quiera volver al trabajo?

Por un momento, siento que Viktor no quiere decírmelo, puedo ver la duda bañando sus ojos, también la incertidumbre o ese miedo que nace cuando no sabemos qué pasará.

—¿Recuerdas la noche en el Ohara hará unos años? —pregunta con curiosidad después de tomarse unos segundos—. Bebimos más de la cuenta y mientras te llevaba a rastras a casa me contaste que…

—Que no había podido tener una relación estable con nadie porque hacía mucho que le entregué mi corazón a alguien —comento siguiéndole la corriente—. Y hablando de eso, recuérdame que nunca te siga el ritmo con las copas. Algún día le diré a alguien cosas que no debo y será todo por tu culpa.

Se echa a reír y después niega con un movimiento de cabeza.

—Tu Anabel está en el pueblo —dice como si nada tomándome por sorpresa—. Su nombre era Anabel, ¿verdad? La hija de los amigos de toda la vida de tus padres, ¿no?

De un momento a otro me convierto en un trozo de yeso. La boca se me seca, la fuerza con la que sujeto el cojín se afloja y las piernas me tiemblan provocando que todo a mi alrededor dé tantas vueltas como para revolverme el estómago.

—No puede… —niego un par de veces aunque no muevo ni un pelo —. Estoy segura de que te has equivocado. Su madre me dijo que vivía en la capital, con su marido y su hija… —añado sintiendo que el corazón se me estruja como un papel viejo encerrado en un puño—. Que era editora, que está tan ocupada con su gran vida que se ha olvidado de Savina y de todos…

No miento, recuerdo bien la última conversación que tuve con Maite.

Viktor me sujeta de las manos y las frota entre las suyas para atraer la atención de mis ojos.

—Rosa me lo dijo esta mañana cuando fui a comprar lo que me hacía falta para el *brownie* —comenta—. Y, al parecer, está aquí porque ha pasado algo con su marido. —Viktor me mira, saca el móvil de su bolsillo y, tras buscar algunas cosas en él, pone delante de mis ojos las respuestas que busco—. Murió hace unos meses.

—¡No me jodas que Marcos ha muerto! —exclamo sorprendida, con el corazón a mil por hora y el estómago en la garganta. Frente a mis

ojos son muchas las noticias que hablan de ello, tantas, que únicamente leo los títulos—. Joder, menuda putada…

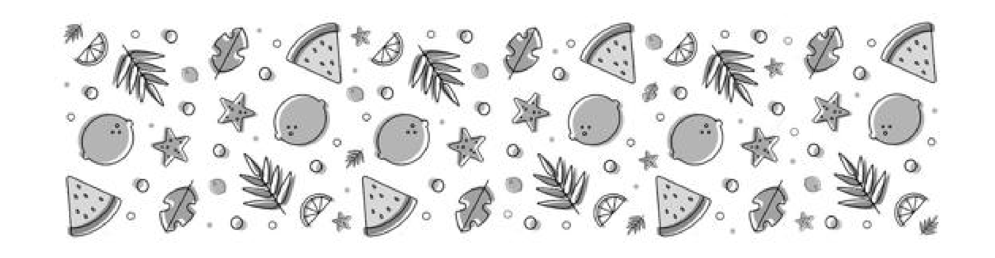
—Sí, por lo visto fue su madre la que le dijo que le vendría bien estar un tiempo en el pueblo —explica Viktor que se levanta del sofá y me deja a solas hasta que vuelve con la cafetera y sirve dos tazas—. Anabel ha venido con su hija, Sarah, y están en casa de sus padres.

—Joder, Rosa debería de haberse dedicado a la prensa rosa… —bromeo aún impactada por la noticia.

Esas son las últimas palabras que se escapan de mis labios antes de que la sala se quede en silencio durante minutos. Viktor me da espacio suficiente para procesar toda la información. Anabel y yo crecimos juntas y era, de entre todas las chicas del pueblo, la más bonita. No sé si porque era la única que veía estrellas en las manchas provocadas por el vitíligo en mi piel o por esa sonrisa capaz de despertar mariposas en mi estómago. La quise desde el primer día y ella me quiso también, tarde, pero lo hizo. Fue increíble todo lo que vivimos; sin embargo, cuando todo parecía ir bien, sus padres decidieron mudarse a Valencia y, pese a sus promesas, nunca volvimos a vernos.

Ha pasado demasiado tiempo desde aquello y estoy segura de que lo olvidó todo, pero aún soy capaz de regresar a ese momento en el jardín de casa de sus padres si cierro los ojos. El temblor de mi estómago y el despertar de mis emociones me susurran que no he dejado de sentir lo mismo por ella. Porque a veces los sentimientos son así, de esos que duermen y se despiertan, que nunca desaparecen y se quedan refugiados en el corazón a pesar de las circunstancias.

Y ahora, estamos aquí, en Savina, en el lugar que nos vio crecer y nos enseñó a amar, con el corazón destrozado y la vida patas arriba.



CAPÍTULO 5
EL CHIRINGUITO DE MIL LUCES

ANABEL



❝La vida está repleta de luces y sombras, pero entre todas ellas encontramos colores que llenan de brillo el sendero que caminamos.❞

Cuatro son los días que llevamos en Savina y, aunque cargo conmigo esa sensación continua de estar fuera de lugar, poco a poco vuelvo a recuperar esas costumbres que tenía antes de ser arrastrada por mis padres a Valencia. Admito que mi madre tenía razón al decir que me vendría bien estar aquí, puesto que ahora mis emociones están en paz, o al menos, todo lo tranquilas que pueden estar. Mi relación con Sarah mejora y desmejora, hay días que brilla y otros, no tanto, pero no me importa porque al final del día nos miramos y sé que todo estará bien.

Hace unos días, la adolescencia fue el tema principal de una conversación telefónica con mi madre. Reconozco que me reí muchísimo al escucharla hablar de mí, de cómo fui y lo mal que se lo hice pasar. Uno no es consciente de lo horrible que puede llegar a ser esta etapa hasta que la vives de cerca y desde fuera. Sí, no es que me haya olvidado de lo bella, frenética, maravillosa e intensa que es la vida a los dieciséis, pero nunca había pensado que fuese tan complicado lidiar con ella desde el otro extremo.

La vida es extraña cuando se es adolescente. Un día estás arriba, con las emociones al máximo, quieres reír, descubrir el mundo, tu cuerpo cambia y te sientes por fin «mujer», empiezan a interesarte cosas en las que antes ni te fijabas, los cuentos de hadas que veías por televisión pasan a ser más reales de lo que pensabas que podrían ser,

te llaman la atención personas que pueden ser tus amigos de toda la vida o terminas enamorada de un actor o un cantante con el que sueñas y te masturbas por primera vez. Y otro día quieres que la tierra te trague y desaparecer hasta que todo esté bien...

Tener esta edad es vivir a toda prisa y sentir todo al doscientos por cien, incluso la muerte. Y no he tenido en cuenta que, para Sarah, la pérdida de su padre ha sido la catástrofe mundial que ha puesto patas arriba su vida.

Después de haber sufrido tantos años en mi matrimonio, no dejo de pensar que soy una egoísta por sentirme aliviada de que Marcos no esté; me gustaría saber cómo enfrentar la tristeza de mi propia hija, apartar esta extraña felicidad y ser capaz de ponerme en su piel, apoyarla y comprender cómo se siente. Yo, que soy la adulta, tendría que saber cómo gestionar todo esto, pero en este momento lo único que puedo pensar es… en la reacción que tendrá el día que descubra que su padre y yo simplemente convivíamos, porque ese amor que nos unió desapareció poco después de que ella naciese.

A veces me gustaría volver a esos años de mi vida en los que no me enteraba de nada y mis emociones se centraban en tonterías, y regresar a mis diecisiete años, al Savina de entonces, a mi grupo de amigos, a mi familia, a mis preocupaciones por aprobar los últimos exámenes antes de las vacaciones de verano. Ese año fue el mismo en el que descubrí que estaba enamorada; ella, Clara, era mi mejor amiga y la mejor persona que jamás he conocido. Tan maravillosa que me enamoré como una loca.

—¿Tardaremos mucho? Has dicho que estaba cerca y llevamos más de media hora andando.

Es la misma Sarah la que me arrastra lejos de mis pensamientos devolviéndome a la realidad que nos rodea. La noche ha caído sobre el pueblo y sus calles, pintadas de blanco y piedra, están iluminadas por las luces cálidas de unas farolas que hacen brillar los adoquines viejos que pisamos y que marcan el rumbo hacia el paseo de la playa.

—Aún nos queda un poco —respondo metiendo las manos en los bolsillos de la rebeca larga que llevo conmigo—, pero deberías disfrutar de esto. Cuando era pequeña, me encantaba salir de noche. Mira. Aguarda un momento y quédate en silencio.

Mi mano derecha sujeta su brazo e impido que dé un paso más cuando pasamos bajo uno de los arcos cubiertos por jazmines que, a esta hora de la noche, desprenden un aroma dulce que te agita el corazón. Algunos grillos rompen el silencio y sonrío al verme convertida en niña de nuevo.

—¿Los escuchas? —pregunto—. De pequeña no solía dormir mucho y tu abuela me sacaba al jardín para que fuesen los grillos los que me tranquilizasen.

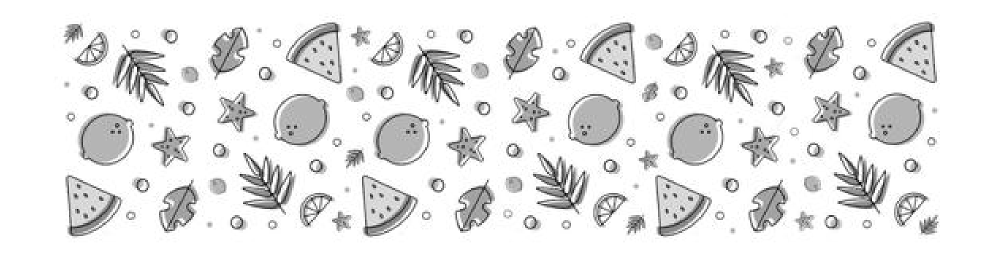
—Le diste mucho trabajo a la abuela, ¿eh?

Mi risa hace eco y choca con las paredes del Pasaje de las Estrellas, un lugar llamado así por los dibujos pintados en el suelo. Esta zona del pueblo es la más artística. Años atrás, la señora Diane daba clases de danza en una pequeña academia de *ballet* que su marido le regaló cuando se casaron; y Rafael, uno de los mejores amigos de mi padre, abrió un pequeño negocio dedicado al arte.

—No fui una niña fácil, así que tienes a quién parecerte —admito con una sonrisa en los labios.

Aunque soy la primera en avanzar, no paso por alto esos hoyuelos que enmarcan la preciosa sonrisa de Sarah. No me había dado cuenta de que Marcos está impreso en ella, de que jamás desaparecerá siempre que ella siga viva. Él decía que ambas nos parecíamos tanto… Lo único que no sabía era que se refería a la Anabel de la adolescencia, a la jovencita de fuerte carácter, la que saltaba a la primera tontería que le decían, a la que no le gustaba que la mandasen y obligasen a hacer cosas que no quería y la que se enfadaba con su madre continuamente por prohibirle cosas estúpidas.

Al final del día, a pesar de todo, siempre nos quedaba amor, y me pregunto si, una vez que sea capaz de encontrar el momento y contarle la verdad, nos quedará un poco de amor a nosotras.



CAPÍTULO 6
LA VERDAD NO SE PUEDE OCULTAR

ANABEL



❝Por más que intentemos ocultar la verdad para no dañar a los seres que amamos, esta siempre encontrará la manera de echar a volar.❞

Las playas de Savina han sido las más bellas que he visto jamás en las noches de verano. Ahora, bajo la luz de la luna, son muchos los recuerdos que regresan a mi mente. El choque de las olas ruge cuando golpean la orilla, y la brisa que recorre mi piel me invita a sonreír y, ahora, es de verdad. Los que somos de aquí, sabemos que estas playas pierden su magia una vez que se llenan de personas entusiastas disfrutando de sus tan deseadas vacaciones. Pero no importa, porque no voy a ser yo quien les diga que este lugar del mundo es el paraíso que siempre han buscado.

Sarah y yo llevamos menos de una hora caminando por el paseo de la playa con un helado de chocolate entre las manos y las luces de los farolillos de colores colgando sobre nuestras cabezas. Los chiringuitos de la zona aportan algo de música a un ambiente que te invita a tomar asiento y pasar aquí unas cuantas horas.

Años atrás, cuando tenía la edad de Sarah y mi madre me dejaba salir hasta media noche, este era el lugar en el que pasaba la mayoría del tiempo. Bueno, miento, este y el jardín de la casa de los padres de Clara, un mausoleo divino repleto de limoneros. Recuerdo que pasábamos noches enteras compartiendo música o, en mi caso, leyéndole algunas cosas que había escrito fruto de un ramalazo de inspiración repentino. Ella era la única que sabía que mi deseo era ser

escritora; un deseo que voló por los aires a causa de las circunstancias y que después, dejé morir en un cajón una vez que empecé a trabajar en la editorial. Al menos hasta que el *boom* de la autopublicación alcanzó niveles altos y decidí, bajo un pseudónimo irreconocible, lanzar alguna que otra novela corta fruto de mis recuerdos y experiencias como mujer.

La brisa del mar es húmeda y fría esta noche. Sarah sigue en silencio y a veces creo que lo hace porque espera que sea yo la que hable y rompa el mutismo, pero admito que tengo miedo de hacerlo y que mis palabras acaben por hacernos daño a las dos.

—La playa es sanadora de noche, ¿verdad? —pregunto tras buscar, dentro de mi mente, una pregunta que me permita romper el hielo entre las dos.

—¿Qué has dicho?

—Digo que la playa es sanadora a esta hora de la noche —respondo llevándome un poco de helado de nata con nueces y caramelo a la boca—. Cuando tenía tu edad y la abuela me permitía salir a esta hora de la noche, venía aquí con mis amigos y nos bañábamos. A tu padre le encantaba, era el típico chico que siempre retaba a los demás a cometer locuras.

Con el recuerdo de Marcos y los chicos corriendo hacia la orilla, me doy cuenta de que Sarah no necesita saber que su padre fue un capullo egocentrista a lo largo de los últimos años; necesita conocer a ese chico que una vez fue y al hombre del que una vez me enamoré.

Una de las cosas que su padre ocultaba era que nació en un pueblo. Todo el mundo creía que había nacido en Valencia, que se había criado entre sus calles y que nunca le había faltado de nada. De eso, lo único que era cierto es que su familia siempre había tenido dinero; su padre era colmenero y se sacaba un buen pellizco vendiendo su miel de limón.

—¿A papá? ¿Papá ha venido a Savina alguna vez?

Las preguntas de Sarah provocan que sienta lástima y, a la vez, que quiera abofetear a Marcos por haber mantenido la mentira incluso con ella.

—Sé que te sorprenderá lo que te voy a decir, pero tu padre nació y creció aquí. —Mi confesión llega a la misma vez que levanto la mirada y observo las palmeras que se mueven sobre nuestras cabezas—. Él nunca quiso que se supiera, pero ahora que ya no está, creo que es bueno que sepas que nos conocimos aquí y que formábamos parte del mismo grupo de amigos. —Sonrío y doy un paso hacia adelante para

acariciar su mejilla.

—¿Y de qué me sirve a mí saber todo esto ahora que está muerto?

La frialdad de Sarah choca con mi corazón y me obligo a contenerme y serenar esa parte de mí que quiere gobernarme.

—Te sirve para tener una idea de quién era de verdad —digo sin pretender dañarla o provocarla mucho más—. Tu padre no solo era Marcos Reese, el escritor que todo el mundo conocía. Tenía un pasado, una historia y quiero que conozcas todo eso.

Como ya dije antes, la adolescencia es intensa y explosiva, y lo único que logro con mis palabras es que las emociones de Sarah estallen en su interior.

—¿¡Una idea de quién era de verdad!? —Sarah levanta la voz y sus gestos se transforman de pronto en un océano descontrolado. Primero se enfada y después, presa de la locura, se echa a reír con una ironía que me toma por sorpresa—. ¿¡Acaso eres tonta!? —Más que una pregunta parece una afirmación—. ¡Papá te engañaba! ¿¡Y quieres que le vea con buenos ojos!? ¿¡Estás loca!?

Tan pronto como la escucho gritar y confesar que conoce toda la verdad, siento que un jarro de agua helada me baña por completo. Sí, he sido una estúpida, pero no por querer que ella siga viendo a su padre como un buen hombre, sino por haber sido incapaz de decirle la verdad.

—Sarah, tu padre te quería…

—¡Y una mierda! —Es la primera vez que la escucho hablar así y el corazón se me paraliza antes incluso de que pueda respirar. Había olvidado que ya no es una niña, que ya son dieciséis los años que tiene, que la verdad siempre sale a la luz y que no existe el momento perfecto para hacer las cosas—. ¿¡Pensabas callarte y ocultarme que papá te hizo daño!? ¿¡Que te puso los cuernos con otra persona y eso provocó que sufrieras y te convirtieses en un monstruo!?

—Sarah, por favor… —Doy un paso hacia el frente y, cuando estoy a punto de tocarla, ella se aparta—. No es el lugar ni el momento para hablar de esto, volvamos a casa.

—¿¡A casa!? ¿¡Cuál!? —pregunta con los ojos llenos de lágrimas—. ¿¡Esa que está llena de cosas de papá por todas partes y que me hacen recordar que era un maldito mentiroso!? —Niega con un gesto y son sus lágrimas las que me invitan a descubrir cómo se siente en realidad —. ¡Yo ya no tengo casa! ¡Ni él era mi padre!

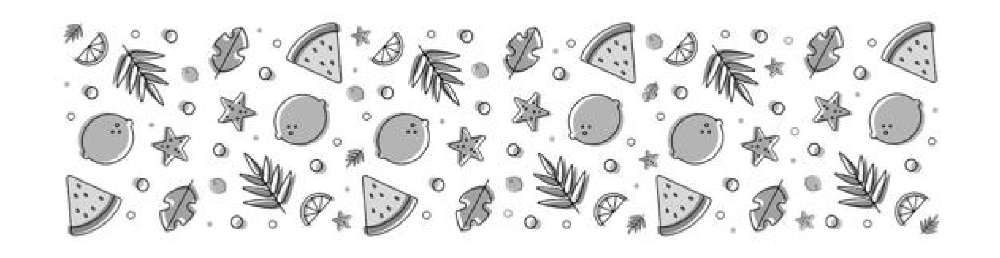
—Vamos cariño, necesito contarte todo —digo casi en un susurro

tratando que se calme—. Necesitas tener todas las versiones de la historia y quiero que las conozcas todas. Quería contártelo todo pero…

—¿Querías? ¿¡Querías!? —Sarah grita y eso hace que varias personas se nos queden mirando—. ¿¡Es que nada más piensas en lo que tú quieres!? ¿¡Y qué pasa conmigo!? ¿¡Qué pasa con lo que yo quiero!? ¿¡Con lo que yo necesito!? ¿¡Es que no te importa una mierda lo que siento!?

Todas esas frases se convierten en el pegamento que adhiere mis pies a los ladrillos que forman ondas de colores en el suelo y que recorren el paseo por el que Sarah escapa veloz perdiéndose entre la multitud, separándose de mí, dándole la espalda a lo único que le queda y apartándose de la única persona que sería capaz de entregar su vida por ella.

No sé cómo ha descubierto la infidelidad de su padre, pero ya no hay forma de negarlo ni ocultarlo. Ahora lo único que me queda es volver a la realidad, abrir de par en par las puertas de mi corazón y enseñarle que, a veces, las personas no son lo que parecen por mucho que creamos conocerlas.



CAPÍTULO 7
NUNCA ES FÁCIL ENFRENTARSE A LA VERDAD

ANABEL



❝Cuando se es madre, te olvidas de ti misma y te centras en proteger a tus hijos, pero pasas por alto que cada uno es dueño de sus emociones y que son estas mismas las que terminan dañándote.❞

Sin esperarlo y sin darme cuenta de ello, me he convertido repentinamente en mi madre. Ella, cada vez que me retrasaba, llegaba tarde a casa, incumplía los horarios y la llamaba «exagerada», decía que, el día que fuese madre, conocería lo que es sufrir por un hijo. Llevo dos horas dándole la razón. Tiempo que ha pasado desde que Sarah salió corriendo en la playa y no encontré las fuerzas para correr e ir a buscarla.

Desde que volví a casa, el balcón del dormitorio principal se ha vuelto mi lugar favorito de estas paredes. Mis ganas de dormir se han esfumado a causa de la incertidumbre y el miedo que siento. No he conseguido encontrarla, no sé dónde está o dónde habrá podido ir después de nuestra repentina discusión. Y tampoco la razón por la que no quiere responder a mis llamadas. He entrado en pánico y hacía mucho que no me sentía de este modo.

La última vez fue hace años cuando se me ocurrió, por el día de la madre, ir a la sierra a buscar un tipo de margaritas silvestres. Yo tenía poco más de once años y, sin darme cuenta del tiempo, la noche se me echó encima. Pasé dos días perdida hasta que el padre de Javier y un grupo de rescate me encontró. Aún no sé cómo sobreviví a aquella

aventura, pero imagino que fue porque tuve la suerte de mi mano y porque mi madre no perdió la esperanza ni un solo día. Nunca estuve sola, siempre velaron por mí; incluso Clara, que rompió nuestra promesa y advirtió a todos del lugar en el que estaba por miedo a que me ocurriese algo.

Sé que fui una estúpida por no frenarla antes, por no darle un abrazo y evitar que echase a correr, pero una parte de mí me exigió que le diese espacio, que se lo debía, y ahora que no tengo idea de donde está, no sé si fue buena idea hacerlo. Estoy segura de que Marcos sabría dónde encontrarla. Ellos tenían una conexión única y me siento de lo peor por verme con las manos atadas.

Gracias a que Savina no ha cambiado nada, he conseguido encontrar el puesto de policía situado junto al ayuntamiento. En lo último que pensaba cuando caminaba hasta allí era en encontrarme con Javier, pero una vez que atravesé la puerta y lo vi de frente, un único recuerdo atravesó mi mente y me paralizó.

(…)

—Anabel, Clara me ha dicho que te vas a Valencia en unos días…

Aquella tarde de domingo, todo el grupo se había reunido para celebrar el cumpleaños de María. Una merienda junto al río; algunos bocadillos, limonada, algunas patatas fritas y algo de fruta. Todos se bañaban, pero Anabel, que había estado resfriada esos últimos días, estaba sentada en la orilla y Javier, como de tanto en tanto ocurría, había decidido acompañarla.

—Sí… mis padres quieren que estudie allí. —Anabel no podía quitar sus ojos de Clara, que reía junto a Marcos y Pablo mientras se lanzaban agua.

—¿Y no volverás? —El pelirrojo buscó su mirada.

—¡Claro que lo haré! ¿Estás tonto o qué? —respondió ella con esa sonrisa tan característica suya—. Vendré todos los fines de semana y en vacaciones. Mis padres tienen una casa aquí —añadió—. ¿Qué pasa? ¿Me echarás de menos?

Las mejillas de Javier se encendieron como dos antorchas.

—Claro que lo haré… —susurró—. Tú eres… Te quiero mucho Anabel…

Ella sonrió y abrazó a Javier sin tener idea de que el pelirrojo se le había confesado.

—Yo también a ti. Eres uno de mis mejores amigos…

(…)

Aquel día no supe ver que Javier se me había confesado; lo supe mucho más tarde y por boca de Clara, pero eso no quitó que me sintiera mal por ser incapaz de corresponder a unos sentimientos que yo no tenía por él. Por suerte todo ha quedado atrás, él continuó con

su vida y es feliz, y a la vista está que encontró un trabajo con el que disfrutar y formó una familia. Me ha prometido que traerá a Sarah de vuelta lo antes posible y espero que cumpla su promesa porque, si le pasa algo, juro que no me lo perdonaré en la vida.

Mi padre siempre decía que hay que tener amigos hasta en el infierno y agradezco haberme topado con Javier esta noche, porque antes de que me marchase a casa, ya había puesto en preaviso a todas las unidades de rescate. Ahora solo debo esperar, mantener la calma y la esperanza, rogar para que Sarah vuelva a casa y, cuando lo haga, abrazarla como si jamás lo hubiese hecho.

Un suspiro se pierde hacia el cielo estrellado, y la curiosidad de mis ojos acaba recorriendo la silueta de una luna que, en unos días, se mostrará plena y redonda sobre nuestras cabezas iluminando la noche con su belleza y vistiendo de lentejuelas y colores el mar.

Marcos amaba las estrellas y su pasión por ellas fue la base de su primera novela, la misma que lo llevó a la fama y lo convirtió en el escritor que era. Admito que, como su editora, tenía una imaginación increíble; como su mujer, diré que fue eso mismo lo que empezó a romper nuestro matrimonio.

Lo único que me aparta de la baranda del balcón es mi teléfono y una llamada entrante que suena sacándome de mis pensamientos. No me tomo ni un segundo para descubrir de quién se trata, así que descuelgo sentándome en la cama y llevándolo a mi oído derecho.

—¿¡Cómo es eso de que has perdido a Sarah!? —Mi madre está tan alterada que provoca que me lleve la mano a la cabeza masajeando mi frente—. ¿¡Es que estás loca, Ani!? ¡Se puede perder y acabar en la sierra! ¿¡A caso olvidaste lo que te pasó a ti!?

—Mamá, no me grites, por favor —le digo en un susurro—. ¿Crees que no lo sé y que me he olvidado de aquel par de días? Ya he ido a la policía, la están buscando —explico con pesadez y miedo—. Sarah es inteligente, no creo que se atreva a caminar por un lugar que no conoce.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. ¿Os habéis peleado?

—No sé cómo se ha enterado de la infidelidad de Marcos —cuento soltando un suspiro, notando que las lágrimas empañan mis ojos—. Me echa la culpa de todo, mamá, y no me puedo sentir más estúpida en este momento. Tenía que habérselo dicho antes…

—Ani, hija, Sarah te necesita. Su padre ha muerto y, además, se ha dado cuenta de que era un mentiroso… Ahora está confundida, cree que todo lo que sabe de su padre es mentira, que nunca la ha querido

de verdad, que todo lo que han vivido ha sido un cuento creado y necesita que tú la ayudes.

—No sé si podré hacerlo, mamá… —confieso—. Marcos y yo estábamos realmente mal, y ya sabes que me hizo mucho daño.

—Sé que es así, pero adoraba a tu hija —afirma totalmente convencida de sus palabras—. Él amaba a Sarah. No te digo que no fuese un mal marido, pero era un padre maravilloso y, a pesar de vuestros problemas, jamás hizo nada que impidiera que ella fuese feliz.

—Ya lo sé…

—Dime algo, cariño, desde que murió Marcos, ¿te has sentado con Sarah y le has preguntado cómo se siente, si hay algo que necesita o qué es lo que quiere?

> *(…)*
>
> *— ¿¡Es que nada más piensas en lo que tú quieres!? ¿¡Y qué pasa de mí!? ¿¡Qué pasa con lo que yo quiero!? ¿¡Con lo que yo necesito!? ¿¡Es que no te importa una mierda lo que siento!?*
>
> *(…)*

Mis ojos se llenan de lágrimas recordando las palabras de mi hija unas horas antes y, antes de que pueda impedir que caigan, mojan mis mejillas y caen por mi pecho. Por primera vez desde que Marcos murió, soy consciente de que la única persona en la que he estado pensando todo este tiempo, soy yo. Han sido mis miedos los que me han prohibido contarle a Sarah la verdad, fue mi urgencia por no sufrir lo que me impidió marcharme de casa y enfrentarme a un divorcio después de enterarme de su infidelidad. Me conformé, busqué el camino fácil y al final, mis decisiones lo estropearon todo y convirtieron mi vida en un infierno.

Han sido mis propias emociones las que me han transformado en una mujer egoísta y descubrirlo me duele y me parte el alma.

—Cariño, no llores… —Mi madre, que sabe qué es lo que estoy pensando, intenta consolarme desde el otro lado—. No te culpes por haberte dejado arrastrar por tus emociones, es algo normal en un caso como el tuyo.

—Pero es mi culpa que Sarah esté sufriendo, mamá.

Ella suspira y, por un instante, necesito que me abrace como lo hacía cuando era una niña y algo malo me sucedía.

—El sufrimiento es algo que mejora con el tiempo, cariño —asegura con esa voz dulce que tanto la caracteriza—. Sarah encontrará la manera de cambiar su dolor y decepción por amor. Volverá a sonreír. Lo único que debes hacer es tenerla en cuenta y pensar que, después de todo lo que ha descubierto, necesita saber qué es verdad y qué es mentira.

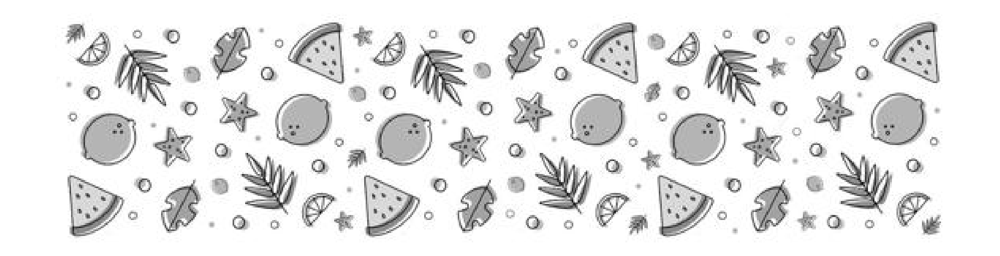
—Gracias, mamá…

—Te quiero, Ani. Llámame en cuanto sepas algo, ¿de acuerdo?

—Lo haré —respondo con pesadez—. Y, mamá, yo también te quiero.

Antes de que la llamada termine, sujeto el teléfono con mis manos y observo la fotografía que tengo de Sarah en la pantalla. Me encantaría poder tenerla conmigo y abrazarla hasta que se le desmonten los huesos. Nunca le he dicho que daría lo que fuera por hacerla feliz, que le entregaría todo lo que tuviera en las manos solo por verla sonreír y que la quiero como jamás se podría querer a nadie.

La soledad y el silencio de Savina me acogen de nuevo cuando me escapo hasta el balcón para dejarme arrastrar de nuevo por la oscuridad de la noche. Aquí, con mis ojos puestos en la luna, me pregunto si estará bien, si me concederá la oportunidad de enmendar mis errores y si sabrá cuánto la quiero. Lo único que le pido a Marcos es que se convierta en ángel para ella, que guíe sus pasos por el mejor camino y que la cuide. Porque sé que, aunque no me quisiera tan bien como debía, a Sarah la amaba con toda su alma.



CAPÍTULO 8
EL DESTINO Y SUS MANERAS DE GUIARNOS

SARAH



❝Hay momentos en los que una fuerza extraña
nos guía hacia el camino que debemos recorrer.
O hacia el lugar donde se encuentran
las personas que necesitamos
en nuestra vida.❞

Google Maps es, sin duda alguna, uno de los mejores inventos que han creado esos cerebritos que se dedican a la tecnología. Gracias a esta *app* —y también a la señal de Internet— cualquiera que sepa usarla puede moverse por donde sea sin miedo a perderse. Yo, a pesar de no conocer mucho Savina, he conseguido caminar por el pueblo sin alejarme demasiado de la casa de mis abuelos apartándome lo suficiente como para no cruzarme con mamá. Ella no ha dejado de llamarme al móvil y estoy segura de que a estas alturas estará histérica llamando a mi abuela o, en el peor de los casos, a la policía. No dejo de imaginarla dando vueltas por el dormitorio, hablando consigo misma o farfullando para sí misma, algo que suele hacer mucho cuando está molesta y no tiene a nadie con quién desahogarse.

Papá decía que, cuando ella se ponía así, lo mejor que podía hacerse era desaparecer. Así que eso es lo que he hecho, hacer que no existo durante unas horas.

No he dejado de darle vueltas a lo que me dijo antes de nuestra discusión. Cada día que pasa siento que mi padre acumulaba más y más mentiras, y ya no sé qué era real y qué no lo era de todo lo que me contaba. Puedo entender que no quisiera dar a conocer a sus *fans* información sobre su pasado, pero yo no era cualquier persona: era su

hija, su chica favorita y, de repente, me he dado cuenta de que no era tan especial como él me hacía creer.

Una de las normas que teníamos los dos es que siempre que atravesásemos la puerta de nuestro paraíso, jamás podría mentirle. Yo siempre le contaba todo, bueno, todo lo que podía contarle, porque hay cosas que jamás me atreví a decirle. Como por ejemplo que, cuando Danielle —una chica nueva que venía de Francia— llegó al instituto, llamó mi atención tanto como Luis, o que Luis me robó mi primer beso la noche que fuimos al cine juntos y que me gustó tanto que yo se lo devolví. Tampoco le dije que me había animado a escribir para el concurso de poesía del instituto, aunque acabé haciendo el ridículo frente a todos mis compañeros.

Sé que las personas no siempre lo cuentan todo, que se reservan para sí mismas cosas que no se atreven a decir en voz alta, detalles que son tan privados y personales que se convierten en tesoros para toda la vida, pero mi padre guardaba para él cosas que me afectaban a mí, que ocasionaron que yo viese a mi madre como un ogro cuando lo cierto era que ella huía… y lo hacía de él.

Yo me sentía orgullosa de ser la hija del gran Marcos Reese. Él era el mejor padre que una niña podría tener, pero ahora, tras haber descubierto la verdad, dudo que pudiera volver a confiar en cada una de sus palabras.

Caminar a solas por Savina, me ha permitido darme cuenta de que tiene muchos parecidos con los pueblos medievales que mi padre describía con detalle en sus novelas de fantasía. Todas las calles, o al menos las más amplias, están llenas de arcos cubiertos de enredaderas de las que caen unas campanillas azules de un color tan vivo que parece violeta al anochecer. Otras calles se levantan en cuestas interminables forradas de piedra que no sé a dónde llevan y, las que están pegadas las unas a las otras, parecen haber sido colocadas así para crear un laberinto lleno de magia y cosas por descubrir.

Me pregunto si mi padre tenía algún lugar favorito al que ir cuando quería escapar del mundo, qué era lo que más le gustaba hacer cuando era un niño o quienes eran sus mejores amigos. Son tantas las cosas que quiero saber de él… La única persona en la que puedo confiar y preguntar por todo esto es mi madre, pero, antes de hacerlo, debo disculparme por la escenita que le he montado esta noche.

Todo lo que le dije antes de darme a la fuga no era cierto. De hecho, no mentía cuando mencioné que, a lo largo de estos días, en la única persona en la que ha pensado es en sí misma. Nunca le había hablado así, ni siquiera cuando se enfadaba conmigo y era mi padre el

que suavizaba su mal carácter poniéndose en medio de las dos. Sé que he sido cruel con ella, pero no sé cómo ha podido soportar tanto tiempo fingiendo que estaba bien, que todo estaba correcto con papá y que eran una pareja inseparable.

A esta hora de la noche, parezco ser la única que está despierta porque en mi excursión en solitario no me he cruzado con nadie. Mamá me dijo que Savina no era demasiado grande, pero he visto una hamburguesería y una pizzería, e incluso con un karaoke. No sé si tendrán cines al aire libre, pero se me ha ocurrido que podríamos limar asperezas junto a un paquete de palomitas y un refresco.

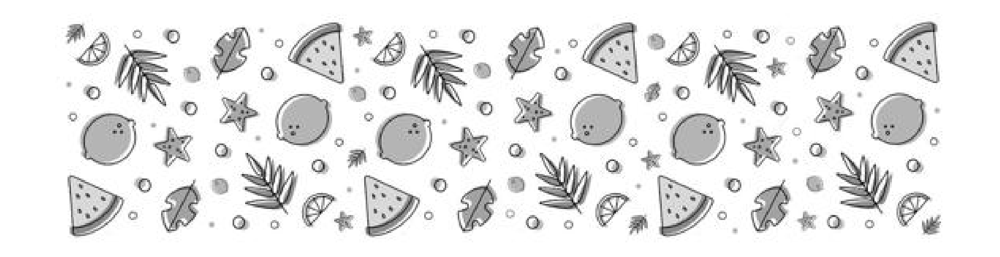
Savina es un lugar con encanto propio y, aunque no le he preguntado cuánto tiempo estaremos aquí, la verdad es que me apetece descubrir este lugar donde creo que no me va a importar pasar unos cuantos meses.

Mis pies avanzan creando sombra en los adoquines del suelo y, una vez que alzo la mirada, me pregunto cómo he llegado hasta el lugar en el que me encuentro. En la *app* no se mostraba nada de este sitio, pero frente a mí hay una pequeña plaza adornada con banderitas y en el centro de esta una fuente iluminada y un millón de flores de arcoíris embelleciéndola. No dejo de mirar el teléfono, de marcar mis pasos dados hasta este momento o de mirar a un lado y otro en busca de respuestas, pero hay algo que me saca de estos pensamientos y provoca el rugir de mi estómago.

Mamá y yo nos parecemos mucho en algo y es que el chocolate es nuestra pasión, y cuando ese aroma mezclado con el dulce de mantequilla se cuela por mi nariz, mi curiosidad me invita a buscar como un perro sabueso. El olor ha despertado todos mis sentidos y me ha trasladado a esas mañanas de domingo en las que mi padre me despertaba con tortitas pintadas de chocolate y una bola de helado. Eran los mejores de mi vida.

No tengo que buscar demasiado la procedencia de ese aroma porque a tan solo unos metros de mí, una pastelería brilla en el fondo a pesar de tener el cartel de «cerrado» apoyado sobre el cristal de la puerta. Y si hay algo que nunca he podido frenar, es mi curiosidad. así que me aproximo hasta allí y mi reflejo se mezcla con un paraíso pintado en tonos verde manzana, flores y madera formando tapices entre los que se puede leer «Bienvenido a Delicias».

Y una delicia es pensar en un *brownie* con helado de vainilla y sirope de caramelo por encima.



CAPÍTULO 9
EL DESTINO Y UN CHOCOLATE CON NUBES

SARAH



❝El chocolate amargo es la base de muchos postres dulces, como lo es la tristeza en cada capítulo de nuestra vida.❞

A pesar de que me he pasado varios minutos frente a la puerta, lo único que he conseguido descubrir es que hay alguien trabajando en el obrador. He descubierto, en mi andadura como detective nocturno, que hay una puerta entreabierta a un lado del callejón, pero no he querido molestar. Ni siquiera me atrevía a interrumpir a mi padre cuando se ponía las gafas y se encerraba en su despacho; mi madre decía que lo tenía prohibido, así que ni se me ocurría asomarme por allí cuando eso pasaba.

He tomado asiento en uno de los bancos que rodean la plaza. No he dejado de mirar el teléfono esperando que mi madre me vuelva a llamar para decirle donde estoy, pero no lo ha hecho y aunque sé que puedo llamarla yo, temo hacerlo. Desde que me choqué con la pastelería, me he acordado mucho de mamá. Sé que no me he comportado bien, que debería de haberle dicho que sabía lo de papá, intentar entender por qué lo había hecho y saber cómo estaba, pero ahora no sé cómo disculparme.

De las plantas que hay a mi espalda, emana un aroma dulce que se mezcla con el sonido de los grillos que, a su vez, se une al ritmo descompasado de mi corazón, calmándolo y serenándolo. Ahora entiendo a mamá cuando dijo que eso la relajaba, porque sí, el

concierto privado y nocturno de estos pequeños insectos es capaz de traer paz en medio de una tormenta eléctrica.

Aspiro y, cuando suelto todo el aire, mis ojos chocan con unas Converse negras. Al elevar la mirada, se topan con unos ojos verdes oscuros que me miran con asombro y sorpresa. El pelo rojo de la mujer cae por sus hombros hasta rozarle la cintura y la piel de sus brazos, donde veo que está marcada formando figuras similares a los continentes de un globo terráqueo.

—¿Puedo preguntar qué haces a estas horas de la noche sola en la calle?

Le sonrío como si la conociera de toda la vida y me encojo de hombros sin saber bien qué responder a su pregunta. Ella toma asiento, flexiona su espalda hacia adelante para apoyarse en sus piernas y sonríe también. Sé que no está bien confiar en alguien desconocido, pero es la única persona adulta con la que me he cruzado esta noche, así que no tengo más remedio que quedarme donde estoy.

—¿Sabes? Cuando yo tenía más o menos tu edad, acostumbraba a escaparme cada vez que discutía con mi madre —dice como si me hubiese leído la mente—. Ella era esa clase de personas estrictas que tenía sus normas, su forma de hacer las cosas y sus manías, y yo odiaba que fuese así.

La risa se me afloja a causa de los nervios y me acomodo mejor en el banco para escucharla.

—Lo peor de escaparme era que luego no sabía qué decir o qué hacer a mi vuelta —comenta—. Así que lo que hacía era hacerle una visita a mi mejor amiga y, hasta que no me sentía segura, no volvía.

—¿Y qué pasaba cuando volvías a casa?

La pregunta salta por mi boca con la misma necesidad que tengo de respirar y eso sorprende tanto a la mujer que me acompaña, que no duda en volver a mirarme con curiosidad.

—Bueno… no es que me librase de un buen escarmiento, pero… —Se ríe y me mira—. La reconciliación y el abrazo eran mucho mejores.

—Ya veo…

Tan pronto como libero esas dos palabras, ella se levanta, me muestra una de sus manos y yo la miro con curiosidad sin saber muy bien qué hacer.

—Me llamo Clara, ¿y tú, luciérnaga a la fuga? —pregunta arrancándome una sonrisa.

—Sarah —respondo estrechando su mano—. ¿Y tú?

—Mi nombre es Clara —responde—, ¿te apetece un chocolate? —pregunta de nuevo avivando un rugido en mi estómago que la sorprende tanto como a mí—. Prometo que no te voy a hacer nada y que te ayudaré a volver a casa una vez que termines.

—¿Sabes que las personas más peligrosas son las que prometen esa clase de cosas? —apunto seria y ella se echa a reír—. ¿Por qué debería aceptar?

—Bueno… —Me señala con el dedo—. Tienes hambre, nunca te he visto en Savina, llevas el teléfono en la mano y algo me dice que te has perdido, ¿verdad? —Asiento con la cabeza y me muerdo el labio —. Vamos…

Y en ese instante, me doy cuenta de que lo único que necesito antes de enfrentarme a mi madre es un extra de azúcar que me permita coger fuerzas suficientes para enfrentar el castigo una vez que vuelva a casa.

. . . . . .

Delicias es mucho más bonito e interesante por dentro que por fuera. El color manzana que creí ver desde fuera es, en realidad, un color menta suave que se mezcla a la perfección tanto con los muebles de madera lacados en blanco, como con las luces de neón en un tono melocotón y las flores de mil colores situadas por varios rincones del local. Desde la calle, no he podido ver que, además de la terraza que hay frente a la puerta, se halla un jardín interior escondido. Pero ahora que estoy aquí y puedo ver todo a mi alrededor, puedo decir que es lo más bonito de este lugar.

Es lo más parecido a un paraíso de un cuento de hadas. Está repleto de farolillos de luces cálidas, colgando del techo hay unos motivos florales que parecen jarrones cayendo del cielo y varias enredaderas llenas de jazmines desprenden un aroma que se te mete bien dentro. El «jardín de las delicias» lo llamaría yo porque es el lugar indicado para comerse un dulce, o dos o tres a cualquier hora del día.

Clara me ha prometido que tomaré el mejor chocolate que jamás he probado y presiento que no me defraudará, sobre todo cuando, nada más entrar, he visto la pinta que tenían los dulces en las vitrinas.

Mi madre sigue sin llamar y, aunque he tenido la tentación de enviarle un mensaje para decirle que estoy bien, lo cierto es que no lo he hecho, pero no tardaré demasiado en hacerlo. Además, el hecho de

recibir el mensaje no hará que su castigo sea menos, así que he decidido no pensar más en ello.

—Siento la tardanza, me he esmerado un poco más de lo normal esta vez. —La voz de Clara disipa mis pensamientos. Le sonrío y espero paciente a que deje ese tazón rojo que lleva entre sus manos delante de mí—. Espero que te guste.

Me guiña el ojo y eso provoca que me muerda el labio y sonría antes de que la sorpresa gobierne cada uno de mis gestos cuando observo todo lo que tengo delante de mí. El tazón no solo contiene el chocolate, además está adornado con un puñado de pequeñas nubes tostadas y el sirope de chocolate se desliza por la cerámica invitando a que lo recoja con un dedo y me lo lleve a la boca. Cosa que no tardo mucho en hacer.

—Si mi madre viese esto…

—¿No le gustaría? —pregunta sentándose delante de mí con una taza de chocolate más pequeña entre sus manos—. Yo creía que adoraba el chocolate…

—¿Eh? —La última frase de Clara me confunde y la miro después de acercar un par de nubes a mi boca—. Bueno, a mamá le gusta mucho el chocolate, pero, ¿cómo lo sabes?, ¿acaso eres bruja?

Clara se encoje de hombros y se acomoda en uno de los confortables sillones que hay en el jardín justo delante de mí.

—Es intuición de repostero, supongo, pero dime, ¿por qué no estás con ella esta noche? —quiere saber, y desvío la mirada hacia la taza conteniendo el silencio un par de minutos que se alargan hasta que ella vuelve a hablar—. Vaya, creo que ya sé la respuesta, ¿habéis peleado?

Suspiro y afirmo un par de veces.

—Tuvimos una discusión y me fui corriendo. Lleva toda la noche llamándome y no le he cogido el teléfono —confieso sintiéndome de lo peor ahora que se lo explico a alguien—. Además, le dije muchas cosas de las que me arrepiento y…

—Y supongo que te sentirás como te dije antes… —asiento y ella me sonríe para así, tomarse unos instantes para darle un trago a su taza. Yo, en cambio, la miro, recorro esas manchas que tiene en su piel y que se pierden en su cuello y, por un par de segundos, tengo tanta curiosidad que quiero preguntarle cómo se las ha hecho—. Lo único que te puedo decir, es que estará muy preocupada.

—Lo sé…

El silencio nos rodea a ambas mientras me dedico a tomarme este chocolate que, además de estar delicioso, calma mi hambre y también despeja todas las dudas que tenía hace un rato.

—¿Sabes? Recuerdo que, cuando tenía más o menos tu edad, una amiga mía decidió ir a la sierra en busca de unas flores para su madre que… bueno, que vimos en una excursión del colegio —comenta con la mirada perdida en los jarrones que caen del cielo—. Al final, se perdió en la sierra y su madre estaba tan asustada que, a pesar de haberle prometido a ella que no le diría nada a nadie, tuve que confesarlo porque también tuve mucho miedo de que le ocurriese algo.

Su historia llama mi atención y yo la miro con curiosidad esperando que cuente más.

—La policía y los rescatistas la encontraron gracias a mi ayuda y, aunque ella nunca supo que había sido por mí —confiesa haciendo una pequeña mueca con la boca—, me alegré tanto como su madre de que volviese a casa.

—¿Encontró las flores? —Mi pregunta provoca la risa de Clara y me encojo de hombros.

—Las encontró y me las regaló a mí, a pesar de que eran un regalo para su madre —responde con una sonrisa—. Pero lo más bonito fue ver el recibimiento que le dieron en casa. Nada importó más que ese instante.

Su mirada choca con la mía y en este momento pienso en mamá, en lo mal que lo estará pasando y en las ganas que tengo de abrazarla. Me sumerjo en mis pensamientos y le doy un sorbo largo al chocolate para soltar un nuevo suspiro.

—¿Te puedo pedir un favor? —Clara afirma y apoya la taza en la mesa—. ¿Me acompañarás a casa? —pregunto frunciendo mis labios en forma de puchero—. No quiero hacerlo sola y…

—Lo haré —responde sin dejar que termine—. Además, prepararemos algo dulce para suavizar el enfado de tu madre, ¿qué te parece?

(…)

—No te preocupes, lo único que tenemos que hacer es prepararle a mamá una rica merienda y ya está… —Marcos intentaba calmar a su hija después de que ella hubiese suspendido los últimos exámenes por pasarse horas sumergida en historias que nunca se había atrevido a mostrar a nadie—. Estoy seguro de que, con eso, su enfado desaparecerá y su castigo será más dulce, ¿qué te parece?

(…)

No sé en qué momento Clara se levanta de su silla y me abraza, ni desde qué instante me pongo a llorar, pero mis lágrimas caen y lo hacen sobre su pecho mientras me abrazo con fuerza a ella liberando unas emociones que nacen siempre que mi padre aparece y me recuerda que, quizá, todo lo que vivimos juntos, era real.

—Vamos… tranquila… —La voz de Clara se escucha tan dulce que quisiera que fuera mamá en ese instante—. No estás sola, ¿vale? Todo irá bien…

—Tú no lo entiendes…

—Sí que lo entiendo, Sarah, más de lo que tú crees… —susurra y me aparta de su cuerpo para limpiar mis lágrimas con sus dedos—. Te parecerá una locura lo que te voy a decir, pero conozco tan bien a tu madre como para saber que en el momento en que te tenga delante se le pasará el enfado.

—¿Tú conoces a mi madre? —pregunto totalmente confundida y ella afirma—. ¿Cómo supiste que…?

—Bueno, digamos que sois dos gotas de agua y supe que eras hija de Anabel nada más verte —comenta con una sonrisa tierna en sus labios—. Hace mucho tiempo fuimos muy buenas amigas.

—Entonces, conocías también a mi padre… ¿verdad? —Clara afirma y sujeta mis manos entre las suyas.

—Sí —confiesa apenada—. Era uno de los chicos que formaba parte de nuestro grupo de amigos. Tenía carácter, le gustaba mucho retar al resto y le volvían loco las estrellas. No lo traté siendo ya adulto, pero Marcos, parecía ser genial.

—Sí lo era…

—Bueno, ¿qué te parece si te llevo de vuelta a casa? —propone dejando el tema aparcado—. No quiero que tu madre se enfade conmigo por tenerte atrapada aquí mientras que ella está preocupada buscándote.

Se incorpora y, aunque no me he terminado el chocolate, sujeta ambas tazas con sus manos y se dispone a caminar para devolverlas al interior.

—Clara, ¿puedo preguntarte algo respecto a mi padre? —Frena sus pasos y afirma con la cabeza—. Una vez me dijo que conocía un lugar increíble para ver las estrellas —comento con curiosidad, mordiéndome el labio—. Me dijo que haríamos un viaje, pero al final,

no lo hicimos, ¿sabes si en Savina hay algún lugar así?

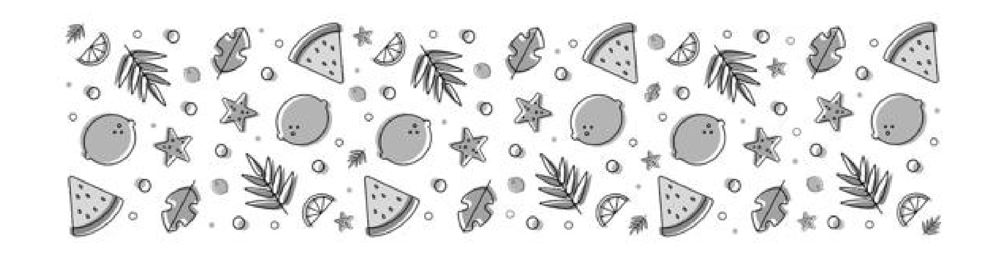
—Claro que sí, pero haremos una cosa —Se acerca de nuevo a mí —. Cuando vuelvas a casa, hablarás con tu madre, te disculparás y después, hablaremos de ir a ese lugar juntas, ¿te parece?

Pienso en mi madre, en si le gustará visitar ese lugar conmigo y, además, recordar el pasado de mi padre conmigo. Hay muchas anécdotas que desconozco si eran verdad o mentira, si eran una fantasía creada por mi padre o formaba parte de sus invenciones, pero me encantaría descubrirlas y darle la oportunidad, aunque ya no esté, de romper mi decepción y transformarla en otra emoción.

—Vale…

—Y, Sarah, no sé qué fue lo que le dijiste a tu madre, pero… estoy segura de que no está molesta contigo.

A pesar de que no tengo ni idea de lo que ocurrirá cuando vuelva a casa, tengo que admitir que me siento más tranquila que hace semanas. Mi padre no está aquí para permitirme descubrir qué era verdad de todo lo que me decía, pero haber conocido a Clara me ayudará. Además, me he dado cuenta de que hay muchas cosas de mamá que tampoco sé, así que esa será mi actividad principal a lo largo de las próximas semanas. Conocerlos un poco más.



CAPÍTULO 10
CAMINANDO POR UN CAMINO CONOCIDO

CLARA



❝Nunca sabemos si volveremos a caminar por caminos conocidos. Mientras, dejaremos en manos del destino cada uno de los pasos que demos.❞

Cuando Viktor me dijo que Ani estaba en Savina, que había llegado al pueblo con su hija y que estaba aquí porque Marcos había muerto, necesité varias horas para asimilar toda la información que había dejado en mis manos. Es extraño, pero, con la última persona que esperé que ella se casase era con Marcos. No congeniaban cuando eran pequeños, es más, se llevaban bastante mal porque eran incompatibles; y no dejo de cuestionarme cuánto cambiaron ambos para que al final naciese el amor y tuvieran una hija.

De la plaza Estrella hasta la casa de los padres de Anabel, hay un trayecto de una media hora aproximadamente. Llevamos menos de diez caminando y, cuantos más minutos pasan, más me doy cuenta de lo parecida que es Sarah a su madre. Cuando la vi sentada en el banco nada más salir de Delicias, creí que estaba teniendo una alucinación, que verla ahí sentada era fruto de mis emociones y de las noches sin dormir. Sentí que se me había parado el corazón y que me había quedado sin respiración. Admito que no estaba preparada para esto, aunque ahora me alegra haber conocido a Sarah y que ella sea esa casualidad que acabe por reencontrarnos después de tantos años. Aunque dudo que ambas seamos las mismas que se despidieron años atrás prometiéndose encontrarse de nuevo.

Si dijera que no estoy nerviosa, mentiría. No he parado de imaginar cómo será Anabel a esta edad, si habrá cambiado tanto como lo he hecho yo o si seguirá teniendo esa sonrisa capaz de paralizar el tiempo. En mis sueños la he imaginado demasiadas veces y de muchas maneras, aunque lo que más he repetido es el beso que nos dimos aquella mañana tras llegar de la playa y después de compartir una limonada. Un delicioso beso con sabor a limón y sal, en realidad, el primero de muchos.

Estoy segura de que, para ella, aquel día no fue tan importante como para mí. Y no importa porque, al final, los instantes siempre adquieren una importancia diferente para las personas que los viven. Además, de haber sido lo contrario a lo que pienso, ella no habría volado lejos y se habría puesto en contacto conmigo. Siempre esperé que lo hiciera, e incluso ahora, después de años, por extraño que eso parezca.

Sobre nuestras cabezas el cielo empieza a pintarse de un azul oscuro intenso avisando de que ya ha empezado un nuevo día. Lo último que esperaba vivir el domingo era un reencuentro como este, pero nunca podemos saber cuándo pasarán las cosas ni cuándo nos veremos sorprendidos por el destino. No he dejado de pensar en qué nos diremos cuando nos veamos, cómo actuaremos o si nos convertiremos en dos desconocidas incapaces de mediar palabra alguna.

—¿Queda mucho para llegar?

La voz de Sarah interrumpe mis pensamientos y niego y señalo con una de mis manos hacia adelante.

—No, tranquila, unos cinco minutos y verás las margaritas de tu abuela al final de la calle —respondo con una sonrisa que intenta ocultar los nervios que siento agitándose por dentro.

—¿Estás bien? —Una vez que miro a Sarah, siento la necesidad de apartar la mirada y sonreír de nuevo para no dejarme caer en el bucle de emociones que me invaden—. Pareces nerviosa…

—No, es solo… —suspiro—. Llevo muchos días sin dormir bien… —Sarah me mira y después lleva la mirada hasta el fondo de la calle.

—¿Crees de verdad que no estará enfadada?

Con la pregunta de Sarah, paso uno de mis brazos alrededor de sus hombros y la abrazo contra mi cuerpo intentando calmar sus nervios. Y también los míos.

—No solo lo creo, sé que en cuanto te vea, ni siquiera se dará cuenta de que estoy ahí —digo echando una risa al aire con la que

espero ayudarla a relajarse—. Verás cómo todo va bien. Tu madre es increíble y, aunque tiene un carácter fuerte, tiene un corazón inmensamente grande.

Sarah me mira a los ojos y yo necesito apartar los míos para evitar que descubra que, bajo de cada una de mis palabras, se esconde ese amor que he sentido y sigo sintiendo por su madre.

—Gracias por lo de esta noche, Clara. No sabía que mamá tenía a una amiga como tú, pero me hace feliz haberte conocido.

La dulce sonrisa de Sarah se convierte en un bálsamo para una herida que lleva toda la vida abierta. Lo único que logro hacer en ese momento, es revolverle ese bonito pelo dorado y regalarle un beso en la cabeza. Es una chica increíble y Ani debe sentirse orgullosa y dichosa de tenerla consigo. Diez minutos más tarde y puedo ver las luces de la casa de los padres de Anabel al final de la calle. La puerta no está cerrada, tampoco las ventanas, y en el piso superior, la luz del dormitorio se mueve presa de algunas sombras que no son más que el reflejo del cuerpo de la mujer con la que algún día soñé vivir toda la vida.

—¿Qué te parece si a partir de aquí avanzas tú sola?

—¿Y qué pasa si mi madre…? —me pregunta asustada.

Presa de mis propios nervios, sujeto sus manos y le dedico la sonrisa más sincera que puedo formar en ese momento.

—Mira… —digo tratando de transmitirle calma—. Yo me quedaré aquí, así que cuando llegues, podré ver qué ocurre. Si ella está enfadada, te hará entrar, pero si no lo está te abrazará fuerte y prohibirá que te muevas de su lado. —Miro de nuevo hacia la casa—. Si sucede lo primero, mañana vendré a hablar con tu madre y, si no sucede, bueno, ya nos encontraremos en algún momento por el pueblo, ¿te parece?

Sarah duda, me mira, después dirige la vista hacia la casa de sus abuelos y, tras un suspiro, parece convencerse de que todo estará bien.

—Vamos, no creo que quieras hacerla esperar mucho más.

—Nos veremos pronto, ¿verdad? —pregunta con un poco de tristeza.

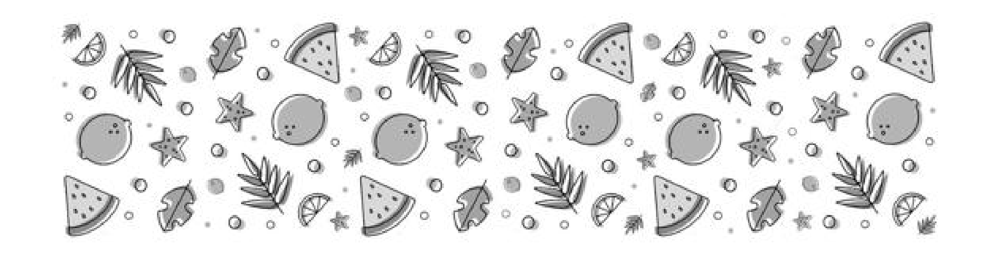
—Ya has visto que Savina no es tan grande como parece —le digo restando importancia—. Antes de lo que creas, nos cruzaremos de nuevo y te prometo que esa vez te invitaré a un buen trozo de tarta de chocolate. Es una promesa.

Tras un beso sonoro que Sarah me regala en la mejilla, la observo

avanzar con prisa hasta la casa. Unos minutos son suficientes para que el silencio de la noche me permita escuchar su voz alzándose para llamar la atención de su madre, y un par de minutos después observo, desde la lejanía, cómo se unen en un abrazo que espero sea el principio de algo bueno.

Cuando se pierde a un padre, tu mundo se viene abajo de la misma manera a como sucede cuando lo hace una madre. Las emociones se te revuelven, sus recuerdos te duelen, te conviertes en una madeja de hilo enredada y necesitas un poco de tiempo para darte cuenta de que, si quieres sentirte mejor, lo único que debes hacer es volver a los brazos de aquellos que te quieren.

Sarah ya ha vuelto a casa, y ahora me toca hacer lo mismo.



CAPÍTULO 11
LAS CASUALIDADES NO EXISTEN

CLARA



❝El mundo está repleto de instantes maravillosos
y momentos inesperados que provocan
que nuestra vida cambie por completo.❞

Ha pasado medio día desde que dejé a Sarah con su madre y desde entonces, no he dejado de preguntarme si todo habrá ido bien. Quizá haya sido demasiado ilusa al decirle que todo iría bien, que su madre no se enfadaría y que lo que debía hacer era hablar con ella, pero, conforme pasaban los minutos, no podía dejar de pensar en las veces que me molesté con mi madre y en el tiempo que dejé pasar por tonterías.

Ahora que ella no está, me gustaría poder esquivar cada pelea y disfrutar de cada segundo que no vivimos juntas. Fueron muchos, quizá más de los que ahora mismo recuerdo; instantes cargados de lágrimas e incomprensión, de reproches e insistencia, de desilusiones y dolor.

Si bien es cierto que mi madre me quiso desde el segundo uno que supo que yo existía, la verdad es que también nos vimos enfrentadas en muchas ocasiones. Muchas veces me sentí juzgada, apartada por no ser una «hija normal», pero a pesar de todo ello, mi madre intentaba comprenderme, aceptarme y quererme por ser quién era y por muy complicado que eso le fuera.

Me gustaría haberle dado menos dolores de cabeza, haber sido como Anabel y haber formado mi propia familia, haber aceptado la beca en París y haberme marchado lejos para ser algo más que una repostera de pueblo. Debería haber optado a más porque ella quería que no me conformase con poco y, al final, la decepcioné cuando me

quise quedar y no separarme de algo que siempre me hizo feliz. Solía decirme que mi decisión de quedarme en Savina era fruto de mi miedo a fracasar. Nunca tuve la oportunidad de decirle que tenía razón, que me aterra escapar de mi zona de confort y no ser capaz de conseguir nada fuera de aquí. Me conformé con abrir Delicias, con ampliarlo para dar lugar a su jardín interior y con preparar café y dulces a personas que me conocen de toda la vida.

Siempre tuve un sueño, bueno, quizá dos o tres. Recuerdo el día en que lo compartí con Ani y me dijo que podía imaginarme en París, con un gorro pomposo de pastelero en la cabeza y las manos manchadas de crema. El día que me contó cómo me había imaginado, en lo único que pensé fue en mis ganas de poder vivir esos instantes con ella y en besarla, aunque tuviera los labios manchados de chocolate. Aún lo pienso y me pregunto cómo fui capaz de no besarla hasta el día en que lo hizo ella.

Para ocupar la mañana y también mi mente, me he puesto a revisar las cajas que bajé del desván hará unos días. Estaban llenas, en su mayoría, de libros de lectura que he dejado en mi coche para llevarlos al colegio; allí los niños le sacarán un mejor uso. Pero he encontrado un álbum que no tuve tiempo de examinar y, ahora que mi padre está descansando del paseo que hemos dado juntos, puedo ojear.

Cuando mis manos abren la cubierta y se encuentran con las primeras hojas de papel protector de fotografía, mi memoria recupera tardes completas con mi madre, sentadas junto a la chimenea, viendo imágenes viejas en las que ella me hablaba de sus bailes, de sus tardes de cine, de la recolecta de la fruta, de las matanzas del cerdo o las fiestas del pueblo, incluso de todos sus familiares, de cómo era la relación con su tía y cómo eran mis abuelos a los que no tuve la oportunidad de conocer. Amaba su manera de contarme cómo era su vida.

Delante de mis ojos hay fotografías de mi niñez. En algunas soy tan pequeña que lo único que veo de parecido con la persona que soy ahora, es el color rojo de mi cabello. Aún no hay rastro del vitíligo que hoy en día se mantiene firme en mi piel. Así que se puede decir que soy una pequeña bolita rolliza que sonríe y ríe sin parar en todas ellas, que disfruta y corre por el campo como si estuviera en su hábitat natural y que es feliz sin importar nada más.

No recuerdo un momento de mi niñez donde dejase de sonreír. Ya fuese con mi padre, con mi madre o con mi hermano Pablo. En algunas de las fotos aparezco con él, tomándolo en brazos y mirándolo con tanto asombro que seguro me estaría preguntando de dónde lo sacaron mis padres.

Conforme avanzo algunas hojas del álbum veo que están llenas de imágenes de celebraciones. Aparezco disfrazada de pastelera en muchas de ellas porque mi madre hacía uso de su indumentaria vieja para coserme los trajes, también se me ve de labrador o de espantapájaros. Pablo también me acompaña vestido de bombero, de pistolero, incluso de superhéroe. Por suerte —o por desgracia para mamá—, él decidió dedicarse a lo primero.

Se nota que mi madre no lo pasó bien a partir de mi octavo cumpleaños porque apenas hay imágenes mías de aquella época. Y no la juzgo. Fue complicado para todos ver y comprender las razones por las que mi piel empezaba a roncharse, a pintarse de colores diferentes y a formar manchas que aún hoy me acompañan. Todos lo pasamos mal porque mi enfermedad trajo consigo la mirada, las habladurías, las risas y el miedo de muchos que creían que era algo contagioso. Los únicos que estuvieron conmigo fueron Javier y Anabel. Sus padres eran muy buenos amigos de los míos y lo único que necesitaron fue una explicación para saber que no había peligro. Javi decía que yo era tan peculiar como las vacas, sin embargo, Ani se dedicaba a contar manchitas diciendo que eran como estrellas que pintaban el cielo por la noche; ella nunca se olvidó de eso, al contrario, me lo recordó una y otra vez hasta el último día que nos vimos.

Al final, mi enfermedad dejó de ser el centro de atención y el miedo se disipó al ser conscientes de que mis mejores amigos no sufrían por mucho que los abrazase o jugase con ellos. Así que la normalidad volvió a nuestras vidas y mis padres aceptaron que todo estaba bien, fotografiándome de nuevo incluso en la playa, donde se me ve con menos ropa y siendo tan feliz que puedo ver en todas ellas los hoyuelos que se me marcan al sonreír.

Mientras que he ido avanzado descubriendo más instantes de mi vida, he apartado imágenes donde sale Marcos, donde está Anabel y en las que se puede ver muy bien el parecido que tiene con su hija. Estoy segura de que Sarah se asombrará porque no somos capaces de aceptar los cumplidos que nos hacen hasta que no vemos que son reales de verdad.

—¿Tan aburrida estás que te ha dado por sumergirte en el pasado?

La voz de Viktor rompe mi conexión con mi vida, me levanto y lo estrecho en un fuerte abrazo antes de volver la mirada de nuevo hasta la mesa de piedra y sonreír.

—A veces es bonito hacer un viaje, ¿no crees? —pregunto y le invito a que se siente—. ¿Te apetece una limonada? Está hecha de hoy y ya sabes lo dulces que son los limones de mi padre.

—No me negaría en absoluto, ¿está por aquí o…? —Señala el campo con la cabeza.

—Está echándose una siesta. Estuvimos dando un paseo y ya no es lo que era —confieso con una sonrisa—. Siéntate. Ahora vuelvo.

Me lleva un par de minutos ir y volver de la cocina, y unos segundos más en tomar asiento junto a él, que está ojeando con la misma curiosidad que yo las fotografías del álbum.

—Siempre me pregunté cómo era tu hermano a los dieciséis años. —Ríe levantando una imagen en la que Pablo parece un fideo y tiene la cara llena de granos—. El tiempo ha logrado que madure bien, ¿eh?

—Ya sabes lo que dicen. —Muevo las cejas con picardía—. Pablo es como el buen vino: cuanto más mayor se hace, mejor está.

Viktor y mi hermano son tan perfectos el uno para el otro que aún me pregunto por qué no se dan una oportunidad. Soy consciente de que el oficio de mi hermano no es fácil de sobrellevar, que uno vive en Valencia y el otro está muy aferrado al pueblo, pero siempre he creído que, si se quiere, uno lo puede tener todo. La última vez que los vi juntos fue durante las fiestas de Navidad y juré haber visto en los ojos de mi hermano que Viktor le gustaba un poquito más.

—No te lo dije pero, en Navidades, vi que mi hermano te hacía ojitos —comento sacando un par más de fotografías que se unen a un pequeño montón—. Y antes de que me eches en cara que os estaba espiando, créeme, no lo hacía.

—Tu hermano siempre sabe cómo sacarle partido a los efectos que el alcohol tiene en mí —argumenta reservándose una sonrisa que sale a flote cuando coge su vaso de limonada y da un trago tan largo que termina vaciándolo hasta la mitad—. Esa noche me dijo cosas que no me hubiese esperado escuchar de su boca.

—Espera, ¿qué?

Viktor se encoge de hombros y se deja caer sobre el respaldo de la silla con una sonrisa inocente en los labios.

—Ya sabes… —explica—. Nunca esperaba escuchar de la boca de tu hermano que le parezco interesante y que le gusto.

Las fotografías pasan a ser menos importantes y un segundo después, me echo las manos a la boca sorprendida. Pablo es el típico hombre de treinta y cinco años que jamás ha tenido pareja estable porque le gusta picar aquí y allá sin dejarse llevar por las emociones. Sin embargo, con Viktor nunca se ha dado nada físico y su conexión se debe a todos esos momentos que han pasado juntos desde que los

presenté hace ya unos cuantos años.

—Sé lo que vas a decir: que lleve cuidado con él, pero… —Se ríe y yo levanto una de mis cejas como respuesta a su ironía—. Él no está, así que no es necesario que lo digas.

—¿Cuándo lo llamaste para saber cómo estaba mi padre obvió decirte que pasará aquí lo que queda hasta septiembre? —pregunto con curiosidad.

—¿En serio? —Afirmo y Viktor palidece lo suficiente como para que yo me eche a reír—. Eso son… —Empieza a contar—. Dios mío, eso son…

—Sí, varios meses, demasiados, y espero que tengas fuerza suficiente para no permitir que mi hermano te convierta en otra de sus flores o te juro que te golpearé ese culo tan bonito que tienes —añado señalándole con el dedo.

La risa de ambos se une al canto de los pájaros, y la limonada nos permite tomar un descanso de todas esas emociones que se han agitado de repente.

—Y bueno, tú, ¿qué? —dice levantando una ceja—. ¿Ya has pensado qué hacer cuando te cruces con tu chica?

—Sabes que no es mi chica….

Mis ojos vuelven a las imágenes que se han amontonado y viajo por un segundo a uno de mis momentos favoritos con ella. Al toparme con su recuerdo, Sarah aparece en mi camino como un rayo y me hace recordar que no le he contado que he conocido a la hija de Anabel.

—Lo cierto es que le prometí a alguien que iría a verlas en cuestión de unos días —admito como si nada.

—¿A quién? Porque a mí no. —Se señala y yo niego.

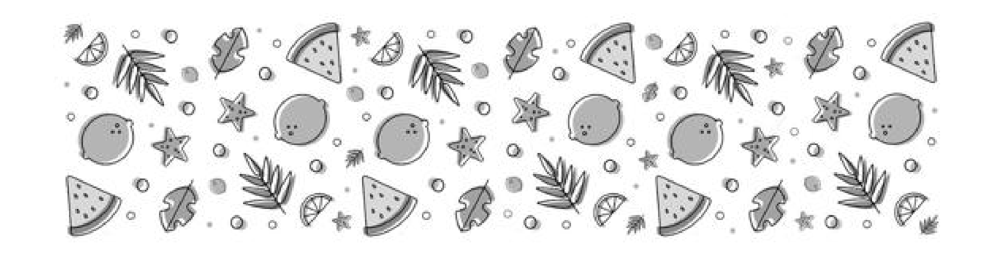
—Te va a parecer una casualidad, pero conocí a su hija esta misma madrugada —digo sin más—. No sé qué discusión tuvo con Anabel, pero tuvo que ser fuerte para que se le ocurriera salir corriendo y caminar por un pueblo que ni conoce.

—Sabes que las casualidades no existen, ¿verdad?

Con la pregunta de Viktor en el aire, me acomodo mejor en la silla y subo mis piernas para abrazar mis rodillas dejando mi pecho presionado con ellas. Tengo el corazón acelerado y ni me había dado cuenta de ello. Sé que las casualidades no existen, que nada pasa porque sí y que todo tiene una razón de ser; sin embargo, me pregunto si el destino quiere obligarme a ser quien dé el primer paso hacia un



camino que está lleno de dudas e incertidumbres o soy yo la que me estoy dejando arrastrar por mis propios sentimientos.



CAPÍTULO 12
EL CANTO DE LOS PÁJAROS

ANABEL



❝Hay sabores que jamás se olvidan,
que se quedan pegados a nuestros labios,
que se graban en nuestra mente y paladar,
y que siempre reconoceremos una vez
que los volvamos a probar.❞

Desde que Sarah regresó a casa, nuestra relación ha mejorado lo suficiente como para poder convivir y conversar sin echarnos los trastos a la cabeza. Hoy ha querido pasar la mañana en la sierra, y tras elaborar un rápido pícnic para dos, nos hemos puesto ropa deportiva y hemos salido a caminar. Aún no he sido capaz de preguntarle dónde estuvo o qué fue lo que hizo, no quiero forzarla, he aprendido la lección y me he prometido que, a partir de ahora, estaré mucho más atenta a ella.

Conocer que ella sabía sobre la infidelidad de Marcos y la decisión que ambos tomamos para que ella tuviese una infancia «normal». Estoy segura de que, si hubiese estado más pendiente, me habría dado cuenta de ello, pero admito que, en los últimos años, me he centrado mucho más en el trabajo que en otra cosa. Necesitaba estar lejos de Marcos todo el tiempo que pudiera y, en mi necesidad por alejarme de él, también dejé atrás a Sarah sin querer. Como madre, cometí uno de los mayores errores que podría hacer, y me siento tan mal al respecto, que me encantaría tener un momento para pedirle disculpas y prometerle que nada ni nadie podrá alejarme nuevamente de ella.

Llevamos más de veinte minutos caminando y la sierra me ha hecho volar al pasado. Veníamos muchas veces aquí con el colegio,

unas para conocer la vegetación autóctona, y otras para echar un vistazo a las huellas de animales o recolectar flores para usar más tarde en clase. Siempre me gustó caminar entre árboles, escuchar el cantar de los pájaros, el sonido de las hojas mezclándose con el del mar, el aroma a tierra mojada en los días de lluvia… La sierra te permite respirar, liberarte de impurezas y dejar todo atrás.

—Mamá, ¿esto son marcas de cerditos? —Con la pregunta de Sarah detengo mis pensamientos y me acerco hasta una planicie que se abre ante nosotras y que está rodeada de setos bajos—. Mira, las hay grandes y más pequeñas.

—Parecen de jabalíes… —digo con una sonrisa antes de sacar el teléfono para hacerles una fotografía—. Suelen salir al atardecer, cuando hay poca luz, porque es la hora del día en la que están más resguardados del peligro.

—¿Tú los has visto alguna vez?

—Una vez, y eran así de pequeños… —respondo haciendo un gesto con mis manos—. Hacían un sonido muy gracioso y escarbaban por la hierba en busca de bichejos y raíces que llevarse al estómago.

Sarah me sonríe y, por un par de segundos, veo a Marcos reflejado en ese gesto; él, a su edad, no dejaba de sonreír y reír, de gritar y escalar árboles, de cometer locuras tanto o más que yo. Era un intrépido aventurero que disfrutaba de la naturaleza y de todo lo que esta podía ofrecer, y todavía no comprendo por qué quiso borrar este lugar de su vida.

—Ojalá podamos ver alguno un día de estos…

El comentario de Sarah me invita a recorrer nuestro alrededor con la mirada y recordar el camino de un sendero que nos llevará a un lugar que estoy segura de que le encantará.

—Ven conmigo. Sígueme —propongo poniéndome en marcha.

—¿A dónde vamos? —pregunta mientras que da pasos largos tras los míos—. ¿Mamá?

Río y avanzo un poco más rápido esperando que ella pueda seguirme y pierda la noción de todo lo que hay a su alrededor antes de que se encuentre frente a una de las postales más bonitas que habrá visto jamás: una pradera llena de flores, de tonos tan diversos que no tendrá tiempo suficiente para descubrirlos todos.

—¡Venga! Date prisa.

Diez minutos más tarde y con el corazón algo acelerado, freno mi paso y ella choca conmigo provocando que trastabille, entonces la

sujeto de los brazos para que no caiga y acabe deslizándose por una pequeña inclinación que hay en el terreno.

—Tres consejos para caminar por la sierra —digo levantando tres dedos—. Uno —enumero y sonrío—, jamás te olvides el teléfono. Ahora tienes suerte de poder contar con el número de emergencias —añado—. Dos, mira siempre hacia adelante y presta atención a todo lo que ves, sobre todo, a lo que pisas —comento señalando la pendiente por la que ha estado a punto de caer—. Y tres, y la más importante, nunca camines de noche por ella porque con la oscuridad jamás serías capaz de ver esto…

En ese instante, me aparto para que Sarah pueda descubrir el precioso manto de flores que lo cubre todo. Me encantaría tener el teléfono a mano para poder fotografiar el brillo de sus ojos y la sorpresa que la invade.

—Mamá, esto es…

—Lo más bonito que has visto en tu vida —digo pasando un brazo por sus hombros—. Este es mi lugar favorito de la sierra y quería enseñártelo.

—¿Fue aquí donde viniste a recoger las flores para la abuela? —pregunta siendo ahora ella la que me toma por sorpresa y la que me deja sin habla—. ¿Me equivoco? —Duda y niego sin saber bien qué decir—. Fuiste demasiado valiente al venir aquí tú sola, pero ahora entiendo por qué querías venir…

—Sa-Sarah, ¿cómo sabes lo que pasó si yo no…?

—Oh, bueno, eso… —Se rasca la cabeza y sonríe de forma inocente mientras camina, lo hace entre las flores y se agacha lo suficiente para poder acariciarlas y comenzar a formar un ramo con todas ellas—. Conocí a una amiga tuya y me lo contó.

—¿Una amiga mía? ¿Qué amiga?

—Clara —responde sin mirarme. Escuchar su nombre provoca que todo me dé vueltas, que el corazón se me agite, que me falte el aire, pierda fuerza y necesite sentarme en el suelo que hay bajo mis pies—. Es una mujer interesante —continúa—, tiene una pastelería, bueno, también es cafetería y hace un chocolate delicioso. Te gustaría. —Niego por dentro una y otra vez—. Me ayudó a volver a casa y me animó a arreglar las cosas contigo.

En el momento en que Sarah se gira para buscarme y me encuentra sentada en el suelo, se asusta tanto que el pequeño ramo de flores que está haciendo se le cae de las manos.

—¡Mamá! —exclama asustada—. Mamá, ¿estás bien?

—No te preocupes es que… —Sonrío y le resto importancia a mi estado moviendo una mano—. Ha sido demasiado ejercicio de golpe y ya no soy una jovencita como tú —admito entre risas—. Estoy bien…

—¿Seguro?

—Mucho —respondo antes de darle un trago a la botella de agua—. Entonces, cuéntame, ¿te encontraste con Clara la otra noche?

Sarah se sienta conmigo y admite con un movimiento de cabeza.

—¿Y está…? ¿Está bien? —pregunto con curiosidad, como si ella pudiera decirme si después de tanto tiempo aún me guarda rencor por haber roto la promesa que le hice—. ¿Dices que tiene una pastelería? ¿Dónde?

—Bueno… —Se encoje de hombros—. No sé dónde está exactamente, pero sé que es en una pequeña plaza con una fuente.

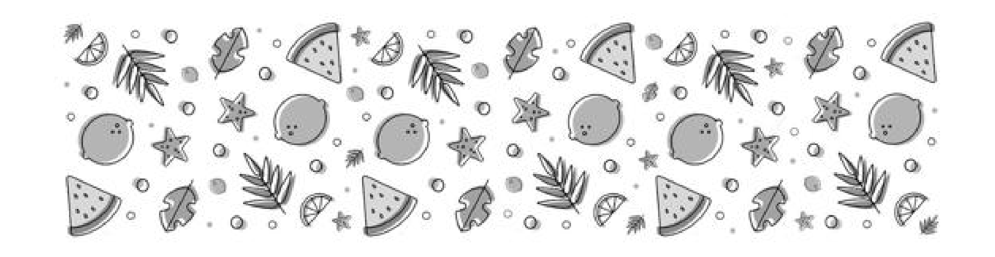
—Ya sé a qué lugar te refieres —confieso ocultando mis recuerdos tras la sonrisa que le dedico—. ¿Qué te parece si recogemos un buen puñado de flores y vamos a visitarla? Ahora que sé que te ayudó a volver a casa, le debo un agradecimiento.

—Pero no sé si estará en su pastelería…

—Bueno, si no está allí, iremos a casa de sus padres —digo con seguridad.

La sonrisa de Sarah brilla tanto como lo hace el sol sobre nuestras cabezas. Me pregunto tantas cosas en este momento que mi mente va a estallar. Quiero preguntarle cómo está Clara, si seguirá teniendo esa melena rojiza que tanto me gustaba tocar y trenzar, o si sus ojos verdes son tan bonitos como lo eran entonces. Si su sonrisa aún es capaz de provocar que te tiemblen las rodillas, o si sigue siendo tan dulce como lo es el caramelo de miel. Necesito más detalles y la ansiedad provoca que me eche las manos a la cabeza. Deseo saber si me guarda rencor o si lo dejó pasar, si se olvidó de todo lo que ocurrió entre nosotras y siguió adelante tal y como hice yo. Aunque, seguir no significa olvidar, porque jamás olvidé el sabor de sus labios aquel día, ni lo que sentí en el corazón cuando nos despedimos y nos separamos.

Nunca he podido dejar atrás el ritmo que marcaba mi corazón cuando ella estaba cerca de mí y, aunque me costó acostumbrarme a no sentirla, lo cierto es que se quedó grabada en mi piel por y para siempre.



CAPÍTULO 13
REENCUENTROS

ANABEL



❝En cuestión de amor, cuando la mente y el corazón van al unísono, todo lo demás, pierde sentido.❞

Sarah lleva un ramo inmenso de flores que ha recogido de la pradera en la que hemos estado, y me encantaría ser yo quién lo sujetase para poder calmar así mi ansiedad. He tenido que meter las manos en los bolsillos de la sudadera azul que llevo puesta y las tengo cerradas en dos puños bien apretados. No sé si mi idea de ir a visitar a Clara es acertada o no. La última vez que nos vimos fue aquella mañana en la que la besé y le prometí que volvería, pero no lo hice. Bueno, no hasta ahora.

El destino parece que ha querido jugar con nosotras de nuevo y, aunque estoy cagada de miedo, sé que no hay nada que pueda hacer para predecir el futuro. La vida es demasiado retorcida, podría decirse que es lo más parecido a una noria, sé bien lo dura que puede llegar a ser y las sorpresas que te puede dar; una elección trae sus consecuencias, buenas o malas, pero las trae y te transforman, y me he pasado toda mi existencia sufriendo las mías.

Ahora estoy aquí, después de haber tomado una sin pensar, guiándome por lo que siento, cuestionándome qué pasará y si ella querrá verme después de todo. Según me ha estado contando Sarah a lo largo de todo el camino, Clara parecía recordarme con cariño, pero no estaré segura de ello hasta que la mire a los ojos y sepa si eso es cierto o fue una mera máscara que se colocó aquella noche para que mi hija dejase de darle vueltas a las cosas y volviese a casa.

—Mamá, y si no está en Delicias o en casa de sus padres, ¿qué hacemos? —Sarah pregunta y comienzo a dudar de si mi elección es la adecuada—. ¿Le dejamos las flores allí junto a una nota? —Levanta una de sus cejas tal y como hacía Marcos cuando preguntaba.

—Es una opción, pero si no está allí, no te preocupes, Savina es pequeño y todos nos conocemos. —Sonrío—. Tarde o temprano la encontraremos.

Al parecer, mi respuesta le da seguridad a Sarah, que se abraza al ramo de flores y sigue caminando por las callejuelas que se abren paso frente a nuestros ojos. A esta hora de la mañana huele a comida y eso me recuerda el pasado, a esos días de colegio en los que volvía a casa y sabía qué era lo que había cocinado mi madre mucho antes de atravesar la puerta. Cerrar los ojos y jugar a las adivinanzas conmigo misma era una costumbre diaria.

Tras diez minutos de caminata, llegamos a la plaza y la curiosidad, siempre presente en mi persona, me invita a recorrer con la vista los locales hasta dar con Delicias. Sarah estaba en lo cierto al decir que era una belleza, pero es mucho más que eso. Las flores en forma de enredadera caen sobre el rótulo que brilla bajo la luz del sol y se mezcla a la perfección con el verde aguacate de la fachada y la madera con la que están forradas las paredes del interior. Y nada que decir de la terraza, que me recuerda a París. La ciudad a la que Clara quería viajar para formarse y ser Chef. Me pregunto si al final lo hizo.

Desde lo lejos, la pastelería parece cerrada, pero una vez que nos acercamos y mis ojos van más allá de la puerta o las ventanas, distingo el cuerpo de una mujer a la que reconozco sin poner demasiado esfuerzo; han pasado más de veinte años, pero no ha cambiado nada. Las manchas de su piel han crecido tanto como el resto de su cuerpo, que ahora es un conjunto de curvas esbeltas que la hacen increíblemente atractiva.

Respiro y el aire se me queda atascado dentro. Entonces, sus ojos se encuentran con los míos y un rayo me atraviesa de la cabeza a los pies despertando hasta la última célula de mi cuerpo. Cualquiera que haya conocido el amor alguna vez en su vida, sabrá reconocer que este nace, crece y se reproduce a un ritmo tan rápido que es imposible ponerle freno. Es como una flecha de hierro candente que te alcanza el corazón, como una bandada de pájaros que se lanzan a volar al mismo tiempo, como una tormenta eléctrica que te pone el vello de punta o un huracán que hace volar todo por los aires.

Cuando nos miramos al otro lado de la ventana de su preciosa pastelería, el amor que sentía por ella despierta, se expande y explota

dentro de mí destrozando a su paso todas mis barreras, mis escudos y mis miedos; esa coraza bajo la que me he escondido todos estos años y tras la que me he sentido protegida desde hace demasiado tiempo. Había olvidado de lo que es capaz el amor, de lo fuerte que te hace sentir, de lo inseguro y desprotegido que te quedas ante la persona que amas, del miedo, la necesidad, el éxtasis, los nervios o… la sensación de estar volando y las mariposas en el estómago.

Clara brilla, lo hace como la luna en el cielo de noche o como el sol que cae sobre mí en este momento. A pesar de que mi mente dicta la orden de avanzar, mi corazón y mis emociones gobiernan mis actos y soy incapaz de dar un paso al frente. Tiemblo tanto que cierro las manos y las escondo tras mi cuerpo. Mis pies están pegados al suelo y, a la vez, siento que caigo al vacío sin nada con lo que protegerme. Son los latidos de mi corazón los que bloquean mis oídos y me impiden escuchar los gritos de Sarah al verla.

Pierdo la noción del tiempo, la realidad se desdibuja frente a mis ojos y todo desaparece dejándola a ella en el centro de la diana con su precioso cabello rojo deslizándose por sus hombros y esa risa que choca con mi cuerpo provocando que trastabille y esté a punto de caerme al suelo como un castillo de naipes ante una ráfaga de aire.

No recordaba lo que era sentirse enamorada, pero, en el instante en que una sonrisa transforma los labios de Clara en el más dulce y adictivo de los postres, tengo claro que estar enamorado de alguien es ver estrellas allí donde no las hay y descubrir el paraíso en los ojos que te miran sin cesar.

(…)

Aquella tarde, junto al río, lo único que se escuchaba eran las risas de ambas y el canto de los pájaros. El sol de verano hacía de ese lugar uno de los más refrescantes; porque allí, al contrario que en la playa, podías encontrar una sombra bajo la que tumbarte y pasar todo el día.

Anabel y Clara habían disfrutado de una mañana inolvidable y, ahora, permanecían tumbadas sobre una sábana, sintiéndose la una a la otra en un juego sencillo de caricias. Sus manos no dejaban de moverse, de causar cosquillas, de dibujar círculos deformados y palabras indescriptibles. Sonreían, eran felices, pero esa sensación fue a más una vez que Clara tomó la iniciativa y se acercó a sus labios robándole un beso inesperado.

—Me encanta la cara de boba que se te pone cuando te beso… —Clara susurró esas palabras sobre sus labios y Anabel, lo único que logró hacer fue besarla de nuevo.

—¿Ah, sí?

—Sí… —murmuró y, después, se mordió su labio inferior—, porque esa cara de boba es la más bonita que he visto jamás…

—Tú sí que eres lo más bonito que he visto nunca. Todo un

paraíso… el mío.

(…)

. . . . . .

Nuestra llegada a Delicias se ha dado hace más de veinte minutos y desde que lo hicimos, me he quedado sin palabras. Mis labios se han sellado, he sido incapaz de elaborar una frase correcta y lo único que he conseguido, es sonreír y curiosear todo lo que encuentro a mi paso.

El local es más bonito por dentro que por fuera. Aquí todo huele a dulce, a azúcar, a chocolate, a cítricos y a flores. Las paredes, además de la madera que cubren una parte, tienen el mismo bonito color verde que la fachada pero está tallado en relieve, hecho de yeso, que no ves si no te acercas lo suficiente y lo acaricias con las manos. Y los tapices de flores que bañan muchas zonas de la pastelería, son similares a esa pradera que visité con Sarah hace unas horas.

Ambas están en la cocina ahora. Las escucho hablar, reír y divertirse como si se conocieran de toda la vida, y lo cierto es que me odio a mí misma por sentir envidia de ello.

La situación a la que me enfrento, me hace sentir confusa e incómoda a la vez, y sé que es por varias razones. La más importante de todas, es el hecho de haberme escondido bajo una máscara que ha prohibido que Sarah conozca quién soy y cómo soy de verdad. De haberlo hecho, ahora mismo mi hija sabría que está cocinando con quien es, y será siempre, el gran amor de mi vida.

Cuando lo admito y lo digo en voz alta en mi mente, el tiempo se paraliza, camina hacia atrás y me lleva al interior del coche de mis padres poco después de haberme despedido de ella. Puedo sentir mis lágrimas bañando mis mejillas, el dolor en mi pecho fruto de la rotura de mi corazón. Dejar a Clara fue horrible, me costó continuar, avanzar, acostumbrarme a ese vacío y a vivir sin ella. Pero lo peor no fue eso. Fue darme cuenta, tras la muerte de Marcos y mi llegada a Savina, del tiempo que había dejado pasar sin ser auténtica, sin permitirme ser feliz de verdad; tal y como le prometí que lo sería siempre.

Y ahora estoy aquí, perdida entre recuerdos y abrumada por el presente.

—¿Ya has decidido cuál es tu rincón favorito?

La voz de Clara provoca que me muerda el labio inferior y que gire sobre mis talones sintiendo miedo de enfrentarla. De pequeña, siempre

jugábamos a buscar nuestro espacio favorito en todos esos sitios nuevos que visitábamos.

—Sabes que sí —respondo señalando la cocina con una de las manos—. Ahí es donde ocurre la magia, ¿no es así? Eso decía tu madre.

Clara sonríe, se muerde ligeramente el labio y me mira a los ojos cómo si esperase que le dijese eso que ha querido escuchar toda la vida. Pero rompo la conexión y me giro hacia mi espalda, echando un vistazo a nuestro alrededor.

—Es increíble lo que has hecho con la pastelería —le digo antes de soltar un pequeño suspiro—. Siento que Paloma ya no esté —confieso y doy un paso hacia adelante colocando una de mis manos sobre las suyas. El solo contacto me paraliza, nos sumerge a ambas en un silencio profundo y, cuando logro reaccionar, carraspeo—. Estoy segura de que alucinaría al ver todo esto.

—Si te soy sincera, nunca le gustó que pintase las paredes de verde. —Clara suelta sus emociones en una risa y después endereza su espalda para echarse toda la melena hacia un hombro; tal como lo hacía cuando éramos niñas—. Pero yo quería algo diferente y…

—Parisino —añado continuando la frase por ella

Sonríe y, antes de que pueda preguntarle si logró estudiar para ser chef, Sarah nos sorprende a ambas y la agarro por los hombros para acercarla a mí con cariño. Está emocionada y la felicidad se ve reflejada en esa mirada iluminada que es igualita a la de su padre.

—Mamá, Clara me ha dicho que me va a enseñar a hornear magdalenas —comenta y miro a la pelirroja que, para restarle importancia, se encoge de hombros—. Había pensado que podíamos hacerlo juntas, ¿no te parece buena idea?

Sé que mi gesto se desencaja, que intento sonreír y aceptar a pesar de que mi cabeza dice que no y apenas sonrío. Clara es más rápida que yo y coloca una de sus manos en mi hombro para traerme de vuelta a la realidad y guiñarme un ojo con una sonrisa que me quita el aliento.

—A lo mejor tu madre tiene otras cosas mejores que hacer, Sarah.

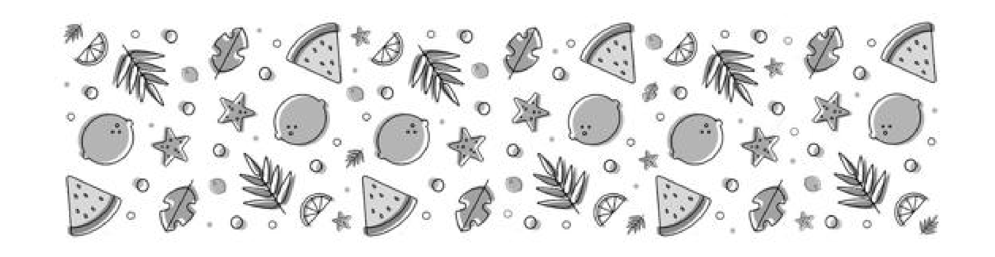
—¡No! —exclamo levantando la voz sorprendiendo a ambas—. Quiero decir que no, no tengo nada mejor que hacer, así que sí. Acepto, digo, aceptamos.

Mientras que Clara y yo nos miramos como si nos acabáramos de conocer y fuésemos capaces de sentir la energía que se mueve a

nuestro alrededor, Sarah nos abraza con fuerza, acercándonos, provocando el roce de nuestros cuerpos, haciendo que el espacio se reduzca y que mi reflejo se hunda en el bonito color verde de sus ojos.

Unos ojos que no me cansaría de mirar.

Unos ojos que me miran como si fuese un sueño hecho realidad.



CAPÍTULO 14
EL DON PARA DESCUBRIR SECRETOS

SARAH



"No se puede ocultar una verdad que salta a la luz cuando dos miradas chocan y saltan chispas."

La noche ha caído y desde la ventana del dormitorio, puedo ver la iglesia de Savina iluminada con esa bonita luz dorada. Lo único que se escucha es el ladrido de algunos perros formando un eco profundo que se mezcla con el sonido de las olas al chocar con las rocas. Mi madre ya está dormida, pero a mí me está costando un poco dejar que Morfeo me lleve consigo.

Danielle y yo hemos estado compartiendo mensajes todo el día, y me encuentro un poco conmocionada. No me esperaba que estar lejos la una de la otra nos invitaría a dedicarnos algunas confesiones que no me esperaba liberar con tanta facilidad. Ahora sé que le gusto, ella también sabe que es mutuo y, por primera vez en mucho tiempo, he sentido la necesidad de besarla como Luis hizo conmigo una vez. Tengo mariposas en el estómago, aunque no sé si son gases, porque la hamburguesa que mi madre trajo del restaurante del pueblo no me ha sentado demasiado bien; lo único que sé es que no puedo dejar de caminar de un lado a otro, como un león enjaulado ansioso por escapar.

Después de tantos días aquí en Savina, es la primera vez que me he tomado un poco de tiempo para observar con detalle todo lo que me rodea. Mi madre me dijo que este era su dormitorio mucho antes de que se marchase a Valencia con los abuelos y es extraño esto, pero, no la reconozco por ningún lado. Aquí no hay seriedad, no hay

minimalismo, no hay color negro… todo se mezcla con el color amarillo y la decoración es muy similar a la que tengo en mi cuarto de casa.

Clara, cuando nos conocimos, me dijo que me reconoció porque era igual que mi madre y, poco a poco, me doy cuenta de que es verdad; que no nos separan tantas diferencias y que son quizá nuestras similitudes las que provocan que a veces no nos llevemos tan bien. Eso y que no la conozco demasiado, al menos no tanto como me conoce ella a mí, así que me he sentado entre las cosas de su juventud para intentar descubrirla un poco más.

Sobre la alfombra en la que me siento hay libros, pequeñas cajas repletas de cosas sin sentido y algunos álbumes con recortes. A mi madre, al parecer, le gustaban las canicas, las piedras de colores, las flores secas y las postales. No hay nada que haya llamado tanto mi atención salvo la caja de cartón que tengo ahora entre las piernas y que siento necesidad de curiosear.

Una vez que abro las solapas, el polvo que hay sobre ella provoca que estornude un par de veces al punto de moquear y lagrimear. Hacía mucho que no me pasaba y por un instante, creo que es el karma castigándome por cotilla.

Lo primero que me encuentro es un muñeco de tela viejo, con el pelo de lana y los ojos de botones. Yo tenía uno más moderno, no sé qué haría mi madre con él, pero recuerdo que siempre dormía junto a mí y que no podía hacerlo si no estaba conmigo; Tipi lo llamaba.

En la caja veo algunas pulseras de cuentas un collar de conchas. También hay un joyero que huele a mar y esto me hace sonreír por los recuerdos que se despiertan en mi mente. En el fondo descubro unas fotografías de juventud que no me paro a mirar demasiado. Entre todas las cosas hay unos guantes rojos y un par de libretas que he dejado a un lado para llevármelas conmigo a la cama; mi madre me dijo una vez que escribía cuando era una niña, así que espero encontrar algo de ella escrito en esas hojas.

Con todo esparcido por el suelo, recojo los cuadernos, apago la luz principal del dormitorio y camino hasta la cama para así, encender la lamparita que hay sujeta al cabecero. Me cubro con la manta, acomodo las almohadas y me coloco unas gafas que el óptico me obligó a usar después de que empezase a ver más turbio que nítido.

Abro una de las libretas y la levanto un poco para empezar a leer y me doy cuenta de que es un diario. Lo primero que hago es cerrarlo y apoyarlo sobre mi pecho, después pienso en mi madre y en lo que diría si supiera que tengo entre manos uno de sus diarios; si yo fuese

ella, golpearía a cualquiera que se atreviera a leer uno de los míos, pero… si lo hiciese mi hija años después de haberlos escrito, no me importaría tanto, así que vuelvo a abrirlo y comienzo a ojear las primeras hojas.

(…)

El día de hoy a estado pasado por agua. No ha dejado de llover y el río a crecido lo suficiente como para anegar el colegio, así que tendremos vacaciones los próximos días. Eso me gusta, por que no habia hecho los deberes de geografia y ya me esperaba la regañina de mama…

(…)

Es inevitable no echarme a reír al imaginar a mi madre siendo una niña preocupada por asuntos del colegio. No hay fechas para calcular más o menos la edad que tenía cuando escribió esto, pero era pequeña porque su caligrafía no es muy legible y hay faltas de ortografía que mi profesora usaría como pretexto para arrancarte un par de puntos en un examen.

Paso hojas y hojas sin pararme a leerlas, hasta que unos pequeños dibujos de hojas verdes y limones llaman mi atención entre tanto escrito. Hay varias así; adornadas, llenas de colores y subrayados.

(…)

Nos hemos besado. Sí, como lees… Clara y yo nos hemos besado y…

(…)

—¿¡Clara!?

Grito tan alto que suelto el cuaderno y me cubro con ambas manos la boca. Lo primero que hago es prestar atención a los ruidos, después levantarme y asomar mi cabeza por la puerta para echar un vistazo hacia el cuarto de mi madre. Ella sigue durmiendo y suelto un suspiro gigante que me acompaña cuando entro en mi habitación, cierro la puerta y echo el pestillo apoyándome en ella.

—No puede ser… —digo intentando no levantar mucho la voz—. ¿Mi madre y Clara…? —Levanto una ceja a la vez que esa pregunta se repite una y otra vez en mi cabeza—. No puede ser… ¿no? ¿O sí…?

Con prisa por dar respuesta a mis propias preguntas, corro hacia la cama, me siento cruzando las piernas y abro la libreta por donde lo dejé.

(…)

Nos hemos besado. Sí, como lees… Clara y yo nos hemos besado y ha sido la experiencia más dulce que jamás he vivido. No puedo explicarlo bien, pero, tenía tantas ganas de hacerlo que, al rozar mis labios con los suyos, he sentido que algo me explotaba dentro. Aún no sé cómo me he atrevido a dar ese paso. Solo sé que es lo correcto porque mi corazón aún salta y las mejillas se me ponen rojas al recordarla a ella, con ese gesto de sorpresa y sus ojos verdes brillantes…

¿Te lo puedes creer? Somos amigas desde que nacimos y, ahora, no sé qué es lo que somos. Lo único que deseo es descubrirlo, seguir viviendo esto todo el tiempo que podamos.

(…)

Por un momento, la sorpresa es tanta que la boca se me desencaja y respiro tan lento que creo que me he bloqueado y necesito un reseteo completo. Clara y mi madre no eran simples amigas, eran mucho más que eso, novias o qué se yo.

Vuelvo a los escritos del cuaderno de mi madre y paso las hojas hasta que algunas se vuelven turbias a causa de los borrones y más oscuras por los colores elegidos. Leo en muchas páginas que no quiere irse de Savina, que no quiere separarse de Clara, que quiere seguir a su lado y poder vivir con ella el resto de su vida.

Abrumada por la intensidad de las emociones expresadas en estas palabras, me llevo la mano al corazón y lo primero que hago es buscar mi teléfono y buscar en mi agenda el número de teléfono de mi abuela; la única que puede hablarme de este tema es ella. Tiene que saberlo, tiene que conocer esta relación y lo que sentía mi madre cuando se fue de Savina.

Un tono, dos, tres y el tono de la llamada se corta cuando descuelgan al otro lado.

—¿Sarah? Cariño, ¿qué haces llamando a esta hora? —La voz apagada de mi abuela me obliga a mirar el teléfono. Son las dos de la madrugada y seguro que la he despertado—. ¿Ha pasado algo?

—No abuela, yo… —Me muerdo el labio—. Todo está bien. Siento llamarte a esta hora, es que… he encontrado algo y necesitaba ayuda para entenderlo…

—¿Encontrado? —Escucho como se mueve tratando de incorporarse en la cama y, tras un suspiro, se centra en mí—. ¿Qué es…?

—Cuando llegamos, elegí dormitorio y me quedé con el de mamá —le digo para hacer que entre en situación—. Y hoy estaba aburrida, me puse a rebuscar y encontré un diario viejo que era de ella…

—Clara, dime que no lo has leído…

—¡No lo he podido evitar! —exclamo sincera—. Hay muchas cosas de mamá que no conozco y creía que en él encontraría cosas curiosas, pero me topé con algo que me ha confundido y quiero que me digas si es verdad.

—Lo primero que voy a decirte, es que no puedes leer los diarios de tu madre —responde con tono de regañina y, por un instante, sonrío porque mi madre y ella son iguales—. Segundo. Hay muchas formas de conocer a tu madre, por ejemplo, preguntándole a ella.

—¡Pero es que esto nunca lo habría descubierto ni preguntándole! —Mi abuela resopla, suelta un suspiro y carraspea.

—Eso no es excusa —me dice—, hay muchas maneras de conocer a tu madre. Pero ahora el mal ya está hecho, así que dime, ¿qué ocurre?

Me pongo en pie, llevo una mano a mi frente, me rasco un par de veces a causa de los nervios y me muerdo el labio. Dudo porque la idea de que mi abuela no lo sepa, me golpea en la frente. No sé si mi madre se lo dijo alguna vez o si lo mantuvo en silencio, así que me apoyo en la puerta y me dejo caer hasta tomar asiento en el suelo.

—¿Tú sabías que mamá y Clara… su amiga de toda la vida, eran…?

Mi abuela no habla y los segundos pasan y pasan poniéndome de los nervios.

—Lo sabía, aunque no porque me lo contase tu madre…

—Así que es verdad… —murmuro.

—Sí… —me responde—. Yo fui la culpable de que ambas se separasen, y te prometo que me arrepiento de haberlo sido.

—¿La culpable?

—Las descubrí besándose un día y fue tal el *shock*, el desconocimiento, el miedo y mi egoísmo, que lo único que pensé fue que yo quería tener una hija normal —admite con una franqueza que me atraviesa—. Así que le dije a tu abuelo que necesitábamos dejar el pueblo, que tu madre necesitaba otro lugar para crecer, una ciudad llena de oportunidades y cosas nuevas, y por eso nos fuimos a Valencia.

—Mamá lo pasó bastante mal…

—Sé que no hice bien, cariño, y ojalá lo pudiera enmendar —dice con pesar.

Mis ojos recorren todo lo que tengo a mi alrededor y, durante unos

segundos, pienso en mamá y en todo lo que sintió. Ahora sé lo que ella pudo sentir por Clara porque yo lo siento por Danielle y, aunque aún no sea capaz de afirmar con claridad qué es todo esto, sé que no querría irme a ningún lugar del mundo en el que ella no estuviera. Al menos de momento, porque hay que vivir de ilusiones y fantasías, pero con los pies en el suelo.

—¿Crees que mamá y Clara aún pueden tener su oportunidad…?

—¿Qué es lo que estás pensando? —pregunta con curiosidad.

—A lo mejor no sale bien. Hay un cincuenta por ciento de que no vaya como yo quiero, pero… —susurro—. Quizá podríamos ayudarlas un poco, no sé.

—Cariño, tu madre apenas se está acostumbrando al vacío de tu padre…

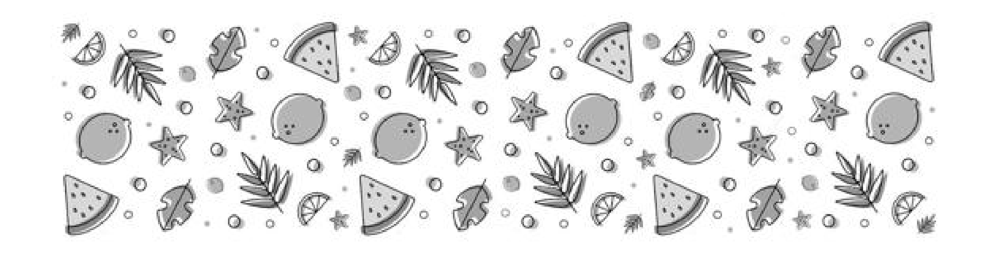
—Yaya, creo que sabes bien que mis padres hace mucho que rompieron toda su relación —replico—. Además, mamá se merece ser feliz, sonreír como lo hacía en las fotos que he visto, volver a vivir… —añado—. Hacía mucho que no la veía sonreír y creo que todo ha sido por culpa de Clara…

—¿Eso es verdad?

—Lo es —respondo—. Y si no me crees, ven a verlo tú misma.

La conversación se alarga una hora y media. Ambas, a escondidas de mamá, elaboramos un plan que había comenzado aquella tarde en la que la abuela puso en las manos de mi madre las llaves de la casa del pueblo.

Siempre he creído que tengo un don para encontrarme con los secretos de las personas, pero ahora lo afirmo, porque es el segundo secreto de mis padres que conozco; siendo este último el más especial y bonito, el que me ha hecho sentir un poco más cerca de mamá.



CAPÍTULO 15
UN COMIDA FAMILIAR

CLARA



❝El hogar no es el lugar donde se vive. Está afincado en el corazón de todas las personas que amamos y cuando nos dejan, perdemos el rumbo y no sabemos volver a casa.❞

(...)

Si había que culpar a alguien de aquella situación, Clara era la responsable de todo lo que estaba sucediendo en ese instante. Nadie esperaba que Anabel, la mujer que se había robado su corazón y había cambiado su vida por completo, fuese a aparecer de la nada, pero ahí estaba, al otro lado de la puerta, a unos metros de ella, tan cerca y tan lejos…

Más de veinte años habían pasado desde la última vez que se vieron y la pelirroja era incapaz de controlar sus ojos, que no se privaron de recorrer a Anabel de pies a cabeza. Era imposible hacerlo cuando parecía un espejismo fruto de esos sueños que habían vuelto a romper sus noches de descanso. Podían haber pasado años, sí, pero la que fuese el primer y único amor en su vida, seguía siendo la misma a pesar de sus cambios físicos.

—Bueno, ¿qué?, ¿no pensáis saludaros?

Fue Sarah quien las obligó a acercarse y la causante de que, un saludo con la mano, lleno de sensaciones y emociones, acabase en un abrazo que pareció ser interminable. Ambas se separaron a regañadientes, guardando para sí mismas demasiadas cosas no dichas. Pero estaban de suerte porque, ahora que el destino las había colocado en la misma dirección, tendrían tiempo suficiente para poder hacerlo. Aunque eso no significaba que se atrevieran a hacerlo, ya que eran muchas las cosas que no sabían de la otra, y muchos los secretos que se escondían.

—Estás… —Clara fue la primera en hablar. Quiso decir que estaba igual, que la veía bien, que estaba preciosa, como siempre, pero las palabras se convirtieron en cemento en su boca—. No os esperaba…

Anabel sonrió, se mordió el labio y miró a Sarah en silencio.

—Ella es la culpable de todo… —aseguró a la vez que volvía la

mirada hasta Clara tratando de control los nervios—. Por cierto, este lugar es…

—El paraíso…

Y ambas se dedicaron, ante la atenta mirada de Sarah, una sonrisa. Una nueva que se uniría al centenar que se dedicarían esa mañana y que se mezclarían con las miradas tímidas y los suspiros continuos, convirtiéndolas de nuevo, en dos adolescentes perdidas en las garras del amor.

(…)

Han pasado varios días y por más que haya intentado mantener la cabeza ocupada, no he tenido la fuerza suficiente para calmar mi mente y deje de recordarme, segundo a segundo —y con sumo detalle —, todo lo que viví el miércoles pasado. Lo último que me esperaba esa mañana era que Anabel se fuese a presentar en Delicias para darme las gracias por haber llevado a Sarah a su casa; yo estaba de lo más tranquila limpiando y ordenando la pastelería para lanzar su reapertura, pero una vez que la vi, mis intenciones se fueron a la basura.

No sé si ella se dio cuenta de cómo se me resbaló el trapo de las manos, de cómo tropecé con la mesa que tenía delante una vez que Sarah se acercó a mí o de cómo me tembló todo cuando sus ojos y los míos se encontraron y se quedaron ahí, sumergidos en el limbo. Lo único que sé es que mi mundo, ese que yo misma edifiqué tras su partida, se rompió en mil pedazos que se transformaron en una nube de polvo estelar imaginario.

Reconozco que me gustaría haber pasado más tiempo con Anabel, pero el par de conversaciones que tuvimos fueron suficientes para darme cuenta de que, por más años que hayan pasado y por muchos esfuerzos que haya puesto, mis sentimientos por ella siguen tan vivos como el último día que la vi, mirándome como ella lo sabe hacer, cómo si mis ojos fuesen una ventana directa a ese mundo que siempre quiso descubrir.

El mes de junio ha empezado y lo hace con un sabor amargo en comparación a otros años. Mamá sería la figura principal de este día, todos nos reuniríamos entorno a la mesa para comer una buena paella cocinada a la leña y una rica tarta de cumpleaños de esas que tanto le gustaban. Todos la extrañamos. Diría que hasta la casa echa de menos su presencia, su caminar, sus manos y su maravillosa sonrisa. Ahora, por más que abra las ventanas, todo sabe a soledad y, a pesar de que todos intentamos avanzar, es imposible dejar de imaginarla en esos rincones que tanto habitaba.

Ayer, para evitar que el día de hoy fuese un desastre, hablé con

Javi y lo invité a él y a su familia a comer. No necesité decidirle nada a Viktor porque él mismo se apuntó al saber que mi hermano había llegado a Savina y, aunque me lo pensé durante horas, también invité a Anabel y Sarah. Papá no se ha pronunciado al respecto y eso me hace pensar que la idea de celebrar este día recordando a los que ya no están, no le hace mucha gracia. Pero él es así y sé que, si mamá estuviera aquí, no querría vernos tan desolados. No podemos rendirnos ante la tristeza, no cuando me han enseñado a seguir a pesar del dolor.

El reloj de la cocina marca las doce del mediodía. Pablo se ha llevado a mi padre a por leña suficiente para la barbacoa que hemos decidido hacer y yo me he quedado en casa a la espera de que llegue Viktor; le he pedido en un mensaje que esté aquí lo más temprano que pueda porque necesito contarle lo que pasó la otra mañana antes de que llegue Anabel y me convierta en una gelatina a su lado.

—Así que magdalenas de almendra y naranja, ¿eh? —Viktor me sorprende con su presencia cuando me encuentro fregando un par de cacharros—. Creía que harías el postre favorito de Paloma.

Sonrío porque el recuerdo de mamá, feliz con su tarta favorita, llega a mi mente como la brisa que corre a través de la forja que adorna la ventana de la cocina.

—Estoy intentando evitar la rutina de todos los años —admito con sinceridad—. No quiero que una paella o una tarta de manzana nos arrastre a todos a las lágrimas. Quiero algo nuevo, algo divertido y que la casa vuelva a deslumbrar como lo hacía cuando estaba ella.

Viktor se acerca a mí y me regala un fuerte abrazo. Sé que ha notado que mis emociones están desbocadas porque mi voz se ha roto y he estado a punto de echarme a llorar. Lo rodeo con mis brazos, me sumerjo un par de minutos en su calor y suspiro echando fuera todos los nervios que se han despertado conmigo desde que el sol entró por la ventana de mi dormitorio a las siete de la mañana.

—Ya verás cómo todo va bien —afirma—. Además, has invitado a Javi, ya sabes lo mucho que le van los chistes y Pablo… —Sus ojos se iluminan al pronunciar el nombre de mi hermano—. Él te echará una mano con tu padre. ¿No dicen que entre hombres nos entendemos?

Su pregunta me arranca una carcajada que rompe con ese pequeño bajón emocional y, cuando vuelvo a la tarea de sacar otra horneada de magdalenas, Viktor me mira a los ojos descubriendo, casi de inmediato, que hay algo que no le he contado.

—¿Qué me estás ocultando? —Se cruza de brazos a la espera de que hable—. Ahora entiendo la urgencia. Vamos, dispara, ¿qué

ocurre?

Dejo las magdalenas junto a la ventana para que se enfríen y les coloco un paño por encima para evitar las moscas. Me quito el delantal, lo cuelgo donde siempre lo dejaba mamá y, cuando le miro, me paso las manos por el pelo sin saber bien por dónde empezar.

—Hace unos días Sarah y Anabel me visitaron en Delicias —digo como si nada—. Pero…

—Pero te volviste loca, se te hizo el *chichi* Coca-Cola y después no has dejado de tener sueños bastante tórridos con ella —suelta provocando que, a mis treinta y ocho años, se me enciendan las mejillas—. ¿Qué? ¿Acaso me he equivocado?

Con su cuerpo empuja el mío y, de pronto, me encuentro riendo como una niña que ha sido descubierta.

—No voy a negar lo que has dicho —confieso levantando las manos —, pero no es eso lo que quería decirte. —Viktor se ríe y alza sus cejas un par de veces.

—¿Entonces?

—¡No tenía ni idea de qué decirle! —exclamo pasando por alto la picardía de su sonrisa—. Sentía que las palabras se me atragantaban, que mi cabeza iba por un lado y mi cuerpo por otro, que las emociones hablaban por mí y que me estaba volviendo loca.

—Te dije que, cuando la tuvieses cerca… —Me señala con un dedo y lo mueve haciendo círculos.

—Lo sé, pero yo esperaba que el tiempo lo hubiese calmado un poco.

—Es que esas cosas nunca se calman —asegura cruzándose de brazos—. El corazón es un músculo con memoria, cariño. No importa que te obligues a olvidar, él va por su lado. Tampoco sirve de nada que intentes hacerte la dura o busques ocupar ese hueco con otra persona. A la larga todo sale a la luz.

Sus palabras provocan que mi mirada se quede enganchada en las ramas de los limoneros plantados en el jardín trasero de la casa.

—Bueno, míralo por el lado bueno —añade con una sonrisa pícara en los labios—. Tienes el camino libre para descubrir hasta dónde llegan tus sentimientos por ella y si aún siente algo por ti.

—¡Viktor, por favor! ¡Acaba de perder a su marido!

—Primero, hace meses de eso —comenta—. Segundo, ¿qué pasa?, ¿que una persona que ha perdido a su pareja no puede volver a

enamorarse? —pregunta preocupado—. No existe tiempo ni momento perfecto para enamorarse. Simplemente pasa y ya está.

—Lo sé, pero… ha pasado demasiado tiempo y seguro que ella ni se acuerda de eso.

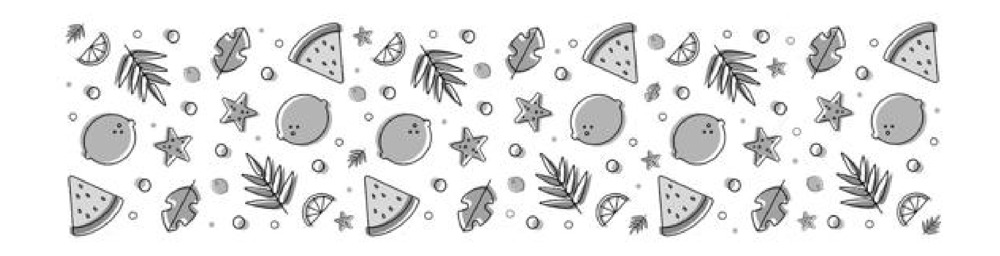
—No des nada por sentado. —Viktor pasa uno de sus brazos por mis hombros y me acerca a su cuerpo—. Quizá te lleves una sorpresa. A lo mejor se casó con Marcos, pero nunca dejó de quererte a ti. No lo sabes. Así que deja que sea ella quien te hable.

—Y lo dices tú que llevas toda la vida pensando que a mi hermano no le gustas ni un poquito. —Entrecierro mis ojos para dar más énfasis a mis palabras.

—¡Pablo no viene a cuento en esta conversación! —exclama pasando por alto que Pablo está apoyado en el canto de la puerta—. Ya sabes cómo es tu hermano. Ha tenido tantas parejas que me cuesta pensar que yo le interese para algo más que no sea para follar.

—Ah, ¿sí? Y yo que pensaba invitarte a salir…

Pablo convierte a Viktor en el centro de atención y aprovecho para escabullirme y llegar hasta mi dormitorio, donde me centro en mí misma, me pongo una mano en el pecho y descubro qué es lo que quiero de verdad. Sé que tengo miedo a lo que pueda pasar, que no quiero lanzarme a descubrir si Anabel aún siente algo porque temo volver a sentir cómo me duele el corazón, pero es pensar en ella y el pulso se me acelera. Necesito saber si aún se acuerda de lo que vivimos, si su matrimonio fue tan profundo que le permitió convertir todo en un hermoso recuerdo o si, como dice Viktor, jamás pudo olvidarlo y aún guarda emociones bonitas para mí.



CAPÍTULO 16
MAGDALENAS DE ALMENDRA Y NARANJA

CLARA



❝Lo más delicioso de un dulce es poder compartirlo con las personas que se quiere.❞

Al final, y para la sorpresa de todos, hemos sido uno más. Maite, la madre de Anabel llegó al pueblo el sábado y, al conocer lo que le pasó a mamá, no dudó en apuntarse y venir a ver a mi padre. No recordaba que ellos eran amigos, que salían juntos en el mismo grupo y que siempre tuvieron una bonita relación. Ahora, desde la cocina, mi padre ríe como hacía semanas que no lo hacía y Maite disfruta con él de una conversación que se ha alargado toda la comida.

Llevo más de veinte minutos en la cocina y las voces de todos —también sus risas— se han convertido en una melodía que me ha hecho feliz a pesar de la tristeza que, en parte, siento. Pablo, Javier y Anabel no han dejado de recordar momentos vividos en el pasado, muchos con Marcos, y que Sarah ha escuchado con tanta atención que no he dejado de preguntarme cómo es posible que su padre nunca le contase nada de ello.

Viktor, aparte de disfrutar de la presencia de mi hermano, no ha dejado de hacerme gestos disimulados para que me acerque a Anabel; un hecho que aún no se ha dado porque me niego a forzar las cosas. Recuerdo que, una vez que supe que sentía algo especial por ella, lo guardé para mí. Escondí mis emociones y cuando tuve la oportunidad de hacerlo, no pude. Al final, esperé y esperé, hasta que un día en la playa, ella me sorprendió con una caricia en los labios que me dejó sin

aire.

Fue una caricia sencilla y con ella, le entregué todo mi corazón.

A partir de ese día, todo fue rodado. Nuestra amistad pasó a ser algo más; nos mirábamos y había magia y, cuando nos tocábamos, la necesidad por no dejar de hacerlo impedía que nos separásemos. Nunca llegamos a besarnos en profundidad, no hasta el día de nuestra despedida. Y aún guardo el sabor de sus labios pegado a los míos.

—Un beso por tus pensamientos.

Anabel me toma por sorpresa y el vaso que tengo entre las manos, se me resbala y cae con los demás en el fregadero. El golpe provoca que se rompa uno de ellos, el estruendo hace que me asuste y ella se acerca rápido y me sujeta las manos buscando que no me haya cortado con ningún cristal.

—Vaya, ni que hubieses visto un fantasma —dice limpiándome las manos bajo el grifo como si fuese una niña pequeña—. Si llego a saber que te asustas así, lo hubiese hecho de otro modo…

—No es eso, es…

Anabel está apoyada en la encimera, a mi lado, y mis ojos chocan con los suyos como lo han hecho a lo largo del día, aunque esta vez, no se apartan por tener miedo a ser descubiertos, se mantienen y se quedan a la espera de que ella haga o diga algo.

—Lo sé. —Su mano acaricia mi brazo con suavidad—. Este es un día complicado y estoy segura de que tienes la mente en otra parte, ¿verdad?

Cuando escucho la pregunta de Ani desvío la mirada hacia el porche de la barbacoa; todos siguen hablando, papá disfruta con Maite, y Sarah ni se ha dado cuenta de que su madre se ha levantado de la mesa. Por fin tengo el momento que buscaba, sin embargo, soy incapaz de decirle la verdad y al final, sonrío.

—Sarah es igualita a ti cuando tenías su edad —apunto con melancolía—. Cuando la vi en la plaza aquella noche, creí que estaba soñando. Te juro que llegué a pensar que el agotamiento me había llevado de la mano al pasado, y que eras tú a la que veía.

Anabel se ríe y lleva la mirada a través de la ventana para soltar un pequeño suspiro.

—Su padre también lo creía —cuenta sin sonreír, con la mirada puesta en su hija—. Ella y yo nunca hemos tenido una relación fácil. No sé si por nuestras similitudes o… —Se cruza de brazos—. Desde que nació y a raíz de que Marcos se hiciese famoso, todo empezó a

derrumbarse. Nuestro matrimonio dejó de ser lo que era antes de tenerla a ella. Él se centró en su carrera como escritor y en vender una imagen a sus lectores. Creo que, sin darme cuenta, terminé pagando con ella mi frustración y…

—¿Ella sabe todo eso? —pregunto con curiosidad—. Lo digo porque, me contó que habíais peleado…

—Al parecer lo descubrió sin que yo se lo dijera —confiesa y hace un leve gesto con la boca—. Yo creía que estaba disgustada conmigo porque no me mostraba triste a causa de la muerte de Marcos, pero, al parecer, estaba molesta porque fui incapaz de decirle qué era lo que de verdad estaba pasando.

La confesión de Anabel me deja sin palabras. Me muerdo el labio, miro a Viktor y recuerdo sus palabras durante la conversación que tuvimos a media mañana.

—Bueno, dicen que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo —bromeo y levanto una ceja—. Puedo entender por qué lo hiciste, pero… —En ese momento, llevo la mirada hacia la terraza y sonrío al ver a Sarah con una sonrisa en los labios—. Los críos de ahora no son como nosotros. Están más espabilados, son más listos y saben cómo enfrentarse a la vida. De ser ella, yo también me había molestado. Y mucho. —Me dedica de nuevo una sonrisa y le guiño un ojo—. Pero me alegra que tuvieseis esa pelea —confieso—. Verla en la plaza me hizo regresar al pasado, a nuestro último día juntas y…

—Clara, yo…

—No te disculpes —le ruego—. Ambas éramos conscientes de que en el momento en que te montases en el coche de tus padres, ya no volveríamos a vernos —admito sin mirarla a los ojos porque tengo miedo de que descubra, a través de mi mirada, que bajo esa verdad, guardo la decepción que sentí al notar que su promesa se partía y se olvidaba con el tiempo—. Aunque, también debo admitir que esperé tu regreso durante mucho tiempo…

—Y yo…

La respuesta de Anabel no me sorprende, al contrario, la esperaba. A pesar del tiempo que ha pasado, sigue siendo tal como era, transparente, y sé que es verdad todo lo que dice. Así que sonrío, me aparto de la ventana para buscar la canasta en la que acomodé todas las magdalenas que horneé esta mañana.

—¿Magdalenas? —pregunta con curiosidad.

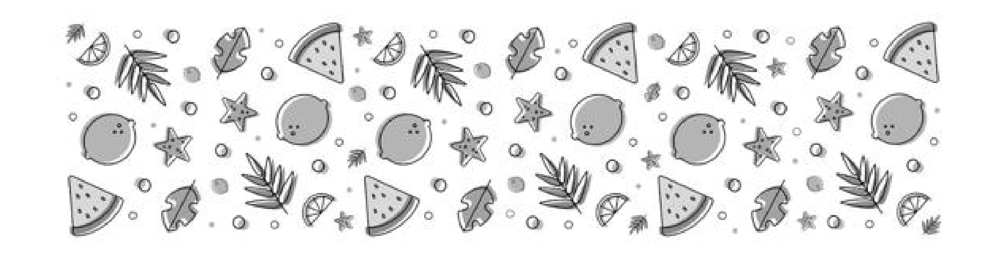
—Tus favoritas, ¿vamos fuera? —propongo sujetando los dulces.

Hacía mucho tiempo que mi corazón no se aceleraba tanto como lo hace cuando ella me sonríe. Eso provoca que me tiemblen las manos y esté a punto de soltar la canasta y echar el contenido a perder. Aunque Anabel tiene más reflejos que yo y la sujeta a la vez que sus ojos se pierden en los míos con esa intensidad que es capaz de fundirme como lo hace el chocolate en las manos. Sigo pensando que sus ojos brillan como lo hace el mar en las noches de luna llena.

—Sigues siendo igual de torpe…

—Y tú igual de mágica…

Y mi confesión se convierte en mi vía de escape porque, antes de que ella pueda decir algo más, salgo por la puerta trasera de la cocina para reunirme con todos, dejándola con esa canasta en la que puse mucho más que mi corazón.



CAPÍTULO 17
ESTRELLAS DE MAR Y PIEDRAS DE COLORES

SARAH



❝Que nada te impida ayudar a las personas
que han entregado todo lo que tienen
por hacerte feliz.❞

Hoy es un día especial y, tras la comida de ayer, creo que aún lo es más. Gracias a la ayuda de la abuela, mamá se ha quedado en casa desmantelando el desván en busca de unas cosas que quiere llevarle a Antonio. el padre de Clara. Así que he tenido vía libre para ir a buscar a Clara y salir con ella a recorrer el pueblo. Es el primer día, desde que la conocí y encontré el diario de mi madre, que estamos a solas. Aún no sé cómo sacar el tema, ni cómo hablar con ella de algo tan íntimo y personal, pero tengo que hacerlo.

Cuando llegué a Savina y elegí el primer dormitorio que había nada más subir las escaleras, lo hice porque su estilo pegaba mucho conmigo: las paredes pintadas en color limón, las cortinas verdes oscuras con bordados de hojas en blanco, la colcha a juego y la decoración floral. Parecía haber sido sacado de un catálogo de Ikea diseñado para mí y me sentí en mi propio universo. Fascinada, a gusto y en casa.

Si bien es cierto que mi dormitorio en Valencia me gustaba, la decoración infantil ya no iba conmigo y eso me hacía sentir incómoda. Sobre todo, cuando invitaba a Danielle a casa y ella empezaba a hurgar entre mis cosas en busca de detalles que pudieran formar su imagen sobre mí. Ahora que lo pienso bien, me avergüenza haberme mostrado tan niña a su lado.

Clara camina a mi lado y, desde que pusimos un pie en la calle, no ha hablado. Ayer no me perdí un solo detalle de lo que ocurría entre mamá y ella. Las miradas esquivas y furtivas, las sonrisas, las caricias inconscientes que de pronto se daban y evitaban. Fue como presenciar un tonteo adolescente, aunque la única de esa edad entre todos los adultos fuese yo.

Me pregunto si mamá aún siente todo lo que escribió en su diario por Clara. Fue desgarrador leer lo destrozada que estaba cuando dejó Savina. Descubrir que ella quería quedarse y dedicarse a escribir como papá me llevó a pensar que quizá, mi amor por la escritura no lo heredé de él, sino de ella, como todo lo demás. Empiezo a pensar que de papá lo único que tengo son los ojos y me alegro de que sea así.

Hace meses atrás, mi padre era para mí el ser más especial que jamás había existido. Su muerte me causó tanto dolor que ver a mamá con un gesto de alivio me afectó tanto que me pasé noche y día haciéndoselo pagar. Pero dicen que las mentiras siempre emergen, que tarde o temprano se sabe la verdad, y yo la supe cuando me dediqué a recoger todo lo que papá escondía en su estudio para guardarlo en el trastero de casa.

Descubrir que mi padre tenía una aventura, que no quería a mi madre, que los viajes que hacía eran para estar con otra mujer y que estaba conmigo porque él y mamá habían acordado que así sería hasta que yo tuviese la mayoría de edad, me dolió y me decepcionó. Ante mis ojos se presentó la razón real de porqué mis padres no se comportaban como otros padres, y supe ver por qué mi madre parecía tan triste y aliviada a la vez.

Decidí callar todo lo que sabía porque ya no venía a cuento que lo expresase, pero nuestra llegada a Savina sacó a relucir que mi padre se había pasado la vida escondiéndome cosas de él y mintiéndome, y eso ya no lo pude soportar. Mi malestar lo pagué con mamá, pero ahora no me arrepiento de haber huido porque eso me llevó a conocer a Clara y poner cada pieza en su lugar.

—¿Vamos a visitar algún lugar en especial? —pregunto—. Mamá me dijo que me llevarías a conocer algunos lugares mágicos.

—Tengo pensado unos cuántos —responde con una sonrisa—. Ella y yo, cuando éramos unas niñas, visitábamos muchos comercios que aún siguen en pie y que, por alguna razón, sé que te gustarán.

—Seguro que sí…

Le dedico una sonrisa y Clara me observa como si estuviese rememorando el pasado. No es la primera vez que me mira así, la primera vez que nos vimos también lo hizo y me pregunto qué estará

circulando por su cabeza en este momento. La imagino recordando paseos con mamá, disfrutando de su compañía y dejando que su amor por ella creciese hasta ocasionar que mi madre escribiese tantas palabras bonitas en su diario.

Yo también he escrito cosas a causa de Danielle, aunque ahora no se usan los diarios sino las redes sociales y es todo más público y menos privado. Siempre que le dedico algo, uso imágenes de golosinas porque a ella le encantan y me alegra saber que recibe mis mensajes porque en todas tengo un bonito corazón naranja.

Cuando pienso en Danielle, lo que más deseo es volver a Valencia. Sé que estoy en Savina por una causa, pero extraño a mi chica de ojos color miel y me encantaría que estuviera conmigo todo el tiempo. Quizá algún día pueda contarle a mi madre la historia de mi gran amor, pero, de momento, debo centrarme en el suyo, porque sé que lo necesita.

Tan solo el sonido de un mensaje me arrastra lejos de mis intenciones. Es ella. Parece que la hubiera atraído con mi mente.

> DANI: ¿Cómo lo estás pasando? ¿Estás disfrutando? En Valencia hace un viento terrible y a mi madre no se le ha ocurrido otra cosa que llevar a mi hermano a volar la cometa. Te echo de menos.
>
> SARAH: Tenías que haber aceptado mi oferta de venir conmigo al pueblo, te encantaría. Lo estoy pasando bien. Hay muchas cosas que he descubierto y que me encantaría contarte. Disfruta con tu hermano, él también te necesita. Nos veremos pronto.

Sé que sonrío porque mis mejillas me duelen tanto que, cuando envío el mensaje, Clara me mira con una ceja levantada y la curiosidad brilla en sus ojos verdes. Me muerdo el labio, siento que me sube el calor de repente y los nervios me atacan lo suficiente como para que acelere el paso aunque no sé bien a dónde nos dirigimos.

—Vas a pasarte de largo —me advierte y, cuando miro hacia atrás, lo que tengo ante mis ojos me sorprende tanto que me deja con la boca abierta.

El local que hay junto a nosotras parece una pecera con vistas al océano. Su escaparate está repleto de conchas de todos los colores y tamaños, de adornos hechos con piedras de diferentes tonos y de cuadros que forman imágenes marítimas con motivos vegetales. Siento la necesidad de pasar horas en su interior, y parece que Clara se da cuenta y no tarda demasiado en abrirme la puerta.

—Anda vamos dentro, esta es la tienda favorita de tu madre.

Cuando la puerta se cierra a nuestra espalda, alucino. En el interior,

la decoración parece haber salido del camarote de un barco pirata, y del techo caen colgantes realizados a base de cristales, piedras o restos marinos. En las vitrinas se pueden ver esponjas, corales, peces de vidrio y otros detalles que provocan que sienta la necesidad de gastarme la paga de todo el año en cada cosa que veo.

—Eres igual que tu madre. No puedes negar que el sitio te ha gustado. —Clara pasa por mi lado y se queda mirando un pececillo de cristal translúcido con la cola amarillenta y una banda del mismo color en los laterales—. Mira, ese pez, es el pez limón, es típico del mediterráneo y uno de los favoritos de tu madre por sus colores.

Mis ojos recorren todas las figuras hasta que me fijo en la que Clara me señala. Me pregunto cuántas más cosas sabrá sobre mamá y cuestionármelo provoca que me sienta extraña, porque después de dieciséis años, es bastante raro no saber cuáles son las cosas que a tu madre le hacen sentir bien.

—¿Crees que le gustará si se lo compramos? —pregunto desviando la mirada unos segundos hasta Clara, que me sonríe—. Había pensado que podíamos sorprenderla con algo. Ella quería venir y la abuela no le dejó.

Hago una mueca fingida y se ríe sin tener idea de que todo ha sido un plan bien tramado para que ambas podamos hablar de mamá.

—A tu madre le encantará, pero… ¿no hay nada que quieras llevarte para ti?

Con la pregunta de Clara colándose dentro de mí, giro a mi alrededor y camino hasta una vitrina en la que hay expuestas varias estrellas de mar tintadas en colores variados. Las hay azules, rosas, naranjas, verdes, pero la que se lleva toda mi atención es una del tamaño de mi mano con los colores del arcoíris, los mismos que me recuerdan a Dani y su pasión por los unicornios.

—Creo que elegiré esa. Conozco a alguien a quien le gustará mucho…

—¿A tu novia? —La pregunta de Clara me sorprende tanto que provoca que el corazón se me altere y que la imagen de Dani se clave en mi mente como una flecha que da en el centro de la diana.

—No es mi novia… —susurro y aparto la mirada—. Danielle es mi mejor amiga.

—También lo era tu madre para mí.

Clara se descubre ante mis ojos y ese hecho provoca que hasta ella misma se asombre. Estoy segura de que creerá que ha cometido un

error. Pensará que mi madre la va a matar por haber desvelado algo que ella aún no me ha contado, pero sonrío y por fin siento que tengo el camino abierto para dar rienda suelta a esa conversación que necesito tener con ella.

—Sé que mamá y tú tuvisteis una relación especial —comento a la vez que abro la vitrina, sujeto la estrella unicornio con una de mis manos y empiezo a caminar por el lugar—. Ella nunca me ha dicho nada, pero me encontré con uno de sus diarios en el dormitorio que tenía en casa de mis abuelos y…

—¿Lo has leído?

Mentir no es algo que se me dé bien, así que, al devolverle la mirada a Clara, ella sabe mi respuesta mucho antes de que pueda hacerlo con palabras.

—Sabes que eso no está bien, ¿verdad? —afirmo y, por un par de segundos, siento que estoy delante de mi madre y que estoy a punto de recibir una buena regañina por lo que he hecho—. Imagino que no es lo mismo, pero piensa cómo te sentirías si tu madre te robase el teléfono a hurtadillas y se pusiese a leer tus mensajes

Las palabras de Clara me someten a una serie de sensaciones que de pronto me golpean y provocan que me sienta mal, tal como sucedió aquella noche en el dormitorio. He atentado contra la privacidad de mi madre y, aunque haya sido por una buena causa, no está bien.

—Pero bueno, ahora está todo hecho. —Clara se encoje de hombros y me sonríe para así, pasar un brazo por mis hombros—. Tan solo espero que no juzgues mal a tu madre por no contártelo. Hace mucho tiempo que pasó y ya no somos las mismas que éramos cuando ella se marchó de Savina.

—¿Tú has dejado de sentir algo por ella…? —Me mira pero no me responde.

El dueño de la tienda me entrega una bolsita de papel azul y, tras pagar, salimos y empezamos a caminar. Clara sigue en silencio, así que decido ser yo la que tome impulso en la conversación.

—Mamá nunca me dijo que papá tenía una relación con otra persona, ¿sabes? —Sé que ella se sorprende por sus gestos, porque pestañea un par de veces y levanta una ceja sorprendida—. Supe que había sido así recogiendo las cosas del estudio de mi padre en Valencia y me sentí fatal al haber juzgado mal a mi madre —añado siguiendo los pasos de Clara—. Cuando fue el entierro de papá, ella se comportó muy fría, no lloró nunca y sentí su alivio porque él se hubiese ido, y eso…

—Eso te hizo creer que a ella no le importaba… —afirmo y me siento tan mal que bajo la mirada hacia mis pies.

—Pero era él el que estaba haciéndole daño y por eso ella buscó una escapatoria en su trabajo —digo soltando un suspiro—. Mamá no ha sido feliz, y cuando encontré su diario y leí todo lo que había en él sobre ti…

—¿Tu madre escribió sobre mí?

—Sí. Muchas cosas, además —confieso—. No recuerdo bien todas las palabras, pero sí sé que tú le hacías sentir como Danielle me hace sentir a mí.

Clara y yo nos sentamos en un banco en mitad de un parque, las ramas de los árboles se mecen sobre nuestras cabezas y el sol llega a nosotras como rayos rotos por las sombras que estas causan. A nuestro alrededor, algunas personas pasean sin ser conscientes de nuestra presencia, y otras disfrutan de estar tumbadas sobre la hierba comiendo un helado.

—He querido a tu madre siempre —me confiesa—. Tus abuelos y mis padres eran amigos desde la juventud y se consideraban hermanos, así que crecimos juntas, aprendimos a vivir la una agarrada a la mano de la otra y descubrimos lo que es el amor de la forma más tierna y natural que te podrías imaginar —añade apoyando los brazos sobre sus piernas e incorporándose hacia adelante—. Yo supe que ella era una princesa para mí cuando tenía catorce años, pero ella no se acercó a mí hasta que tuvo los dieciséis.

Sonríe y suelta una pequeña risa antes de apoyar su espalda en el respaldo del banco.

—Imagina cómo fue. Éramos dos niñas de pueblo que se habían criado en casas donde lo normal era que a las chicas les gustaran los chicos… —relata volviendo al pasado—. Ella y yo íbamos a todas partes juntas. Salíamos con los chicos, sí, pero las cosas especiales las hacíamos solas y al final, Savina se convirtió en nuestro pequeño mundo lleno de espacios donde poder ser nosotras sin más.

—¿Alguna vez os dijisteis que os queríais?

Clara afirma y baja la mirada a sus pies, perdiéndose por unos segundos en la hierba que adorna el jardín.

—El día que ella se marchó a Valencia con tus abuelos —responde —. Teníamos diecisiete años, era verano y fue la última vez que la vi. Bueno, hasta ahora, claro.

—¿Y cómo te sentiste cuando viste a mamá?

Decido moverme, levantar mis piernas y sujetarlas para apoyar las rodillas contra mi pecho. Recuerdo cómo fue ese día, cómo se le calló a Clara lo que llevaba entre manos y cómo mamá se sintió tan tonta que fue incapaz de seguir mis pasos hasta Delicias. No sabía por qué se comportaban así hasta que esa misma noche descubrí su diario.

—Extraña y confusa. —Clara lleva la mirada al cielo y cierra los ojos durante largos segundos—. También nerviosa y emocionada. La última vez tenía el pelo ondulado, de tu mismo color, y sus gafas cubrían la mayor parte de su rostro dándole un aire intelectual que me encantaba. No vestía con ropa tan seria y el color negro no estaba entre sus colores favoritos —añade—. Pero su sonrisa era la misma y fue como volver al pasado y caer de rodillas.

Sonrío y me echo hacia atrás sobre el banco con tranquilidad, como si fuese el sofá de casa que nos acoge a ambas.

—No imagino a mamá así —digo echándome a reír—. Pero sí que la supongo feliz, sonriendo, con su pelo revuelto y riendo todo el tiempo.

—Tu madre es una mujer increíble, ¿sabes?

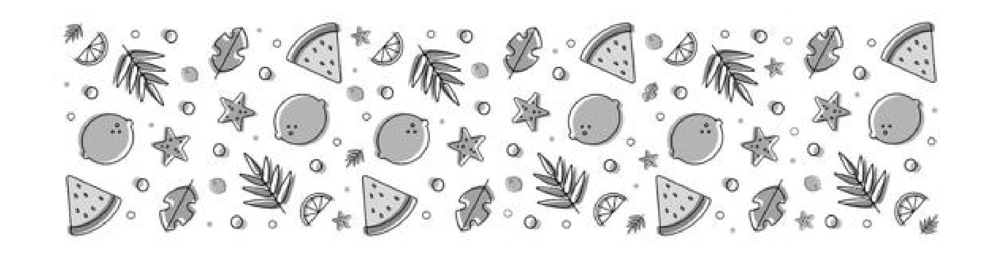
—Estoy segura de que ella dice lo mismo de ti —respondo y la boca se me abre fruto de un bostezo repentino—. Aún te gusta, ¿verdad? —Me incorporo y la miro esperando que sea sincera conmigo.

—Creo que nunca dejó de gustarme —confiesa—. Cuando una persona atraviesa todas tus capas y se mete en tu corazón a fuerza de amor, felicidad y ternura, no hay nada que la pueda sacar ahí. No importa el tiempo, ni mucho menos la distancia o las personas que puedan llegar a nuestras vidas. Si aprendes a amar de verdad, ese amor durará hasta el día en que te mueras.

—A ella también le gustas tú…

—¿Eso crees? —afirmo con la cabeza a modo de respuesta.

—Cuando te gusta una persona y está a tu alrededor, tus ojos, inevitablemente, la buscan —comento—. Mamá ayer no dejó de mirarte y cada vez que lo hacía y tú la descubrías, ella miraba a otra parte. ¿Sabes qué es lo que significa? —Clara levanta una ceja y espera que continúe—. Que aún tenéis la posibilidad de ser felices juntas. Y tenéis que aprovecharla.



CAPÍTULO 18
PRIMAVERA ENTRE PLAYAS

ANABEL



❝Que el mar, además de hacerte disfrutar, te ayude a limpiar y sanar esas heridas que siguen aún abiertas.❞

Hemos tardado dos días en explorar esos lugares de Savina que Javier y Pablo comentaron que eran los favoritos de su padre. Ella llenó su teléfono de fotografías, mientras que yo me dediqué a sanar mis heridas y calmar mis emociones a base de recuerdos del pasado, de risas y sonrisas.

Mi madre tenía razón al decirme que estar aquí me ayudaría, que Savina se convertiría en mi cura, en el ungüento perfecto para suavizar mi dolor y en la tirita para mi corazón. Lo que ella no sabía era que no sería el pueblo, sino todos los recuerdos de mi pasado los que lo harían.

Cuanto más camino por sus calles, más completa me siento. Es una sensación extraña, como si en cada rincón, macetero o palmera hubiese dejado un pedacito de mí que, al rescatarlo, encaja y se acomoda en mi interior. Nunca me creí tan perdida hasta que, paseando por la orilla de la playa, me di cuenta de lo poco que quedaba de la verdadera Anabel dentro de mí. Ahora me siento mejor, aún me queda mucho por recuperar, pero lo haré poco a poco y a su tiempo.

He perdido la cuenta de cuantos días han pasado desde que llegamos a Savina, pero es el primero que puedo disfrutar a solas. Mi primer impulso fue ir a buscar a Clara; caminé hasta la casa de sus padres y, cuando estuve a tan solo tres metros de la puerta, frené y

eché a correr en otra dirección. De pronto me he convertido en una adolescente indecisa y lo cierto es que, cuando la miro a los ojos, vuelvo a ser la Anabel que siempre quise ser y la que me hubiese gustado mantener en pie a lo largo de estos años.

Por aquellos años, cuando mis emociones e inquietudes me dominaban, caminaba y acababa en el paseo del puerto. Y aquí estoy ahora, apoyada en su baranda, con los ojos puestos en el movimiento de las olas y el corazón en silencio para permitir que escuche el ruido que estas causan y que parecen una nana a mis oídos. Mi mente, en cambio, está con Clara, con Sarah, con mi madre, con todas y cada una de las cosas que quiero decirles y que aún he sido incapaz de confesar.

Fueron los consejos continuos de mi madre los que me impidieron dejar a Marcos. Cada vez que la situación me superaba, ella me frenaba recordándome que Sarah lo necesitaba y que no podía privarla de la compañía y presencia de su padre. No le guardo rencor porque sé que ella pensó en el bienestar de Sarah en todo momento; pero hacerlo, abandonarme, influyó en la relación con mi hija —además de en mi felicidad—, y ahora, después de tanto tiempo, me doy cuenta de que fue la peor decisión que pude tomar. Ella cree que lo llevé bien, pero no tiene ni idea de lo difícil que fue estar con un hombre que fingía mientras que yo sabía bien qué era lo que hacía.

Sarah, en cambio, no me conoce tanto como yo quisiera. Tiene una versión de mí que yo misma creé para protegerme y que moldeé para evitar que su padre me dañase mucho más de lo que lo hizo. Y no es que no sepa cómo hacerlo, cómo abrirle mi alma y enseñarle quien soy, pero tengo miedo a que no me acepte y que volvamos al inicio de todo, a esas semanas en las que se revolvía contra mí y sufría sus desplantes continuamente. Una de las cosas que envidiaba de Marcos era que él sabía manejarla, pero ahora me doy cuenta de que es culpa mía no saber hacerlo.

Y a Clara, bueno, a ella le debo mucho más que una disculpa, pero antes de mirarla a los ojos y confesar todo eso que me gustaría que supiera, necesito poner en orden todo lo demás. Porque no se merece que mi inseguridad y mi incapacidad de luchar por mí misma le hagan daño de nuevo.

Sin apenas darme cuenta, los latidos de mi corazón me empujan hasta la orilla de una playa por la que he caminado, corrido, reído y jugado una infinidad de veces. Ahora lo hago de forma diferente, con más años encima, con muchas más preocupaciones y las emociones tan agitadas como el mar de fondo. El paisaje sigue siendo el mismo, Savina no ha cambiado nada; sin embargo, yo sí lo he hecho, pero aún

no he descubierto cuánto.

La brisa del mar se cuela bajo el vestido de algodón rojo que llevo puesto refrescando mi piel. Tiemblo y el vello se me eriza a causa del contraste al chocar con el calor de mi cuerpo. Mi pelo se remueve, me roza la cara haciéndome cosquillas y, de inmediato, la sonrisa cruza mis labios recordando caricias que ahora echo de menos. Clara me tocaba con una suavidad similar a la de una pluma, delicada, dulce. Teníamos poca edad, pero fue un acercamiento tan tierno que me gustaría echar atrás el tiempo y volver a vivir esos instantes de nuevo.

Es la sombra de una gaviota sobre mi cabeza la que me invita a echar la vista al cielo y en el transcurso en el que un rayo de sol ciega mis ojos, el destino atrae hasta mí aquello que necesito: a Clara, que, para mi sorpresa, corre por la orilla de la playa con una coleta recogida en lo alto de su cabeza y sus mejillas rojas por el esfuerzo.

—¿Sigues corriendo cada mañana? —pregunto cubriendo mis ojos del sol con una mano y con la otra, me aparto el pelo de la cara.

—Es lo que intento… —confiesa echándose hacia adelante, apoyando sus manos sobre los muslos para recuperar el aliento que la carrera le ha robado—. ¿Paseando o pensando? —Río y niego un par de veces, parece mentira lo mucho que me conoce.

—¿Qué tal ambas cosas?

Me sonríe, pasa una de sus manos por su frente quitándose el sudor y cuando endereza su espalda, su melena cae sobre los hombros dejando patente que el color rojizo de su pelo se acentúa mucho más bajo el sol. No recordaba esos tonos dorados que se deslizan en según qué zonas. Era bella y ahora…

—¿Te importa si te acompaño? —pregunta con curiosidad—. Si tienes algo que hacer, puedo seguir corriendo y…

—No, no… —niego de nuevo—. No hemos pasado mucho tiempo a solas y creo que lo necesitamos, ¿no te parece?

Como respuesta, se muerde el labio y, a cambio, sonrío y doy un par de pasos hacia adelante para que ella siga el camino marcado por las huellas de mis pies. Ahora ya no me importa el mar, tampoco las gaviotas, la brisa o el cielo. Mi atención está puesta en ella, en las manchas suaves que circulan por su piel y que dibujan mundos que me invitan a descubrirlos. No ha cambiado nada, aunque su madurez le da un aire mucho más serio y atractivo.

El silencio nos acoge y la incomodidad se hace presente una vez que intento encontrar la forma de romperlo. La miro un par de veces y aparto la mirada esperando a que sea ella la que hable primero, pero

no ocurre y eso me pone tan nerviosa que soy incapaz de formar una frase que no parezca demasiado estúpida. Me siento como aquella vez que me acerqué a ella y le rocé la mejilla: nerviosa, tonta e insegura.

—¿Dónde has dejado a Sarah?

Por fin encuentra la manera de comenzar la conversación y lo agradezco sonriendo de nuevo.

—Mi madre se la llevó a dar un paseo —respondo con suavidad—. Quiere conocer cada rincón de Savina, así que no hay nadie mejor que ella para acompañarla.

—Ya veo…

—Es demasiado inquieta y a veces me cuesta seguirle el ritmo —confieso antes de echarme a reír—. No sé a quién se parece. —Clara se ríe también.

—Algo me dice que se parece mucho más a ti de lo que crees.

—¿En serio? —pregunto con curiosidad—. A veces me gustaría conocerla mucho mejor. Saber qué le corre por esa cabeza loca que tiene —añado—. Yo a su edad estaba…

—Ambas lo estábamos. —Clara rompe mis palabras y me mira con curiosidad—. Aunque yo lo tenía más claro que tú...

—Creo que yo lo tenía delante de los ojos y no lo veía, y cuando lo vi…

—Me hiciste muy feliz.

Mis pies se hunden en la arena en cuanto escucho estas palabras y una de mis manos la sujetan a pesar de que ella está un par de pasos por delante. Ha sido el corazón, el impulso, la necesidad, el amor, todo. Se gira y siento que me falta el aire y, en cuanto me mira, sé exactamente lo que tengo que hacer.

—Siento haber roto mi promesa, Clara —digo sin apartar la mirada de sus ojos—. Siento haber tardado tanto, haberme tomado tanto tiempo para sentirme segura…

Clara me mira diferente y, por un segundo, temo que salga corriendo o que me deje a solas en nuestra playa; porque siempre será nuestra y estará llena de recuerdos grabados en su arena. Pero no lo hace. En cambio, da un paso hacia delante y quedamos la una frente a la otra, mirándonos a dos alturas, como sucedía cuando éramos pequeñas.

—Ani, yo… —Ella levanta su mano y a pesar de que puedo intuir sus deseos por tocarme, no lo hace, se queda a mitad de camino y

evita hacerlo llevándose la mano al bolsillo—. No te voy a mentir. Te odié durante mucho tiempo, pero después, con los años, comprendí que mi odio por ti era fruto de lo mucho que te quería. —Recojo sus palabras y las llevo hasta mi corazón para sanar una de las tantas heridas que llevo conmigo desde hace demasiado tiempo—. Así que intenté que nada lo corrompiera. Lo guardé, lo protegí y aprendí a vivir sin ti sabiendo que por más que yo quisiera que ocurriera, la única que podía decidir volver eras tú.

—Y nunca lo hice…

Junto a mi respuesta, cae mi mirada hasta el suelo y también mi corazón. No sé qué esperaba escuchar, pero me siento destrozada y me lo merezco.

—Hasta ahora. —Clara vuelve a hablar y esa mano que se metió en el bolsillo, ahora levanta mi cara y me obliga a que la mire—. Y es posible que mis próximas palabras sean las más egoístas que he pronunciado en toda mi vida, pero…

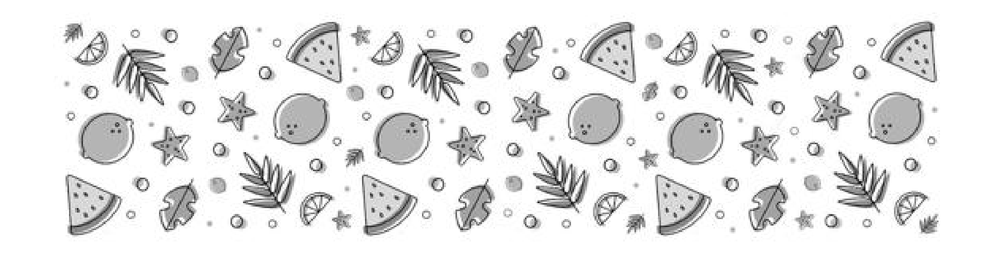
—No lo digas...

—El destino quita y pone a personas en nuestro camino por alguna razón —dice sin importar nada—. Tú te marchaste y eso me permitió crecer, aprender, comprenderme, luchar. No cumplí mis sueños, pero en el camino descubrí otros —confiesa sincera—. Hice amigos, me independicé, abrí Delicias, adopté a un gato…

—¿Un gato? —pregunto llena de confusión.

—Lo que quiero decir es que, todo este tiempo nos ha servido para crecer y saber que la vida no es un paraíso idílico —comenta demostrándome su madurez—, y no tenemos por qué estar arrepentidas de ello, ¿de acuerdo? No quiero que te sientas culpable por seguir adelante, porque si eres culpable de algo, es de no haber sido todo lo feliz que yo quise que fueras.

Siempre supe que Clara tenía el don de sanar los corazones de todos, que tenía una magia especial, pero ahora lo veo aún más claro y si un día dije que ella era como la luna, lo cierto es que ahora se ha convertido en una estrella. Una tan grande como el sol que marca el ritmo de nuestras vidas.



CAPÍTULO 19
CONFESIONES DE AMOR

ANABEL



❝Abrirse el alma y el corazón a la persona correcta, te permite dar a conocer la mejor parte de ti.❞

El tiempo y nuestra necesidad de hablar nos ha invitado a recorrer rincones de Savina que casi no recordaba. No hemos dejado de reír y de rememorar ese pasado que nos unió, esos momentos donde fuimos felices juntas o compartimos algo tan sencillo como un helado a medias. Caminar junto a ella me ha hecho recordar quién era, cuáles eran las cosas que más me gustaban hacer, dónde estaban esos lugares a los que siempre acudía y por qué lo hacía; y, sobre todo, por qué podía considerarnos inseparables.

El pueblo me está ayudando a soltar la coraza, a desprenderme de la máscara que he usado durante años y volver a sentirme bien conmigo misma. Yo era divertida, aventurera, una kamikaze que no pensaba en el peligro; soñadora, directa, intensa y segura. Tenía muy claro que quería dedicarme a la escritura. En un futuro sería una *best seller*, quería llenar librerías, conocer a mis *fans*, viajar por el mundo y que mis historias creciesen gracias a todos los que las leyeran.

Sé que fui la culpable de haberme dejado influenciar por los consejos de mis padres, la que acepté sus sugerencias que me llevaron a una universidad en la que terminé estudiando el máster en Diseño Editorial, la que firmé mi primer contrato de trabajo en Valencia y dejé la escritura en un cajón escondido. Abandoné mis deseos y, con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que parte de mi angustia se debe a que decepcioné a esa niña adolescente que soñaba con vivir de ello.

—¿Es cierto lo que me contaste de Marcos?

Clara retoma una conversación que dejamos para otro momento el pasado domingo en casa. La miro y lo único que consigo hacer es afirmar con la cabeza. El mirador de San Juan está a unos metros del lugar en el que nos encontramos.

—No lo sabe nadie —confieso con pesadez—, pero él se veía con Samanta, la diseñadora gráfica que se encarga de hacer las portadas. Los descubrí tonteando en una de las salas de reuniones de la editorial y lo peor no fue eso, fue que él no me lo negó y me pidió que, por Sarah, no hiciese de aquello un escándalo.

Clara suelta un bufido irónico que provoca que yo baje la mirada al suelo sintiéndome un poco más estúpida de lo que me he sentido todos estos años.

—Después de eso me dije que podría con ello mientras que tuviese a Sarah conmigo, pero ella y yo tenemos el mismo carácter y al final, chocábamos continuamente —explico con una sonrisa en los labios—. Marcos se convirtió en el bueno y ella se aferraba a él, mientras que yo terminaba siendo la mala en todas esas ocasiones en las que la reprendía. Y bueno…

—Al final todo fue a más, ¿no? —afirmo y suelto un suspiro.

—Hace cinco años me prometí que no permitiría que me hicieran más daño, así que empecé a trabajar más, a pasar más tiempo en la editorial —digo sin miedo a decir la verdad—. Marcos pasaba la mayoría del tiempo en casa, así que Sarah nunca estaba sola y me lo podía permitir. Me centré tanto en el mi trabajo que perdía la noción del tiempo, me convertí en una *workaholic* que vivía para todo menos para sí misma y, aunque eso me trajo problemas que aún intento solucionar con Sarah, me permitió no sufrir por lo que sucedía con Marcos.

—No sé cómo pudiste hacer eso sin volverte loca o mandarlo a la mierda. —Río y levanto la mirada al cielo buscando la respuesta.

—Digamos que una madre siempre sacrifica una parte de sí misma por sus hijos —admito mirándola a los ojos—. Yo tenía el pensamiento de que cuando Sarah cumpliese los dieciséis, Marcos y yo podíamos tramitar el divorcio, pero… —Me encojo de hombros—. El destino jugó sus cartas y ya no tuve que hacerlo.

—Tiene que ser duro… —Clara se acerca un poco más a mí y me brinda un apoyo que no he pedido, pero que sabe que necesito.

—Lo duro fue mirar a los ojos a Sarah cuando me dijo que sabía todo —respondo sin pensar demasiado—. Yo estaba esperando a

contárselo, quería encontrar el momento perfecto y, al final, ella lo descubrió.

—Ya sabes que no hay un momento perfecto para nada, Ani —dice Clara—. Además, tienes una hija tan curiosa como un gato, y por una o por otra persona, lo descubriría.

—Miedo me da todo lo que pueda descubrir… —Río.

El mirador se abre paso ante nuestros ojos y, en el horizonte, el mar se mezcla con los colores de un cielo azul roto por algunas nubes blancas que se elevan como nata montada. Nos arropa el silencio cuando nos apoyamos en la baranda y la caída que hay bajo nuestros pies provoca esa sensación de vértigo que siempre encogió mi estómago y me dejó sin aliento. Este era nuestro lugar favorito, donde nos escapábamos para cenar bajo las estrellas y reíamos sin parar en las noches de verano.

—¿Y tú? —pregunto con curiosidad—. ¿Has tenido pareja o…?

Clara me mira y me arrepiento de haber lanzado esa pregunta casi de inmediato. Sé la respuesta en cuanto me pierdo en el color verde de sus ojos y me muerdo el labio cuando la intensidad de su mirada profundiza tanto en mí que el corazón parece estar a punto de salirse del pecho.

—La verdad es que, bueno, tuve algunas cosas, pero nada demasiado serio —dice en un susurro agotado al mismo tiempo que ambas rompemos la conexión y miramos al frente—. No he tenido mucho tiempo, ya sabes que mi madre quería que heredase la pastelería, así que en el momento en que a ella le detectaron su enfermedad, empezó el aprendizaje.

—Pobre Paloma… —suspiro—. Tuvo que ser difícil para ella…

—Si te soy sincera, no lo sé. Mamá era tan alegre que el día que los médicos le dijeron que tenía una enfermedad incurable, en lo único que pensó fue en que me había prometido un pastel de limón y teníamos que volver rápido a casa o no le daría tiempo a hacerlo —dice echándose a reír—. Ya sabes cómo era…

Clara sonríe con melancolía y la cubro con un brazo para entregarle el mismo apoyo que me entregó antes a mí.

—Era una mujer increíble que hizo de ti una persona maravillosa.

Mis palabras vuelven a activar esa conexión que nos atrapa y nos invita a mirarnos durante largos segundos que no frenan, que no se rompen y que vivimos entre sonrisas, con la nostalgia pegándose a nuestro corazón, con las emociones revueltas y nuestras respiraciones

a punto de chocar y convertirse en una sola.

—Respóndeme a una cosa… —habla tan bajito que me eriza la piel.

—¿Cuál?

—¿Crees en las segundas oportunidades?

Su pregunta golpea mi corazón, que late y parece querer bailar una jota aragonesa en el interior de mi pecho. Antes de responder, necesito tragar saliva, arramblar con el aire que me rodea para aspirarlo y dar un suspiro largo.

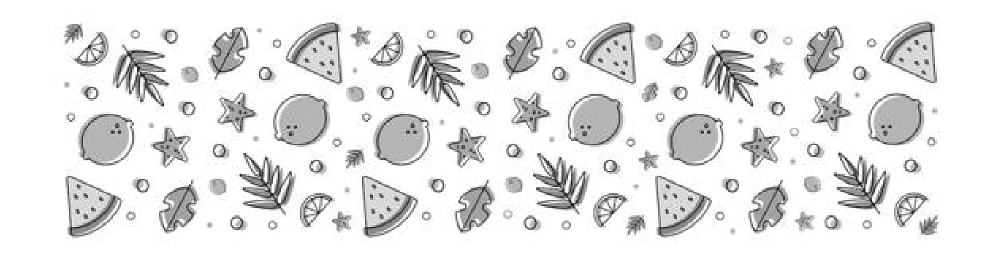
—Creo que las oportunidades se dan en momentos especiales y concretos, y que debemos atraparlas cuando se presentan —respondo provocando su sonrisa—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No crees que todo lo que está pasando es una segunda oportunidad para nosotras?

Mis ojos la recorren como lo hicieron con Savina el primer día que llegué al pueblo. Caminan por su piel, se deslizan a lo largo de su cuello, por su pelo que ondea a causa de la brisa y por la belleza de sus labios hasta caer en las profundidades de sus ojos. Cuando quiero darme cuenta de lo que estoy haciendo, mis labios ya están sobre los de ella y una de sus manos sujeta mi mejilla impidiendo que me escape o deje de besarla. Cierro los ojos y me dejo llevar por una caricia que sabe a pasado, que aún tiene el gusto a limón y sal, que he echado de menos, que me conmueve y me devuelve a la vida, que despierta esas mariposas que creía muertas y que me hace sonreír como la primera vez que la besé.

Muchos son los que dicen que las segundas oportunidades no existen, que el tren pasa una vez y que las cosas que se marchan o dejas atrás nunca volverán, pero yo creo que todo es cuestión de querer recibirlas.

Mientras que Clara y yo nos besamos, descubro que no ser valiente me llevó a separarme de ella una vez y que vuelvo a encontrarme en la misma situación. Solo que ahora no debo abrirle la puerta de mi alma a un desconocido sino a mi hija, que ni siquiera sabe que el amor puede hacerte volar por los aires o dejarte caer hasta arrancarte la vida de golpe.



CAPÍTULO 20
EL CALOR DEL PARAÍSO

CLARA



❝Hay caricias que se quedan atragantadas dentro,
que no se liberan por miedo a ser descubiertas,
que arden y queman sino se expresan,
que duelen sino se entregan.❞

Los besos son, junto con las miradas y las caricias, los gestos que más se usan para expresar emociones. Son usados para saludar, para despedir o presentar, pero, en cuestión de amor, los utilizamos para hablar un lenguaje que dista de tener palabras y que, además, es internacional. Todo aquel que besa a la persona que ama, lo hace para expresar emociones que se llevan dentro y que se despiertan cuando estamos cerca. No hay nadie que bese sin la necesidad de quedar grabado en los labios que roza, ni persona que no desee dejar huella en aquellas zonas que jamás serán las mismas una vez que se arrase con ellas. Un beso nos conecta y nos embriaga de una forma maravillosa.

Cuando Sarah me comentó esta mañana que Anabel estaría en la playa, tuve la necesidad de pararme a pensar bien en todo lo que había hablado con ella y todo lo que había sucedido a lo largo de los días. Llamé a Viktor bastante alterada porque me urgía tener una voz lógica que me ayudase a comprender todo lo que estaba pasando, y me tomé una tila en vez del café al que estoy acostumbrada.

Por primera vez en mi vida, mis emociones tronaban en mi interior como una tormenta desatada; estaba intranquila, confusa, nerviosa, emocionada… El miedo a sufrir de nuevo había saltado por los aires y en su lugar se había instalado una seguridad que jamás había sentido

al hablar de ella. Me sentí capaz de todo y fue por eso salí de la casa de mis padres dispuesta a correr por todo Savina hasta encontrarla.

Con el deseo por encontrar un lugar más privado que una playa repleta de gente, me llevo a Anabel conmigo y la arrincono en uno de los tantos recovecos formados por el cruce de las calles. Aquí, bajo los jazmines, la beso de nuevo y descubro que su piel sigue oliendo a mar, a esa sal que te hace salivar y degustar un plato mucho más. Mis manos recorren su cintura hasta atraparla por la espalda y veo que ahora su cuerpo tiene unas curvas en las que deseo perderme tantas veces como tenga oportunidad.

Tan pronto como la toco, mi edad y la suya se reduce y acabamos convertidas en dos adolescentes desesperadas de ese calor, demandantes de aquello que siempre esperaron sentir y que nunca se concedieron la oportunidad de disfrutar por dudas, miedos, malas elecciones y vete tú a saber qué más.

Me cuesta un mundo llegar a mi casa y no tropezar con los escalones, abrir la puerta y no pisar a Misha por el camino, y arrinconarla contra el aparador del salón y no tirar las fotografías o las figuras de madera que Viktor me regaló. Lo único que sé es que desde que caímos juntas sobre la cama no he podido dejar de besarla.

Mis manos han desenredado esa trenza de su cabello, ahora más oscuro de lo que lo recordaba, y se ha desparramado sobre la colcha de nudos de colores que cubre mi cama. Sus manos se hunden en la curva de mi espalda y mis labios recorren su cuello al mismo ritmo que mi lengua deja destellos y caricias despertando en su ser todo lo que pueda imaginar. Creo estar sumergida en uno de esos tantos sueños que he tenido con ella, imaginándola, dando forma a la mujer en la que se habría convertido, y soy consciente ahora de que en realidad es mucho más auténtica, más exquisita, más atractiva y mucho más femenina de lo que imaginé.

La escucho reír con suavidad cuando el vestido que lleva se desliza por sus muslos y acaba enroscado en su cintura. Esta risa hace que sonría y me impide continuar con el frenesí de caricias que le estoy dedicando para tomarme unos minutos y mirarla a los ojos.

—Aún no me creo que estés aquí —digo mientras acaricio su frente con la punta de mis dedos, embelesada y perdida en su mirada—. ¿Tienes idea de lo mucho que te echaba de menos?

—¿Qué necesitas que haga para que creas que soy yo la que está atrapada entre tu colchón y tu cuerpo? —Esa picardía suya se dibuja en su mirada, en cómo se muerde su labio y en una caricia que recorre uno de mis brazos hasta caer sobre el centro de mi pecho—. Quizá,

que te bese aquí… —susurra y se incorpora lo suficiente para besar mi cuello—. O aquí… —Se desliza y muerde uno de mis hombros—. O mucho mejor, aquí…

Nuestras bocas se unen de nuevo y me encuentro perdiendo una batalla en cuanto ella se mueve y termina sobre mi cuerpo. Es la primera vez que la veo así y el corazón me sale volando hacia algún lugar del universo. Me quedo sin aliento cuando sus manos deslizan el vestido que acaba en el suelo y me permiten verla casi desnuda, porque no había pasado por alto que, bajo esa prenda, lo único que existía era la que ahora mismo estorba.

Soy incapaz de decirle nada, pero mis manos están tan vivas y necesitadas de contacto que se mueven desde sus muslos hasta su cadera, y se pierden mucho más allá una vez que me incorporo y la sujeto del trasero para que se acomode y se pegue mucho más a mi cuerpo. A cambio, Anabel libera mis pechos de la camiseta deportiva que llevo adherida a la piel y la sensación que causa el choque de su calor con mi cuerpo provoca que le regale el primer jadeo con su nombre.

Cierro los ojos cuando me aparta el pelo de la nuca y sus labios recorren las manchas de mi piel. Nunca nos habíamos tenido así y agradezco el tiempo que hemos pasado separadas porque ahora, en este momento, descubro la cruel razón del destino para arrancarnos de la vida de la otra.

Mis manos vuelan desde la parta baja de su espalda hasta su cintura y ella se coloca a horcajadas sobre mi cuerpo. Se mueve como una culebra arrastrándose por la tierra que tiene bajo su piel; lenta, suave, sensual, atractiva y húmeda. Pego los labios a su piel y antes de que me dé cuenta, uno de sus pechos está en mi boca y mi lengua lo disfruta como una manzana de caramelo. En un par de segundos, la respiración de Anabel se agita. La escucho jadear y su voz rota me invita a descubrirla más.

Sé que la sorprendo cuando mis dedos se deslizan por uno de sus muslos y la buscan más allá de la curva perfecta que esconde el paraíso. Lo hago sobre el tejido de algodón que da forma a su ropa interior. Tanteándola, desesperándola, sintiéndola. Está húmeda y lo sé porque la tela está empapada, y es una sensación que eleva mi orgullo por los aires y también mi desesperación. Emoción a la que me aferro cuando la tumbo sobre la cama y ahora soy yo la que se convierte en cazadora.

Mi pelo cae sobre los hombros y me quito las mallas para desnudarme por completo. No dejo de fijarme en sus ojos oscuros

puestos sobre mí, cómo muerde sus labios o se relame una vez que me acerco y la devoro con un beso que me deja sin aliento.

El tiempo se funde con nosotras como lo hacen nuestros cuerpos una vez que ella se quita las bragas y me acoge entre sus piernas. Todo a nuestro alrededor desaparece cuando mis manos alcanzan su humedad y pierden la compostura para regalarle un sinfín de caricias que yo recibo por igual entre temblores, gemidos y sonrisas que desaparecen con una oleada de besos y que crecen cuando los dedos de Anabel se introducen en mí y empiezan a embestir mi cuerpo arrancándome la tristeza, el vacío y la soledad a base de fuego, a base de ternura, pasión y necesidad.

Una de mis piernas termina enroscada en su cadera mientras que nos dedicamos largos minutos a dedicarnos un placer pintado de amor, de color y de libertad. Siento que las heridas que tenía abiertas en mi alma se cierran, que puedo volar alto y brillar, y que mi corazón se ha expandido de tal manera en mi pecho que parece estar más vivo que nunca.

Anabel, y la certeza de sus dedos, interrumpen mi deseo de tenerla conmigo así toda la mañana. Su pulgar juega conmigo y provoca que suba a una montaña rusa de emociones y sensaciones que sé dónde culminarán.

Cierro mis ojos y mis manos torpes tiemblan, en realidad lo hace todo mi cuerpo. Y, en cuestión de segundos, gimo sobre su cuello, sobre su piel, y besando sus labios alcanzando un orgasmo que me permite soltar las cadenas que mantuvieron a raya ese amor que sentía por ella. Pero esto no ha terminado y tan pronto como recupero las fuerzas, soy yo la que provoca que ella se deje ir en mis manos y que alcance el clímax bajo mi cuerpo.

Ya no existe amor que pueda esconderse después de esto.

Ni palabras que puedan expresar lo que siento.

Los labios de Anabel se unen a los míos de nuevo y es, durante este beso, que me doy cuenta de que no existen segundas oportunidades; que existen momentos, afortunados y desafortunados, precisos o imprecisos, y que este, el nuestro, es el momento perfecto.

. . . . . .

Llevo en la cocina más de diez minutos y la sonrisa dibujada en mis labios es reflejo de cómo me siento. No dejo de caminar por mis recuerdos, paseándome desde el beso que me dio Anabel en la playa

hasta el momento en que caímos juntas sobre mi cama e hicimos el amor por primera vez. Sarah quería que su madre y yo nos abriésemos la una a la otra y nos contásemos todo eso que se había quedado atascado dentro de nosotras, pero hemos terminado haciendo mucho más que eso.

El sonido del agua de la ducha rompe el silencio que se expande por mi casa. Misha está en el respaldo del sofá del salón mirándome con esos ojos que son capaces de atravesarme el alma. Me pregunto qué estará pensando, seguramente que me he vuelto loca. Es la primera vez que una mujer invade mi espacio y no me importa que haya sido Anabel.

Pronto será la una de la tarde y estoy segura de que mi padre me llamará en cuestión de minutos para asegurarse de que no me he perdido y de que estoy bien. No es normal en mí desaparecer sin dejar un aviso. Ni siquiera le dije a Pablo que le hiciese una visita, pero estoy segura de que Maite y Sarah lo tendrán entretenido.

Para ocuparme en algo que no sea en rememorar la escena que Anabel y yo hemos vivido, he preparado un té frío adornado con dos rodajas de limón que espero le guste. Cuando éramos niñas le encantaba y no sé si el tiempo ha provocado que sus gustos cambien o haya sucumbido a otros mucho más intensos.

No sé en qué momento desconecto de todo lo que me rodea, quizá cuando me dedico a regar los geranios que adornan el balcón que recorre toda la pared del salón, pero verme sorprendida por el abrazo de Anabel es una sensación que querría vivir a diario.

—¿Me has echado de menos? —susurra afianzando el abrazo al cruzar sus brazos por mi cintura.

—Sorprendentemente, sí.

En ese momento, me giro y acaricio una de sus mejillas para besarla de nuevo y tomarme unos segundos para disfrutar de su boca, de esa caricia silenciosa que me agita el corazón tanto como lo hicieron sus manos minutos atrás.

—He preparado té con limón —anuncio sobre sus labios—. No tengo muchas cosas en la nevera porque llevo tiempo en casa de mis padres, así que… —Me encojo de hombros y ella me sonríe—. Podríamos pasar por Delicias y llevarnos unas galletas para Sarah, ¿qué me dices?

Anabel se sumerge en mis ojos, acaricia mis brazos con sus manos y después me roba otro beso que sabe a agradecimiento y a amor a partes iguales.

—La estás malcriando. —Señala levantando una ceja—. Y si crees que te la puedes ganar a base de dulces, estás… —Ríe—. Estás en lo cierto.

—Creo que no hace falta que me la gane…. —admito mientras que cargo con las dos tazas y la guío hasta el salón, donde nos sentamos en la alfombra que cubre el suelo que hay junto al balcón—. Te sorprendería saber lo que sé en este momento.

—¿A qué te refieres?

—Tienes que prometerme que no te molestarás con ella cuando te cuente todo —digo mientras me acomodo y apoyo mi espalda contra la pared—. Sarah lo ha hecho por necesidad y por curiosidad.

—¿Tengo que preocuparme? —pregunta y me echo a reír negando.

—No es tan preocupante, son cosas de niña de dieciséis años.

—Bueno, ¿y qué es eso que no sé? ¡Déjate de tantos misterios!

Le doy un trago a mi té y dejo apoyada la taza a mi lado para girarme y quedarme frente a ella, que no abandona su curiosidad y me mira a la espera de que le desvele qué es todo eso que ella no sabe y que yo sí.

—Sarah sabe que tú y yo tuvimos algo en el pasado.

—¿¡Qué!? —Anabel se sorprende y afirmo con un movimiento de cabeza—. Espera. Eso es imposible, yo no se lo he dicho y dudo mucho que alguien más lo supiera.

—Lo ha descubierto echando un vistazo por tu dormitorio. —Me encojo de hombros—. Al parecer encontró algo y bueno… sumó dos más dos.

La confusión y la sorpresa en los ojos de Anabel es tan clara que necesito sujetar su mano para que regrese al mundo real, para que vuelva a mí.

—Entonces…

—Entonces tienes la mitad del camino hecho —digo guiñándole un ojo—. Pero ahora vuelve, deja de pensar en todo y mírame. —Me obedece y acaricio su mejilla antes de besarla de nuevo—. Es momento de pensar en ti y, sobre todo, de ser feliz… Ahora, cuéntame algo… ¿por qué no me dijiste que escribías un diario? —pregunto con curiosidad levantando una ceja y, a la vez, dedicándole una sonrisa llena de picardía—. Porque tu hija dice que escribías cosas sobre mí y te prometo que he tenido ganas de ir a casa de tus padres para pedirle que me lo enseñe.

Anabel abre sus ojos de par en par, se le tiñen las mejillas de rojo vibrante y sus nervios acaban por transformarse en un pequeño empujón que consigue moverme del sitio hasta caer de lado riendo. Hacía años que no me sentía tan bien y recibir a Ani en mis brazos, junto a un ataque de cosquillas provoca que no pueda sentirme más feliz.

Acabamos tumbadas sobre la alfombra observando nuestras manos unidas en lo alto de nuestras cabezas apuntando al techo. Sentir su tacto es especial, siempre lo ha sido, pero hacerlo en este momento de nuestras vidas es sanador y reconfortante.

—Entonces, si Sarah sabe lo nuestro, no hará falta que se lo expliquemos, ¿no?

La rodeo con mis brazos y dejo que se apoye en mi pecho mientras busco la forma de explicarle que todo lo que ha sucedido hoy ha sido gracias a ella. Con cuidado, acaricio su pelo y deslizo los dedos por los mechones húmedos a causa de la ducha.

—¿Por qué te cambiaste el color del pelo? —pregunto.

—¿Quieres la verdad o lo que le conté a todos cuando me vieron llegar a casa con el pelo de este color? —responde con una media sonrisa mirándome a los ojos.

—Siempre la verdad.

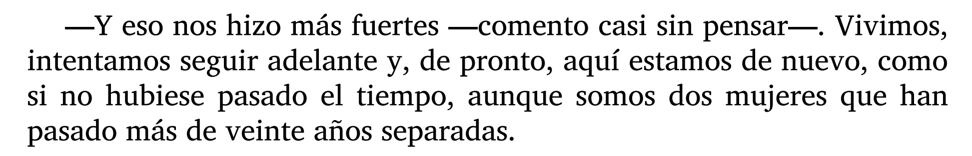
—Lo hice a los pocos meses de llegar a Valencia —confiesa mientras que sus dedos acarician los míos—. Cada vez que me miraba al espejo, me acordaba de tus manos tocándome el pelo y decidí acabar con ese recuerdo cortándolo y cambiando su color.

—¿Y te sirvió? —niega con la cabeza y eso me hace sentir tan bien que la rodeo con más fuerza, acercándola a mi cuerpo para abrazarla de forma tierna y llena de amor—. Me alegra saber que no pudiste olvidarme después de tanto tiempo —admito dejando un beso en su coronilla—. Porque yo no pude hacerlo. Ni siquiera un poco y… —suspiro y me muerdo la cara interna de la mejilla—. Todo es extraño, ¿no te parece?

—¿Extraño? ¿Por qué?

—Bueno, la última vez que nos vimos éramos unas niñas. Tan solo nos habíamos tocado las manos, nos habíamos abrazado y nos besamos alguna que otra vez. Lo que sentíamos era adictivo, familiar, conocido, dulce… —Me quedo unos segundos en silencio—. Éramos amigas y nos quedamos la una sin la otra.

—Fue un cambio muy duro…



—Y eso nos hizo más fuertes —comento casi sin pensar—. Vivimos, intentamos seguir adelante y, de pronto, aquí estamos de nuevo, como si no hubiese pasado el tiempo, aunque somos dos mujeres que han pasado más de veinte años separadas.

—¿Y eso es lo que te parece raro? —Anabel se incorpora y me mira —. Porque para mí, lo insólito es no haberme dado cuenta antes de que nunca fui tan feliz con nadie como lo soy ahora mismo contigo.

Y, tan pronto como sus labios rozan los míos, el mundo desaparece y de nuevo, el universo se centra en nosotras y en lo que sentimos.

. . . . . .

(…)

—Ani, ¿alguna vez has pensado dónde estaremos dentro de veinte años?

Clara, que estaba tumbada sobre una toalla bajo la sombra de uno de los árboles del jardín de sus padres, se movió para poder mirarla a los ojos. Anabel tenía el pelo ondulado cayéndole por la cara y algunas pequeñas pecas de sus mejillas se dejaban ver a causa del sol.

—Mmm… —susurró pensativa—. Yo creo que estaremos aquí, en Savina, porque no hay un lugar más bonito que este para vivir.

—Pero tú quieres ser escritora y si te haces famosa, tendrás que viajar, ¿no?

Clara se apoyó sobre sus brazos y levantó las piernas para balancear sus pies de un lado a otro. Jugaba con una ramita que había encontrado en ese momento y ni siquiera miraba a su amiga por tener miedo a ser descubierta.

—Tú también quieres ser pastelera como tu madre, ¿no? —Anabel sonrió a Clara y la acompañó en la postura—. No importa lo que queramos hacer, volveremos a Savina y nos encontraremos aquí, y cuando lo hagamos, viviremos juntas, tendremos una casa llena de las flores que tú quieras y mientras que tú cocinas pasteles, yo escribiré libros llenos de historias.

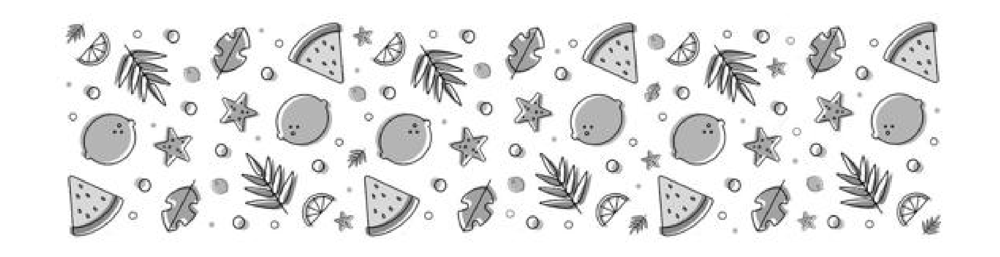
—¿Eso es lo que tú quieres?

Anabel afirmó y le sonrió.

—Quiero que siempre estemos juntas —le dijo.

—Lo estaremos…

(…)



CAPÍTULO 21
SINCERIDAD PARA DESAYUNAR

ANABEL



❝Hay instantes en la vida en los que eres capaz de sentir tanto amor que el corazón te estalla y te quedas sin respiración.❞

Los días han pasado tan rápido que lo que sucedió entre Clara y yo parece que pasó hace tan solo unas horas. A pesar de no tenerla a mi lado, no he dejado de sentir sus labios recorriendo mi piel o sus manos acariciando lugares de mi cuerpo que hacía mucho que nadie tocaba. Me quedé enganchada a su sonrisa, al sabor de su cuerpo, al temblor de sus manos y a su voz rota por los gemidos. Sonreír es lo único que hago desde ese día y empiezan a dolerme las mejillas por ello. La echo de menos, pero, antes de volver a ella, necesito hacer algo importante que no puede retrasarse más.

Hoy me he despertado lo suficientemente temprano como para dedicarme unas horas. Dejé a Sarah con mi madre y aproveché su costumbre de despertarse tarde para visitar la peluquería de María, dar marcha atrás en el tiempo y devolverle a mi pelo su color natural. Cuando regresé a casa y mi madre me miró a los ojos, no necesitó preguntar para encontrar la razón de mi cambio.

Ahora que el color anterior ha desaparecido, que he vuelto al peinado que acostumbraba a llevar y que le he robado a mi madre algunos vestidos primaverales que ella usaba cuando era más joven, me doy cuenta de que no he cambiado tanto como yo creía. Si me comparo con Clara, parece que no hayan pasado más de veinte años por nuestras vidas. Es como si nos hubiésemos quedado estancadas

todo este tiempo y ahora empecemos a avanzar en la dirección que siempre quisimos.

Sarah aún está dormida y, después de que mi madre se haya marchado, nos hemos quedado solas en casa. Clara me relató tantas cosas que ahora lo único que deseo es tener tiempo suficiente para sentarme y escuchar a mi hija hablar de todo eso que nunca se ha atrevido a contarme y sé que le ha hecho sufrir. Ahora Marcos no está, no tenemos por qué tener miedo de conversar y ambas lo necesitamos.

El sonido de unos pasos procedentes del piso superior me alerta de que la bella durmiente de la casa está despierta. Dejo una bandeja con varias tortitas de limón con miel y un par de tazas de chocolate sobre la mesa y, a la espera de que ella llegue, me dedico a limpiar todo lo que he utilizado para organizar un desayuno que hace mucho tiempo que no disfrutamos juntas.

Sarah aparece unos segundos más tarde con el pelo revuelto y el pijama arrugado. Se restriega con una mano los ojos y tiene la boca abierta a causa de un bostezo que arrastra hasta que se sienta en una de las sillas sin darse cuenta siquiera de lo que tiene delante.

—¿Cansada? —pregunto con curiosidad ocultando la sonrisa que me provoca verla así. A pesar de tener dieciséis años y estar a punto de cumplir los diecisiete, me sigue pareciendo un bebé y no creo que pueda cambiar esa percepción por muchos años que pasen—. La abuela me ha dicho que visitasteis el museo, ¿te gustó?

Me mira con los ojos somnolientos y brillantes, se apoya en uno de sus codos y afirma con la cabeza dándome la respuesta que necesitaba.

—Espero que esto te anime —llamo su atención señalando con la mirada lo que hay sobre la mesa—. Este era el desayuno que la abuela me preparaba los días especiales, así que espero que te guste.

El silencio continúa, sin embargo, ya no es incómodo. Disfruto de él mientras que me tomo mi tiempo para servirme un par de tortitas en un plato y sujetar el frasco de miel de limón. Veo como esta cae lentamente sobre ellas y, cuando las tengo prácticamente bañadas, devuelvo el tarro a su lugar. Estoy tan concentrada en el desayuno que paso por alto que Sarah se ha dado cuenta de que hay algo diferente en mí; no solo es el pelo, es mi energía y mis ánimos lo que ha cambiado radicalmente desde que Clara apareció en la playa y revolucionó por completo mi vida.

—Papá me dijo que tú y yo teníamos el mismo color de pelo, pero creí que estaba loco al decírmelo —explica después de servirse algunas tortitas en su plato.

—Era normal que lo creyeses —respondo después de limpiarme la boca con una servilleta—. Nunca supiste que en realidad lo tenía de este color, pero ahora ya sabes que te pareces un poco más a mí y menos a tu padre.

Sarah me mira de nuevo y guardo su sonrisa en el cajón de mis recuerdos para no olvidarla. Es bonita, dulce, preciosa y, aunque una madre no pueda evitar pintar a su hija como una princesa, lo cierto es que ella lo es. Tan mágica como una.

—Me gusta cómo te queda —confiesa y ahora soy yo la que le sonríe—. Te ves…

—¿Más joven? —pregunto con curiosidad—. Mira que si me dices que eso es imposible, no te hago tortitas nunca más —señalo entre bromas causando su risa.

—Iba a decir que te ves más tú, más bonita y libre.

Sus palabras llegan a mí como un azote de felicidad que conmueve y altera mi corazón. Sonrío, pero necesito desviar la mirada hacia mi desayuno para evitar que reconozca en el brillo de mis ojos, esas lágrimas que no me permito liberar.

—Mamá…

—Dime.

—Si te cuento una cosa, ¿te molestarás? —pregunta sin concretar demasiado.

En este momento apoyo los cubiertos en el plato y le doy un sobro a mi taza para arrancarle segundos al tiempo y desesperarla un poco.

—Pues depende, ¿debería molestarme? —Se encoje de hombros y se muerde el labio—. ¿Has hecho algo malo? —niega con firmeza—. Entonces, no creo que lo haga, así que dime, ¿qué es eso que quieres contarme? —Por su gesto al mirarme, sé que aún duda, así que le guiño un ojo y la animo a que hable.

—Clara me aconsejó que deberíamos hablar y… —Baja la mirada hasta su plato y se acomoda en la silla levantando sus piernas, presionando así su pecho con ellas—. Descubrí que papá te engañaba recogiendo su estudio. Me encontré varias notas de otra persona y no reconocí tu letra en ellas. Eran cariñosas y muy reveladoras.

Suspiro y de pronto siento ganas de que Marcos esté presente para que sea consciente de que el engaño, mata.

—¿Y por qué no me lo dijiste cuando lo descubriste? —interrogo con curiosidad.

—Sentía vergüenza por creer que papá era el mejor, por creer que eras tú la que había decidido separarse, por creer que no nos quería… —Sus ojos se llenan de lágrimas y le tiemblan los labios—. Mamá, te juzgué mal, pero me mentisteis, los dos lo hicisteis, y cuando lo descubrí… —Se encoge de hombros y se seca las lágrimas provocando que se me estruje el corazón—. Lo único que quería era que supieras que me habías hecho daño, pero…

—Pero todo se te fue de las manos, ¿eh? —Me levanto de la silla y, cuando estoy junto a ella, la abrazo mientras acaricio su pelo—. Sabía que tu padre me engañaba —confieso llevando la mirada hacia el exterior—. Empezó a verse con Samanta cuando tú eras pequeña y, al principio, creí que era una tontería mía, ya sabes, celos. Pero, con el paso del tiempo, se volvió más constante y una vez lo seguí y los vi. Lo pasé tan mal que ese día tuvimos una fuerte discusión y tú, asustada por los gritos, apareciste con los ojos llorosos.

—No me acuerdo de eso…

—Eras muy pequeña —respondo y le beso la coronilla—, y por eso decidí que soportaría lo que fuese por ti, para que crecieses junto a los dos y tuvieses una infancia feliz… —añado buscando su mirada—. Yo te engañé porque en lo único que pensaba era en ti. No quería hacerte pasar por un divorcio, cariño.

Sarah me mira, le seco las lágrimas con uno de mis pulgares y sonrío.

—Y lo hice bien, porque a pesar de que tu padre me hiciese sufrir, tú fuiste feliz —aseguro apartándole algunos mechones de pelo de la cara—. Me sacrifiqué como lo hacen muchas madres.

—Pero eso…

—Lo sé. —Sonrío con pesar—. Sé que eso no es bueno, que al final te hace infeliz y te rompe. Y no te puedo decir que no me he sentido así, pero eres tan importante para mí, que sacrificaría mi vida por ti una y mil veces, Sarah.

Las lágrimas me caen por las mejillas cuando ella se vuelve para abrazarme. Siento que el corazón se me va a salir del pecho, que se libera de un peso que soportaba en silencio, que se llena de energía por haber conseguido liberarse del miedo y que se ahoga en amor por sentirse comprendido.

—Siento que te enterases así, mi vida —susurro acongojada—. Pero a partir de ahora ya no habrá más secretos, ¿de acuerdo? —le prometo mientras sujeta sus manos entre las mías—. De aquí en adelante, nos contaremos la verdad y así será hasta el día en que me muera. —Sarah

se aferra con mucha más fuerza a mi cuerpo—. Pero tranquila, que eso pasará dentro de muchos años —añado levantando su rostro para que me mire—. ¿Te encuentras mejor?

—Eso creo… —afirma y sonrío para tratar de transmitirle esta fuerza que ahora siento.

—Ahora es mi turno de sincerarme contigo sobre un tema que me consta que ya sabes.

—¿Es sobre Clara? —pregunta llevándose un pañuelo de papel a la nariz, ese mismo gesto que tantas veces la he visto hacer de pequeña.

—Sí, es sobre ella —respondo y decido correr mi silla para poder sentarme junto a ella—. Me dijo que encontraste uno de mis diarios en mi dormitorio y que lo leíste.

—Siento haberlo hecho…

—Tranquila. —Sonrío de nuevo—. La Anabel que escribió aquello se hubiese sentido ofendida, pero yo, no. Aunque sí que me siento mal por no haber sido yo quién te lo contase.

—No es fácil hablar de esas cosas, mamá —dice sujetándome la mano—. Pero ya no hace falta que me lo digas, ni que lo escondas. Además, Clara es genial —admite con una sonrisa—. Y nunca ha dicho nada malo de ti, creo que le gustas mucho, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —Afirma y un ligero cosquilleo invade mi estómago—. A ella también le gustas tú. Me dijo que debía sentirme orgullosa por tener una hija como tú.

—¿Y lo estás?

—Muchísimo —contesto y le guiño un ojo—. Y aún lo estoy más al saber que has heredado mi arte de escribir porque déjame decirte que eso también te viene de mí —susurro y se echa a reír.

—No es que lo haga muy bien…

La confesión de Sarah me provoca una sonrisa tierna y la obligo a mirarme a los ojos mientras acaricio su mejilla con delicadeza y aparto el pelo de su frente.

—¿Sabes que el mayor crítico de un escritor es, en realidad, él mismo? —pregunto levantando una ceja—. Tienes dieciséis años, toda una vida para aprender, para nutrirte de experiencias y para crecer y formarte. Es posible que no lo hagas tan bien si te comparas con escritores que llevan muchos años escribiendo, pero estoy segura de que lo haces mucho mejor que otros jóvenes de tu edad… —aseguro y le sonrío—. El don de la escritura es otro arte y, como tal, no todo el

mundo puede lanzarse a hacerlo.

—Papá escribía muy bien. —Sarah me mira y yo afirmo con un ligero movimiento de cabeza—. Siempre he tenido miedo de mostrarle las cosas que escribía, ¿sabes?

—¿Por qué? —Se encoge de hombros y desvía la mirada hasta sus manos mientras se sumerge en sus pensamientos.

—Supongo que no quería que él lo leyese y me juzgase como hacía con las correcciones que le enviaban cuando iba a sacar una novela —confiesa y sin quererlo, se me escapa una risa que provoca que Sarah se me quede mirando.

—Debes saber que no a todos los escritores les gusta que les corrijan sus historias —comento apoyándome en el respaldo de la silla—. Los hay que son muy flexibles, que se dejan aconsejar y que permiten que otros les aconsejen sobre cosas a cambiar o introducir para dar más vida a sus escritos; pero otros, como tu padre, siempre se negaban a ello —suelto un suspiro—. Tu padre era muy terco, pero estoy segura de que se habría sentido muy orgulloso de ti.

—¿Tú crees?

—Lo sé y lo creo —respondo—. Mi relación con tu padre no tenía nada que ver con la que teníais vosotros. Él te quería mucho, cariño. Quizá no hizo las cosas bien, pero te quería muchísimo, tanto como yo —añado—. Y sé que sería feliz al conocer que su princesa ha heredado lo mejor de él.

No sé si son mis palabras o son sus emociones contenidas las que terminan provocando un llanto que lentamente baña e ilumina las mejillas de Sarah, pero algo me dice que ella necesitaba este momento y que me sentase junto a ella, echase a un lado mis emociones hacia Marcos y le asegurase que su padre la quería con locura a pesar de todo. Nos abrazamos y, tan pronto como lo hacemos, el desayuno se convierte en un sueño del que no quiero despertar. Nunca me había sentido mejor, ni tan feliz como me siento ahora al tenerla de nuevo entre mis brazos, tan cerca de mí, siendo tan mía como siempre lo ha sido.

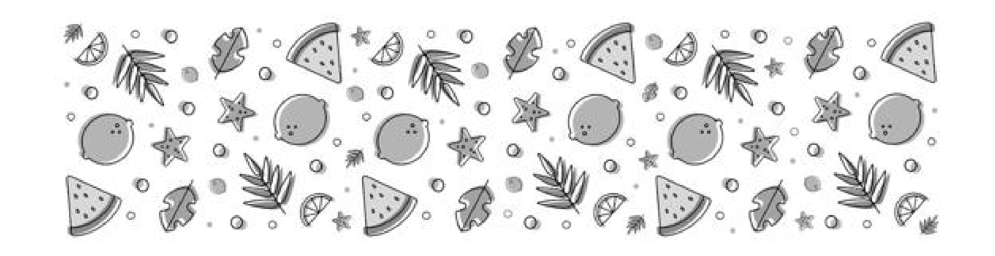
El resto del día después de esas lágrimas, pasa lento, compartiendo confesiones y secretos a la vez que las tortitas se acaban y nuestros labios se manchan de chocolate a la taza. Todo ha vuelto a colocarse en su lugar de un modo tan sencillo que ahora, nuestras vidas, brillan pintadas de un millón de colores.

Mis emociones crecen cuando Sarah y yo decidimos sentarnos en el salón, con su ordenador frente a nuestros ojos y uno de sus tantos

escritos mostrándose en la pantalla. Savina está obrando milagros y su magia se está ocupando de borrar los malos momentos pasados para invitarnos a seguir adelante y a soñar con un futuro nuevo.

Nunca había sentido tanta complicidad con mi hija como la que siento durante todas estas horas que nos lleva leer, corregir, añadir algunos detalles o algunas palabras que, al final, dan lugar a un relato que lleva partes de ella y de mí entremezcladas.

Sé que nada podrá borrar este día y también sé que, a partir de ahora, ambas viviremos una mejor vida.



CAPÍTULO 22
EL SABOR DEL CHOCOLATE AMARGO

ANABEL



❝No todo en la vida es como el azúcar.
A menudo encontramos restos de
chocolate puro que nos recuerdan
que no todo lo que vivimos
es duce.❞

La noche ha caído sobre Savina y se desliza por las calles apagando esos colores que vibran bajo la luz del sol. La luna brilla como lo hacen las estrellas, las farolas o las luces de las casas vecinas y, después de darle muchas vueltas a la cabeza, he salido de casa en busca de la mujer que ha conseguido que, en cuestión de días, mi vida luzca a todo color.

Mi conversación con Sarah me ha impulsado a romper con mis miedos y a abandonar a la Anabel que mantenía su corazón cerrado en un cajón. A la adolescente insegura que se dejó arrastrar por las decisiones tomadas por sus padres y a la mujer que sucumbió bajo una relación que acabó odiando. Le he dado la bienvenida a un capítulo nuevo de mi vida y no encuentro una forma mejor de empezar a escribirlo que con Clara a mi lado.

No necesito llamarla por teléfono para saber dónde puedo encontrarla. Ella misma me confesó que pasa las noches en Delicias y que, hasta que vuelva al trabajo, su ansiedad y necesidad de trabajar la arrastran fuera de la cama hasta altas horas de la madrugada. Y sé que estoy en lo cierto cuando llego a la plaza y las luces de la pastelería me invitan a pasar.

Con curiosidad, y sin hacer demasiado ruido, abro la puerta y entro en el local. Puedo oler el dulce aroma a bizcocho rodeándome y me

pregunto qué es lo que estará elaborando esta vez. Cuando éramos pequeñas, jugábamos a descubrir qué era lo que estaba horneando Paloma mucho antes de atravesar las puertas del obrador, y eso es lo que hago durante unos minutos antes de animarme a sorprenderla. Sin embargo, hay algo que frena mis intenciones: Una conversación, una que se lleva toda mi atención.

—¿Y ya has pensado en lo que harás cuando Silvia vuelva de Barcelona? —La voz de Viktor rompe el silencio de un obrador en el que también está Clara—. Sé que lo que tenías con ella no era algo serio, pero ahora que ha vuelto Anabel…

—Ahora que ha vuelto Anabel siento que mi vida está dentro de una coctelera. —Oigo la respuesta de Clara y el corazón se me para en seco—. Lo que más desearía en este momento es que las cosas fuesen de otra forma.

—No es tan complicado, Clara. —Viktor parece moverse y me aparto de la puerta para esconderme en un lugar menos visible y en el que pueda continuar escuchando—. Lo único que tienes que hacer, es elegir: Silvia o Anabel.

—No es tan fácil.

—Tú eres la que lo complicas —dice él mientras que un nudo se me enrosca en la garganta—. ¿Quieres seguir con Silvia o intentarlo con Anabel?

Escucho a Clara suspirar y la puedo imaginar llevándose las manos a la cabeza.

—¿Y si Anabel vuelve a irse? —pregunta desesperada—. Tiene a Sarah, tarde o temprano tendrá que volver a Valencia. Su lugar no está en Savina, y lo sabes. Ella tiene toda su vida en la capital, como Pablo, pero tú tienes la posibilidad de irte y yo… yo estoy obligada a cuidar de mi padre y seguir el legado de mi madre.

—Sabes que tú no tienes la obligación de nada. —Viktor arremete contra ella—. Tu vida es tuya y no puedes permitir que nadie elija por ti. Te lo he dicho siempre. O te quitas el miedo o perderás la oportunidad de ser feliz. Y con eso también me refiero a Anabel.

—¿Te he dicho que te pareces a mi madre? —Clara habla y en ese momento, decido escapar de mi escondite y volver por donde he venido—. Lo único que no necesito es que tú me recuerdes que… —El silencio se hace a mi espalda, pero yo continúo caminando—. ¿Ani?

Mis pies se quedan pegados al suelo como el día en el que Sarah me dijo todas aquellas cosas en el paseo de la playa. Ni siquiera me doy cuenta de que las lágrimas corren por mis mejillas, pero, cuando me

giro para enfrentar a la causante de la rebelión de mis emociones, Clara me mira asustada y preocupada.

—¿Desde cuando estás…?

—Lo suficiente —respondo secándome las lágrimas con una mano —. ¿Pensabas decirme que tenías una relación con alguien o ibas a engañarme todo el tiempo que estuviera en Savina?

—Eso no es… —Clara intenta acercarse, pero yo levanto una mano y le freno—. Silvia y yo no tenemos nada…

Viktor carraspea a su espalda, mis ojos se cruzan con los suyos y sé que no me está diciendo la verdad.

—No voy a permitir que me mientas, Clara —replico—. Ni a ti, ni a nadie. Ya no.

—Pero Ani…

—Sarah y yo volveremos a Valencia mañana —digo sin más—. Así tendrás el camino libre y podrás seguir con tu vida —añado—. Al final es allí donde tengo mi vida, ¿no?

Cuando quiero darme cuenta de qué es lo que estoy haciendo, las calles de Savina me acogen en una carrera que cada vez es más rápida. Me siento decepcionada, rota, herida, desgraciada. Lo único que quiero en este momento es encerrarme en mi dormitorio y gritar contra la almohada hasta que las fuerzas y la rabia desaparezcan. Sin embargo, Clara interrumpe mi ritmo y me abraza tan fuerte que me impide continuar.

—¡Suéltame! —grito a pesar de estar en medio de la calle.

—Cuando te calmes y me dejes hablar, lo haré. —Clara me susurra y me sujeta entre sus brazos mientras que me revuelvo tratando de deshacerme de su agarre—. No sé qué es lo que has escuchado, pero…

—¡Pero nada! —exclamo dolida—. Te conté que Marcos me engañaba, que me tragué sus mentiras hasta que lo descubrí. Y tú… tú has sido incapaz de decirme que tienes una relación con esa tal Silvia, ¿cuándo pensabas decírmelo?,¿la próxima vez que nos acostásemos?

Clara afloja la fuerza y me aparto de ella.

—Si tenías miedo a que te dejase aquí y volviese a Valencia, ¿por qué no me lo dijiste?

Me mira y sé que es incapaz de responder porque sus ojos verdes se tiñen de miedo y confusión. Suspiro y me llevo una mano a la cabeza para apartarme el pelo e intentar calmarme.

—Creo que nada de lo que pase entre nosotras hará que te olvides de lo que pasó —le digo con una frialdad que tan solo usaba ante Marcos—. Así que será mejor que lo dejemos aquí.

—Anabel, espera, por favor, déjame hablar.

—No, Clara —niego con fuerza—. Ha sido increíble volver a verte y… —Un nudo se me ancla en la garganta y las lágrimas amenazan con bañarme la cara—. Es mejor que lo dejemos cuando todo está bien entre nosotras, ¿no? —Sonrío a pesar de estar rota por dentro—. Espero que algún día rompas con tus miedos y consigas ser feliz de verdad. Porque te mereces tener todo lo que siempre has soñado.

Hay cosas que duelen mucho más que el hecho de que te rompan el corazón, como las mentiras, la decepción y la falta de sinceridad. Savina se desmorona ante mis ojos como un castillo de naipes ante una ráfaga de aire y el encanto que tenían sus calles se transforma ahora en un infierno que me quema y me prohíbe respirar.

Y una vez que empiezo a caminar dejando a Clara atrás, me doy cuenta de algo que había pasado por alto a causa de toda la emoción sentida y ese pasado que despertó de golpe en nuestro corazón. No somos las mismas que fuimos una vez y lo único que acabaremos descubriendo será que somos dos extrañas unidas por un pasado común que murió con el tiempo.

Creía que mis pasos me llevarían de vuelta a casa, pero no ha sido así. Veo cómo la luna brilla acompañada de un centenar de estrellas que tintinean, tiemblan y destellan como lo hace el mar en el horizonte. Savina duerme, no se escucha otra cosa que no sea el sonido de las olas o el de los árboles de la zona meciéndose gracias a la brisa que se ha levantado hace unos minutos.

Desde que llegué al mirador y me apoyé en él, los momentos más importantes de mi vida han pasado frente a mis ojos como un álbum fotográfico. Instantes de la infancia vivida junto a mi padre, esos días pescando en el espigón del puerto junto a él o de las caminatas por la sierra. Momentos con mi madre entre las flores en el jardín. Horas, días y minutos completos vividos con mis amigos, con Clara…

Durante mi infancia se forjó mi carácter, pero no fue hasta mi adolescencia que tuve que enfrentarme a la realidad que me esperaba más allá de los límites conocidos. Sin embargo, no fue hasta que fui adulta que tuve que enfrentarme a ella, a luchar contra la marea, a combatir sus cambios y sobrevivir, mejor o peor, a cada guerra. Me hice más dura y menos dócil, mi piel se hizo impermeable y mi corazón se forró de hierro para no dejar salir nada, pero tampoco entrar. Me impedí a mí misma sentir y, a la vez, prohibí que nadie

entrase dentro de mí. Así fue hasta que llegué a Savina y caí de lleno en el paraíso escondido en los ojos de Clara.

Cuando llegué al pueblo, en lo último que pensé fue en que nuestra relación reviviría de entre las cenizas de aquella hoguera que se fue apagando con el tiempo. Necesitaba un lugar al que escapar, en el que refugiarme, en el que recuperar esas energías que agoté durante años y, sobre todo, un espacio en el que recoger fuerzas suficientes para abrir mi alma y contarle a Sarah toda la verdad. Pero la vida es así, impredecible e inexplicable. No la podemos sujetar, ni controlar, ni imaginar, y tan pronto como puse un pie en Savina besé los labios de Clara y toqué su piel, perdí el control y también la razón. Y, entre tantas pérdidas, pasé por alto que no he sido la única que ha estado viviendo su vida todos estos años.

Ha pasado más de media hora desde que dejé a Clara y me arrepiento de haberlo hecho porque me comporté como una adolescente enfurecida. Soy consciente de que mis experiencias con las mentiras y la desconfianza provocaron que estallase como un volcán, pero no era la forma ni el modo de hacerlo. Porque yo también tengo miedos y sé que es difícil dejarlos atrás. Porque hemos aprendido a través del dolor a seguir adelante y las dos estuvimos demasiado tiempo separadas como para creer que seguimos siendo las mismas que fuimos.

Mi padre, antes de morir, me dijo que uno no puede caminar atrás en el tiempo, que este avanza y que una vez que lo hace, ya no se puede recuperar. Lo mismo sucede con la vida, que sigue adelante sin que podamos echar el freno cuando más necesitamos. Pero hay una cosa que sí que podemos rectificar, y son las elecciones que tomamos. Y, en mi caso, no he elegido bien desde hace demasiado tiempo.

Dejando atrás el mirador y la luna que marca mi camino de vuelta a casa, me he propuesto empezar a tomar decisiones positivas a partir de ahora y, para lograrlo, debo rectificar algunas cosas, y la primera de todas es huir de Valencia y abandonar mi hogar por todo lo que viví entre sus paredes. Aunque no tengo idea de cómo me sentiré una vez que cierre la puerta tras mi espalda y los recuerdos choquen con mi corazón.

Un suspiro es lo último que echo fuera antes de atravesar la cortina de cuentas que separa el exterior del interior de una casa en la que crecí siendo libre, amada, respetada y cuidada, y cruzarme con la mirada curiosa de Sarah.

—Mamá, ¿dónde estabas? —pregunta poniéndose en pie para acercarse a mí y abrazarme—. No has contestado mis mensajes y

estaba preocupada.

—¿Me has enviado mensajes? —Confusa, busco mi teléfono en el bolsillo trasero de las bermudas que llevo puestas y me fijo en todas y cada una de las notificaciones, encontrando varias de Clara en el camino—. No llevaba puesto el volumen y bueno… —Sarah levanta una de sus cejas cuando se separa y ese gesto pone me saca una sonrisa.

—Siempre me dices que mantenga el volumen del teléfono en alto y vas tú, y haces lo contrario…

—Todos podemos cometer un error en algún momento, ¿no es verdad? —pregunto con curiosidad antes de sentarme en el sofá del salón—. ¿Qué hacías despierta? ¿No es demasiado tarde?

—Sí, bueno… estuve hablando con Dani y no me di cuenta de la hora —responde—. ¿Tú dónde estabas? ¿Fuiste a ver a Clara? —Una vez que escucho su pregunta, me acomodo entre los cojines y me muerdo el labio sin saber qué responder a pesar de que la respuesta es muy sencilla—. Mamá —insiste—. ¿Todo está bien?

Afirmo y un par de segundos después, niego y mis lágrimas brotan sin que pueda controlarlas. Ante mi necesidad, la abrazo refugiándose en su calor, aspirando su olor y empapándome de su energía. A cambio, ella me corresponde, guarda silencio y golpea suavemente mi espalda como yo lo hacía con ella cuando lloraba siendo un bebé; un gesto dulce y tierno que me invita a sonreír a pesar de lo confusa que me siento.

—¿Qué es lo que ha pasado para que estés así? —pregunta después de verme más tranquila.

—Nada, simplemente… —suspiro y me seco las lágrimas—. Que tu madre es un poco estúpida y ha dicho cosas que no debería haber dicho.

Sarah me mira, sube sus piernas al sofá y las cruza para apoyarse en ellas y esperar que le cuente mucho más. Está dispuesta a escuchar y es la primera oportunidad que tengo desde que nació de abrirme de par en par a ella y hablarle incluso de mis propios miedos.

—Hoy mis miedos han tomado el control de mi boca y… —Me encojo de hombros—. Ya sabes que fui a ver a Clara. Imaginé que estaba en Delicias, así que fui directamente hasta allí y cuando llegué estaba hablando con Viktor —comienzo a contar—. Lo único que recuerdo de toda la conversación es que…

—¿Qué…? —pregunta—. Mamá, no puedes estar escuchando las conversaciones de otros a escondidas —dice muy madura y me sujeta

de las manos—. ¿Qué escuchaste que fue tan malo?

—No importa lo que escuché… —Me llevo la mano a la cara para apartar los mechones de pelo que me caen sobre los ojos—. Sino cómo reaccioné y cómo lo expresé —admito—. Todo el dolor y la decepción que sentí a causa de las mentiras de tu padre salió de mí y lo hizo contra Clara. Ni siquiera le di la oportunidad de hablar y explicarse. Sólo sé que me sentí engañada de nuevo y no pude enfrentarme a ello.

Por cómo me mira sé que se ha dado cuenta de que no le he contado todo.

—Ya sé de quién heredé mi carácter también… —Su comentario me arranca una risa y gracias a ella mis emociones se serenan—. ¿Y no deberías disculparte?

—No creo que pueda mirarla a la cara —confieso—. Pero está bien, no te preocupes. Creo que lo que ha pasado esta noche nos ayudará a las dos a despertar… —Sarah no deja de mirarme y levanto una mano para acariciar su mejilla—. Creo que volveré a Valencia unos días. Necesito dejar atrás mis miedos y tomarme un tiempo a solas.

—¿Estarás mucho tiempo?

—No lo creo, pero… quiero que cuides de la abuela y disfrutes de estos días, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré… ¿Qué le digo a Clara si pregunta por ti?

—Nada. Necesito estar sola unos días…

—¿Segura?

—No del todo, pero estaré bien —respondo con franqueza—. Y ahora, vamos a dormir. Me iré mañana a Valencia a primera hora.

—Está bien, pero… espera. —Se levanta y camina por el salón hasta el aparador donde mi padre guardaba muchos de sus artilugios para la pesca—. El día que salí con Clara a dar una vuelta por Savina, me llevó a un lugar que te gustaba mucho cuando eras pequeña —dice y vuelve con un regalo entre las manos—. Quería habértelo dado antes pero se me olvidó y…

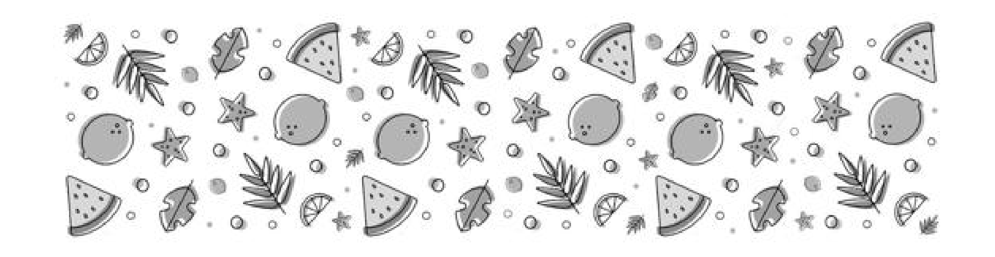
Una vez que lo sujeto y abro la caja, una figurita de un pez limón se muestra ante mis ojos y vuelvo a llorar.

—Clara me dijo que era tu favorito…

—No sé cómo puede acordarse de estas cosas.

—Supongo que lo que forma parte de la persona que amamos nunca se olvida.

Y así, con la frase de Sarah dando tumbos por mi mente, paso mi última noche en Savina antes de regresar a Valencia. Tengo el corazón roto, el miedo me recorre la piel y las dudas, cada vez más profundas, cuestionan cada una de las decisiones que debo tomar y que sé que cambiarán todo el rumbo de nuestras vidas.



CAPÍTULO 23
EL MIEDO ES TU PEOR ENEMIGO

CLARA



❝Siempre se les ha temido a los rincones oscuros por ser los lugares en los que el peligro amenaza. Pero jamás nos advirtieron de que el peor de los enemigos se encuentra cuando nos miramos a nosotros mismos y observamos nuestro reflejo en el espejo.❞

Ayer, después de lo sucedido con Anabel, Viktor me acompañó a casa. El cuerpo me pesaba tanto que lo único que conseguí hacer fue darme un baño de agua fría y sentarme en el sillón que queda junto a la ventana. Me atormentó durante toda la noche la conversación con Anabel; fue duro verla tan rota, saber que esas lágrimas eran por mi culpa y ser incapaz de dar un paso al frente. Al final acabé con la mirada perdida en la oscura estampa de la sierra bajo la noche.

Llevo tantas horas sentada aquí que he perdido la noción del tiempo y la verdad es que no me importa. Ni siquiera me he preocupado de que mi padre se haya despertado o de que Pablo se haya acordado de darle los medicamentos que guarda en su mesita de noche. En lo único que no dejo de pensar es en lo que dijo Anabel antes de irse, en que jamás seré capaz de olvidar que un día me dejó y que eso me rompió el corazón. Nunca me había considerado una persona rencorosa, pero me he dado cuenta de que lo soy a pesar de que le dije que no debía preocuparse ni disculparse por seguir adelante con su vida. Ahora me siento como una estúpida porque Anabel tiene tanta razón que me avergüenzo de mí misma.

Afuera, Savina continúa con su ritmo habitual. Los pájaros cantan,

los árboles de la sierra se mecen por el viento que se ha levantado y mis pensamientos se remueven recordándome lo que sentí aquella mañana cuando la tuve pegada a mi piel como si el tiempo no hubiese causado estragos en nuestras vidas. Me sentí completa, segura, libre y enamorada. Incluso mi corazón saltaba de la alegría mientras que mis manos no podían apartarse de ella. Sé que quise quedarme ahí toda la vida, pero la inseguridad me atacó cuando me paré a pensar que nuestros días estaban contados y que todo terminaría una vez que ella volviese a Valencia de nuevo. Me cagué del miedo y esa fue la razón por la que ni siquiera la he buscado todos estos días desde aquello.

No es fácil seguir adelante cuando te rompen el corazón, pero aún empeora el hecho de perder a tu mejor amiga, a tu compañera de vida, a tu alma gemela y tu media mitad. Anabel era todo eso para mí, y el día que se montó en el coche de sus padres para mudarse a Valencia, mi vida y toda mi rutina cambió. Me encontré sola, sin nadie con quien hablar, sin nadie que fuese como yo y me comprendiera, sin esa persona con la que había crecido y vivido, sin ella y sin todo lo que se había llevado de mí consigo. Recuerdo que el último año de instituto fue horrible, que lo acabé de milagro y que me rendí ante los estudios porque sabía que no iba a poder ser capaz de centrarme en ellos. Mi sueño de convertirme en una gran chef se rompió porque me sentía insegura y no me veía capaz de hacer algo sin la presencia de Anabel a mi lado. Continuar mi vida sin ella fue horrible y tuve que acostumbrarme a ello a base de golpes.

Pocos meses después de haber terminado el instituto, a mi madre le diagnosticaron su enfermedad y a partir de ahí, todo mi tiempo se centró en ayudarla en la pastelería y en echar una mano en casa. El tiempo pasó y cuando cumplí los veinte, conocí a Viktor y esa soledad que llevaba conmigo fue menos gracias a él. Tenerlo conmigo me ayudó a abrir los ojos, a centrarme y a buscar mi felicidad en las pequeñas cosas del día a día. Su presencia avivó mis sueños y fue gracias a él que la pastelería de mi madre se convirtió en Delicias. Él fue esa mano en la que me apoyé en momentos donde no lo soportaba más, la persona que me abrazó cuando mi madre estaba a punto de morir y quién estuvo conmigo cuando la enterramos.

Admitir que soy débil no es fácil. Tampoco lo es afirmar que me aterra estar sola. Nunca le dije a Viktor que Silvia y yo empezamos a «salir» porque me aproveché de que estaba borracha para calmar mi soledad. Ni siquiera me acuerdo de cómo fue, simplemente recuerdo tenerla sobre mí, disfrutando de sus caricias mientras que contenía las lágrimas y me decía a mí misma que todo iría bien.

Sé que he sido egoísta, que tan solo he pensado en mí, que todo lo

que he hecho en los últimos años ha resultado ser fruto de mi miedo y que no puedo seguir así. Pero una cosa es saberlo y otra, tener idea de cómo cambiar y mejorar al respecto.

Con lágrimas en los ojos y una sensación extraña rodeándome el cuello, me veo interrumpida por un par de golpes en la puerta de mi dormitorio. No tengo ganas de charlas, tampoco de visitas, así que ni siquiera me tomo un momento para responder; quiero pensar que Pablo o mi padre creerán que estoy dormida, pero una vez que escucho que la puerta se abre y es Viktor el que aparece tras ella, siento que ya no tengo escapatoria.

Y en efecto, es así, porque una vez que él me mira, me rompo en mil pedazos y el mundo se me cae a los pies.

......

Viktor ha conseguido que salga del dormitorio y lo acompañe al salón. Según me ha dicho le ha pedido a Pablo que llevase a mi padre un rato a dar un paseo por el campo. No sé cómo agradecerle que haya pensado en ello, ni cómo darle las gracias por no dejarme sola en un momento así. Quiero ser capaz de decir algo, de serenarme y pensar fríamente las cosas, pero soy incapaz de hacerlo, y creer que es posible que haya borrado todas mis posibilidades con Anabel no mejoran las cosas.

Desde que llegó, no ha dicho una sola palabra, pero sé que está esperando el momento perfecto para lanzármelas a puñados, como hace habitualmente. Siempre lo he considerado la voz de mi conciencia porque me ayuda a colocar en orden mi cabeza cuando, por ejemplo, me vuelvo loca entre tanto pensamiento.

—Toma, es una tila, te hará bien.

Viktor, que me había dejado a solas en el salón para ir a la cocina, reaparece con una taza que deja entre mis manos. Se sienta en el sofá con el gesto confuso, se acomoda en el respaldo y espera a que beba de la taza como lo haría mi madre. Ni siquiera hemos hablado, sé que debo ser yo la que lo haga primero, pero no tengo idea de por dónde empezar así que bebo.

Fuera, el aire se ha calmado y van y vienen unas nubes haciendo el efecto de que, en el interior de casa, la luz suba y baje constantemente. De repente tengo frío, y esa sensación provoca que me encoja y suba las piernas al sofá en busca de calor. El mismo que me gustaría encontrar entre los brazos de una mujer que posiblemente

ya se esté montando en un coche para volver a esa ciudad que la vio convertirse en la persona que hoy es.

—Gracias por venir a verme, Viktor… —susurro casi con miedo—. Si no llegas a hacerlo, creo que no hubiese salido de mi dormitorio durante semanas.

—Era lo que me temía. —Respira profundo y suelta un bufido que llama mi atención—. Me contaste que la última vez que Anabel te dijo adiós, te encerraste en tu cuarto durante mucho tiempo. Así que supuse que actuarías de la misma manera.

—¿De la misma manera? —pregunto confundida.

—Sí. —Se cruza de brazos—. Tenías dos opciones: La primera, actuar como lo haría la Clara del pasado —enumera elevando su dedo índice—. La segunda, comportarte como una persona adulta que es capaz de reconocer sus errores, que sabe que el primer paso es pedir perdón y que no dejaría escapar a la mujer que ha amado toda su vida por el simple hecho de que le aterra que la abandonen.

Las palabras de Viktor se me clavan dentro y me hacen sentir como una niña recibiendo una regañina de su padre. No necesita decir que me he comportado como una cría, porque sí, lo he hecho; sin embargo, me duele que sea tan duro conmigo y ese dolor, se convierte en enfado.

—No necesito que vengas a darme el sermón, ¿sabes?

—¿No? —pregunta con ironía—. Tu madre no está aquí, pero te prometo que ella diría que es lo único que hará que levantes el culo del sofá y vayas a buscar a Anabel antes de que se monte en el coche y desaparezca para no volver más.

Por primera vez, durante el tiempo que nos conocemos, Viktor me levanta la voz y me gruñe como lo haría un perro rabioso. La mención a mi madre me atraviesa el corazón y mis ojos viajan directos hacia esas fotografías que están sobre el aparador.

—Y déjame preguntarte algo —comenta rompiendo mis pensamientos—. ¿Cuántas oportunidades has tenido de visitar Valencia e ir a buscar a Anabel?

Una tras otra, empiezan a amontonarse todas esas ocasiones en mente y mis ojos caen fruto de la verdad. Me centré en la idea de que ella se había ido y era la que debía volver, pero yo tenía que haber luchado por lo que quería y Anabel era la persona que más quería y necesitaba.

—Olvídate del pasado, Clara —susurra ofuscado—. Si no lo haces,

vas a perder muchas más cosas que a Anabel. Aunque, si te das algo de prisa, es posible que aún tengas una pequeña posibilidad de arreglar las cosas con ella.

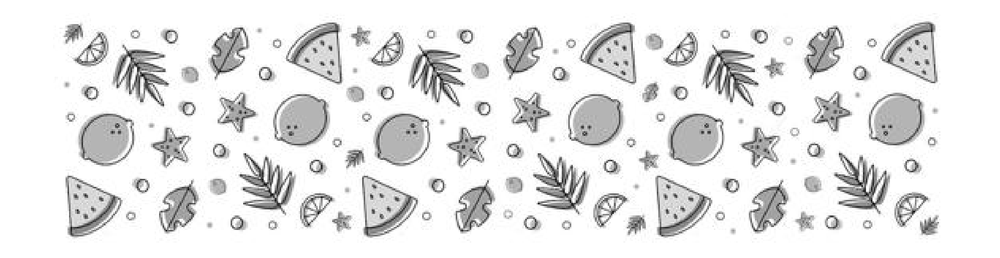
—¿Aún no se ha marchado?

—Sarah sigue en casa de sus abuelos, así que imagino que no.

Viktor niega y su respuesta se transforma en un calambre que repentinamente me pone en pie y me obliga a correr. El miedo no se ha marchado, sigue clavado en mi corazón como una flecha, pero, tan pronto como entro en mi dormitorio y me cambio de ropa, me doy cuenta de que es mi único enemigo y no puedo dejar que me prohíba ser feliz.

No cuando tengo la oportunidad delante de mis propias narices para conseguirlo.

No cuando el destino me ha devuelto a la persona con la que siempre quise estar.



CAPÍTULO 24
SI QUIERES ALGO, NO LO DEJES ESCAPAR

CLARA



❝No te dejes engañar por lo que dicen los demás, las oportunidades llegan muchas veces en la vida pero, tan solo tendrás una para lograr ser realmente feliz.❞

Siempre me he considerado buena corredora. Mi pasión por este deporte nació en el colegio, cuando el profesor organizaba esas salidas por el pueblo en las que teníamos que llegar a un punto concreto en el menor tiempo posible. Ahí descubrí que era buena para ello, que disfrutaba, que me hacía sentir bien, y al final se convirtió en una actividad que uso para calmar mi frustración y mantenerme un poco en forma.

Las nubes, que antes se movían en el cielo privándonos a ratos de la luz, han acabado formando parte de una tormenta que ruge en el cielo como un volcán a punto de explotar. Siempre me han aterrado las tormentas, pero no puedo permitirme tener miedo ahora, no cuando necesito correr y alcanzar a Anabel antes de que se le ocurra montarse en el coche y regresar a Valencia de nuevo. Sé que es posible que ella no quiera verme ni escucharme ni perdonarme, pero no me importa, no puedo permitir que se marche sin abrirle mi corazón y explicarle cómo me siento.

Tengo suerte de que el espacio que separa la casa de mis padres de la de los suyos no es tan largo como parece. Lo único que tengo que conseguir es llegar antes de que las calles de Savina se conviertan en una pista de patinaje a causa de la lluvia, porque de no ser así, tendré

que caminar a pasos cortos y tardaré mucho más de lo que quiero.

No dejo de preguntarme por qué he sido tan estúpida. Me he pasado toda la vida dejando que mis miedos controlasen cada una de mis decisiones y si no llega a ser por la llegada de Anabel y el golpe de realidad de Viktor, aún estaría dejando en ellos el destino de mi vida. Me siento idiota, tan decepcionada conmigo misma que no me extraña que Ani se molestase tanto. Yo habría actuado peor y no tendría ganas ni de mirarme a los ojos.

He dejado mi casa hace minutos con Viktor y Pablo mirándome desde la puerta. Nunca estaré lo suficientemente agradecida por tenerlos en mi vida y que se hayan convertido en dos de mis pilares fundamentales.

Una de las cosas «buenas» que trajo la enfermedad de mi madre es que mi relación con Pablo mejoró. Desde que se marchó a Valencia desconectamos el uno del otro y su vuelta supuso regresar a esos años en los que no podíamos separarnos. Le echaba de menos. Sobre todo su humor tan pícaro, divertido y capaz de arrancarte una risa entre lágrimas. Sus abrazos y su costumbre de ejercer de hermano mayor cuando eso me corresponde a mí.

(...)

—¿Reunidos? ¿Hablando de mí otra vez?

Pablo, que hasta hace minutos se encontraba con su padre en la terraza trasera de la casa, apareció en el salón para romper la conversación que Viktor y su hermana llevaban. La pelirroja había encontrado las fuerzas suficientes para ir a buscar a Anabel y confesarle toda la verdad.

—Ahora ya no. Tu hermana se va. —Viktor, que no pudo evitar recorrerlo con su mirada, le dedicó una sonrisa y se apartó de su mejor amiga para acercarse al hombre que se ocupaba de darle vuelcos a su corazón—. Tiene que ir a recuperar a la mujer de su vida. Deberías darle ánimos.

—Creía que nunca te animarías a hacerlo, hermanita. —Rodeó a Clara entre sus brazos y después, la miró a los ojos—. Y no me mires así. Sé reconocer cuando hay dos personas enamoradas a mi lado.

—Lo dice el que va de uno a otro y es incapaz de encontrar el suyo... —susurró ella con una media sonrisa.

—¿Quién dijo que no lo haya encontrado ya? Sabes que no me gusta lo fácil.

Viktor, que estaba a un par de pasos del lugar en el que se encontraban ambos, abrió los ojos sorprendido por la respuesta.

—No cometas el mismo error que yo y haz lo que debas hacer de una vez, ¿me escuchas?

Clara se marchó dejando a la pareja atrás, deseando que en algún momento, fuesen maduros y enfrentasen la verdad que tenían delante: uno por miedo y el otro, porque le gustaba demasiado el jugueteo.

(...)

El cielo se ha bañado en tonos grises y los truenos siguen escuchándose. Es típico que en esta zona del mediterráneo se formen tormentas de esta clase; a veces rompen en lluvia y otras, amenazan con hacer temblar los cimientos de las casas. Debería de estar ya acostumbrada a ellas, pero los traumas no se olvidan y recuerdo bien los incendios que azotaron Savina un par de años después de que Anabel se fuera. Y, sobre todo, a Jackie, mi perro, que murió en aquella época.

Mientras que bajo a trote las primeras escaleras con las que me encuentro, no dejo de pensar en qué le voy a decir a Anabel. Sé que debe ser la verdad, pero aún no sé por dónde comenzar. Me he pasado años echándole la culpa de mi soledad y la verdad es que tampoco luché para que eso cambiara; me conformé, sufrí y dejé que el dolor formase parte de todas las decisiones que tomé a partir de ahí. Yo misma me he boicoteado, y lo he hecho siempre. Eché fuera de mi vida a las personas que se acercaron a mí por miedo a sufrir otra despedida y esa es la razón por la que me he pasado todos estos años sola. Ella no tiene culpa de nada.

Creo que el corazón se me va a salir del pecho cuando en la última sección de escaleras se me tuerce el pie y caigo de rodillas. El dolor es intenso e inmediato, pero rápidamente me levanto y sigo corriendo sin importarme la molestia constante que siento al avanzar. No puedo perder ni un minuto, no cuando todo mi futuro depende de ello.

Parece que el aire regresa a mis pulmones cuando, a lo lejos, vislumbro la casa de los padres de Anabel y los recuerdos me llevan de la mano hasta ese pasado en el que recorríamos juntas este tramo después de las clases, a esos días en los que pasábamos las tardes recorriendo Savina o a ese momento en el que todo cambió y protagonizamos la primera despedida en la que sentí que no quería separarme de ella.

Mi vida junto a Anabel pasa corriendo ante mis ojos y se mezcla con los últimos instantes vividos, con aquel beso junto a la playa y aquella mañana enredadas en mi cama. Pienso en las mujeres que han pasado por mi vida, en cómo mi miedo acabó convertido en un trauma que intenté ocultar por su compañía y en cómo Silvia se sumó a esa lista que creí que crecería mucho más y que se quedó en nada cuando Viktor me avisó de que An había regresado al pueblo.

Un par de minutos y la puerta principal es lo único que me separa de ella. Apoyo una mano sobre la madera azul y cierro los ojos como si pudiese sentir los latidos de su corazón rozando las yemas de mis

dedos. Sonrío porque, sin tenerla delante, puedo escucharlos y, cuando estoy a punto de tocar el timbre para avisar de mi llegada, esta se abre y me encuentro con la mirada preocupada y triste de Sarah.

—Si vienes a buscar a mamá, no está —dice sin permitirme que dé un paso hacia el interior de la casa—. ¿Se puede saber qué le has hecho?

—Nada y todo —respondo dando un par de pasos hacia atrás. Siento que el agotamiento de la carrera y el peso de mi corazón cae sobre mi cuerpo como un montón de piedras que me obligan a doblarme—. Me siento tan estúpida, yo… —Las lágrimas inundan mis ojos y, por primera vez en mucho tiempo, dejo que estas rocen mis mejillas y caigan como dos cascadas sobre mi piel—. Siento todo esto, Sarah. No pretendía hacerle daño.

—Pero se lo has hecho.

De pronto, rompe a llover. Por un instante parece que el cielo está en sintonía con mis emociones, porque es tanta la tristeza que me baña por dentro que un nudo se me ata a la garganta y me obliga a respirar profundo.

—Mira, Clara. —Sarah abre más la puerta y se apoya en el marco de la puerta para cruzarse de brazos. No veo a Anabel por ninguna parte y Maite me mira desde la cocina con el gesto dolido—. Yo no sé qué es lo que ha pasado, ni qué ha provocado que mi madre se haya marchado a Valencia con tanta urgencia, pero has tenido que hacerle demasiado daño para que quiera abandonar el único lugar en el mundo en el que la he visto sonreír de felicidad.

La sinceridad y la frialdad de Sarah me recuerdan tanto a la de su madre que me es inevitable imaginarla caminando por las calles de Savina en un futuro.

—Siento todo esto, yo no quería —comento sin tener idea de qué más puedo decir—. No pretendía dañarla de esta manera. Yo solo…

—Tenías miedo a que volviese a suceder lo que pasó en el pasado, ¿no? —asiento con la cabeza porque soy incapaz de formular una frase más—. ¿Y por qué no se lo dijiste a mamá? ¿Por qué le ocultaste que estabas aterrada? ¿Por qué no le dijiste que estabas insegura en vez de hacerle creer que todo estaba bien? —pregunta ella a la vez que Maite aparece y me mira a los ojos—. Sabes que mamá ha sufrido mucho por las mentiras de papá, y vas tú y le mientes también.

—Sarah, ve arriba, deja que hable con Clara.

Maite nos interrumpe y, a pesar de que Sarah quiere quedarse, al

final, acepta la petición de su abuela y se marcha sin dedicarme una mirada. Quisiera decirle que lo arreglaré, que no sé cómo lo haré, pero que lo lograré; aunque prefiero no prometer nada sin estar segura de qué es lo que pasará.

La lluvia cae pesadamente y agradezco encontrarme bajo el porche, porque de no ser así, me habría calado hasta los huesos. Hace frío, la rodilla me duele a rabiar, pero nada de eso me importa ahora porque en lo único que pienso es en Anabel.

—¿Quieres pasar? —Maite se hace a un lado y me ofrece pasar al interior de una casa que conozco bien—. Necesitamos hablar y este no es el lugar para hacerlo.

Y acepto porque, como bien dice, necesitamos hablar y eso nos llevará demasiado tiempo.

Una vez dentro y sentada en el sofá del salón, mis ojos reparan en una decoración que no ha cambiado. Todo sigue igual a como lo recordaba, tan solo han cambiado algunos muebles y detalles que no rompen un pasado que aquí dentro parece haberse estancado.

—Antes de que digas nada, quiero que escuches algo. —Maite se sienta a mi lado y se gira para quedar frente a mí—. Cuando nos mudamos, Ángel y yo lo hicimos pensando en el futuro de Anabel —dice con un tono de pesar en su voz—. No imaginábamos que apartarla de ti, de sus amigos y de su vida en Savina provocaría tanto mal en ella, pero lo hizo y durante meses, su padre y yo tuvimos que soportar sus desplantes, su crueldad y su frialdad. —Se levanta para coger una fotografía vieja de An y traerla consigo—. Anabel se convirtió en una rebelde que se dedicaba a todo menos a estudiar, que nos hizo malgastar dinero tontamente, que nunca nos obedecía, que salía de noche y nunca cumplía con sus horarios… —murmura recordando ese pasado que yo no tuve la oportunidad de vivir.

La lluvia no cesa, al contrario, cada vez es más fuerte y la escucho golpear contra las ventanas de un lugar que parece un paraíso lleno de recuerdos para mí.

—Su padre y yo estábamos agotados, así que un día llegamos al límite y nos rendimos. Dejamos de luchar contra ella y le dimos la oportunidad de manejar su vida como quisiera —dice mirándome a los ojos—. Le dijimos que, a cambio, ella misma tendría que hacerse cargo de sus gastos y sus estudios. Nunca le iba a faltar comida y una casa, pero lo demás tendría que lograrlo por sí sola.

—Maite, no sé qué tiene que ver eso conmigo…

Ella coloca una de sus manos sobre mi brazo y con ese gesto me

pide que tenga paciencia.

—Lo único que le pedimos fue que estudiase una carrera universitaria, que si quería ser escritora, que lo fuese, pero que buscase algo a lo que sujetarse económicamente —comenta en un tono más tranquilo—. Después de muchos esfuerzos, encontró en la universidad una carrera que la ponía en comunión con su amor por la literatura, y allí volvió a coincidir con Marcos.

—Así que fue ahí donde se reencontraron —comento a la vez que dejo ir un suspiro—. Aunque de pequeños se llevaban bastante mal. Es extraño cómo cambian las personas con los años, ¿no? —Maite desvía la mirada hasta la fotografía y suspira también.

—Lo cierto es que te debo una disculpa, Clara —responde y, ante la confusión, no puedo evitar mirarla a los ojos—. Os descubrí a ti y a mi hija en una situación en la que dos amigas jamás estarían y actué presa de pensamientos que ahora me avergüenza haber tenido —confiesa—. Fui quien provocó que os separaseis y la que ocasionó que Anabel sufriera todos esos años. Sí, fui yo quien la llevó a los brazos de Marcos y la impulsó a que aceptara casarse con él a pesar de ser consciente de que nunca sería del todo feliz…

Los ojos de Maite se llenan de lágrimas y sé que se arrepiente tanto de haber obrado de aquella manera que mi corazón se encoge y me es imposible no ponerme en pie e ir a la cocina a buscar un papel con el que poder secarle todo ese dolor que se desliza por sus ojos. Por mi parte, intento asimilar todo lo que me ha dicho para unir todas las piezas de una historia en la que Anabel y yo somos las protagonistas.

—Así que os la llevasteis porque no querías que tu hija tuviera una relación con otra mujer, ¿no? —pregunto de la forma más calmada posible, ella afirma y me llevo las manos a la cabeza—. ¿Creías que estábamos locas o enfermas? Espero que lo que pasase entre nosotras no tuviera que ver con las habladurías que corrieron por el pueblo, porque mis padres tuvieron que escuchar barbaridades sobre mí. Fue muy doloroso para todos, ¿sabes? Incluso para Pablo, que en aquella época era muy pequeño para entender qué pasaba.

—Yo… lo siento, Clara…

—Esto es increíble. —Antes de que Maite pueda frenar mis pasos, me incorporo del sofá y me pongo en pie. El corazón me late con tanta prisa que creo que me va a explotar—. ¿Anabel lo sabe? —Maite asiente y niego llevándome una mano a la frente—. No sé cómo pudiste hacer eso…

—Porque tenía miedo a que Anabel sufriera —responde sin tomarse un momento para pensar—. Mis miedos fueron los que dictaron mis

actos —añade poniéndose en pie para sujetar mis manos—. Tardé muchísimo en darme cuenta de que, en vez de ayudar a mi hija, lo único que había logrado era que fuese infeliz. Cada una de las decisiones que tomé le arrastraron hacia el sufrimiento que ha estado viviendo todos estos años y me arrepentí tanto de ello que, cuando Marcos murió, supe exactamente qué hacer y qué decirle para volviese a ser ella misma.

—Fue por ti que volvió a Savina, ¿verdad? —me confirma con la mirada—. Después Sarah me contó todo lo que había encontrado en el diario de Anabel y ambas organizamos todo lo demás. —Maite levanta una de sus manos y me sujeta la mejilla con cariño—. Es posible que mi hija pueda vivir una vida feliz lejos de aquí, pero nunca la he visto tan feliz como lo ha sido estos días que ha compartido contigo.

—Pero ahora se ha ido… —susurro en un estado de confusión tan fuerte que no hay forma de que pueda encontrar una solución a todo esto.

—Pero aún existe una oportunidad… —dice ella—. Si es que la quieres utilizar.

(…)

—Respóndeme a una cosa….

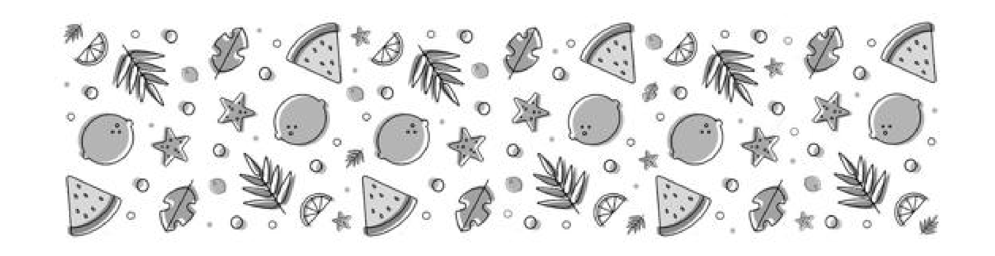
—¿Cuál?

—¿Crees en las segundas oportunidades? —Anabel la miró a los ojos y quiso creer que lo que escuchó, fueron los latidos desbocados de su corazón galopando en su pecho.

El tiempo se paralizó y un suspiro largo, fue el que precedió una frase que guardó en su corazón para hacerla suya por siempre.

—Creo que las oportunidades se dan en momentos especiales y concretos, y que debemos atraparlas con las manos cuando se presentan…

(…)



CAPÍTULO 25
EL SABOR DE LA DESILUSIÓN

ANABEL



❝La decepción y la desilusión duelen más que un corazón roto.❞

Hace cosa de unos días, Sarah y yo estuvimos hablando de lo que haríamos después del verano. Acordamos que volveríamos juntas a Valencia para poner en orden nuestra vida, que recogeríamos todas las cosas y que encontraríamos un lugar nuevo dónde vivir y ser felices. No le dije que, ahora que mi relación con Clara estaba bien, quería darme la oportunidad de disfrutarla, pero no hizo falta porque ella misma lo supuso sin que yo le comentaste nada.

Ahora, tras adelantarme a nuestras decisiones, estoy aquí, y no sé cómo explicar cómo me siento. He sido incapaz de atravesar la puerta de mi hogar —a pesar de querer hacerlo—, y he huido a casa de mis padres corriendo. Volver allí ha supuesto regresar a una cárcel que ahora veo como extraña. No hay nada de mí en ella, su estilo minimalista y sus espacios pintados de blanco, gris y negro la hacen parecer más una oficina que un hogar. Me da lástima que Sarah se criase en un lugar tan frío y alejado de calidez, pero ahora eso ya no tiene remedio y debo dejar de pensar en ello y centrarme en lo que realmente importa.

Tras la muerte repentina de mi marido, dejar mi trabajo en la editorial supuso el siguiente paso para liberarme por completo de la vida que me había convertido en una mujer infeliz. Ahora que no tengo nada más que hacer que centrarme en mí misma y cuidar de Sarah, no dejo de pensar en todas las cosas que alguna vez quise hacer, como acudir a sesiones de yoga, apuntarme a algún cursillo de

pintura o escribir mi propia novela.

El miedo a que mis enfrentamientos con Marcos supusieran la infelicidad de Sarah provocó que me negase algo tan importante como mi propio bienestar, y ahora que tengo la posibilidad de vivir mi vida tal y como deseo, en lo único que puedo pensar es en Clara y todas esas promesas que nos hicimos cuando teníamos dieciocho años. Éramos adolescentes, sí, pero ambas teníamos tan claro lo que queríamos hacer que resulta extraño que al final no nos atreviésemos a luchar por ello.

Durante mi viaje de vuelta a la capital, no dejé de pensar en todo lo que le dije antes de marcharme. Fui cruel, fría, tan dura, que cuando llegué a casa lo único que pude hacer fue llorar. Ni siquiera le permití que se explicase. Mi experiencia con Marcos se transformó en un escudo protector repentino y hui antes de que la decepción me destrozase de nuevo.

En las últimas horas, Sarah me ha enviado un par de mensajes para saber cómo me encuentro y lo cierto es que no he podido contarle que mi corazón parece haberse roto en mil pedazos. Deseaba de verdad que este nuevo capítulo de mi vida estuviese pintado con el color rojo de su pelo y el verde de sus ojos, pero los años separadas —y las experiencias vividas— me dejaron claro que hemos cambiado y que es imposible que confiemos la una en la otra como lo hacíamos entonces.

Quizá el error estuvo en creer que cuando nos volviésemos a ver, retomaríamos todo dónde lo habíamos dejado. Quizá el error estuvo en no esperar el tiempo suficiente para conocernos de nuevo, para saber cosas desconocidas de la otra, para descubrir si esos gustos que antes teníamos habían cambiado por otros, para abrirnos sin miedo y atrevernos a exponer nuestro corazón después de que ese amor que sentíamos la una por la otra cambiase nuestra vida para siempre.

No he dejado de pensar en que, si tuviera la oportunidad de regresar atrás en el tiempo y elegir un momento en concreto, pararía las agujas aquella mañana que Sarah me llevó hasta Delicias. Porque ahí empezó todo. Porque fue ahí donde el miedo me sacudió por dentro y me prohibió descubrir a esa mujer que había hecho de la pastelería todo su mundo, y donde empecé a creer que Clara seguía siendo aquella dulce niña que no tenía miedo a expresar cuánto me quería. Ahora ya no somos las mismas, ella se ha vuelto mucho más reservada y yo mucho más habladora e imprudente. Nunca pensé que nos cambiaríamos los papeles, pero eso es lo que ocurre cuando creces y maduras, que cambias.

La hierba que cubre los jardines del cauce del río Turia vibra bajo

los rayos del sol de mediodía y la sombra de los árboles me invita a tomar asiento y perderme en mis pensamientos durante horas. No es que necesite sentarme para sumergirme en ellos, pero llevo horas caminando y lo necesito.

Tan pronto como tomo asiento en la hierba, la necesidad de disfrutar de una limonada es tan urgente que me frustra. Si estuviera en Savina estoy segura de que ahora mismo estaría tomándome una mientras me balanceo en la mecedora de mimbre que mi madre usaba cuando yo era pequeña y no quería dormir por las noches. Desde allí se podía gozar de la brisa fresca procedente del mar y de los relajantes sonidos de la sierra.

Estas semanas en el pueblo han provocado que mis recuerdos de la niñez salgan a flote. Me recuerdo feliz, sonriendo a todas horas, con el corazón agitado y temblando de emociones tan vivas y reales como el agua del río que cae y atraviesa Savina en varias direcciones. No he dejado de pensar en su paz, en la tranquilidad de allí, en la belleza de sus calles, en el aroma dulce de sus flores, y la conclusión que he sacado es que me encantaría poder vivir el resto de mi vida en un lugar así; en un rincón del mundo que despierte en mí las ganas de seguir adelante y disfrutar de ese futuro que ahora me parece tan incierto. Y, aunque Savina es perfecto para hacerlo, la verdad es que lo único que deseo es dejarlo atrás y convertirlo en ese hogar al que volver, escapar o esconderse.

Tengo tantas cosas que pensar y tanto que cambiar, que me aterra la idea de dar un paso en falso, fracasar y arrastrar a Sarah conmigo. Después de lo que hemos vivido, lo único que deseo es que sea feliz, así que no puedo permitirme destrozar su vida en busca de mejorar la mía.

Ser madre es complejo y me gustaría que la mía estuviera ahora aquí para echarme una mano, para aconsejarme, para guiarme y ayudarme a tomar la decisión acertada. Sé que por más que elija, siempre saldrá un problema; al final la vida es así y no se puede alcanzar la perfección por mucho que nos esforcemos. Pero me encantaría tener delante todas mis opciones y ser capaz de pensar en ellas fríamente.

El teléfono me suena, rompe mi paz y, cuando lo alcanzo con una de mis manos, sonrío porque es inevitable; mi madre tiene ese don especial de aparecer cuando se la necesita.

—Mamá, ¿cómo va todo por el pueblo? —pregunto llevándome una mano a los ojos para así cubrirme del sol—. ¿Hace tanto sol como por aquí? Porque dentro de nada me tocará volver a casa y echarme dos

litros de crema en la cara.

La escucho reír un poco antes de soltar un suspiro largo y entonces sé que la conversación que vamos a tener va a ser mucho más seria de lo que deseo.

—Clara estuvo aquí el día que te fuiste —responde pasando por alto todo lo que he dicho y le he preguntado—. Deberías de haber visto cómo se puso Sarah al verla. Tuve que mandarla a su habitación antes de que se sobrepasase.

—Ya sabemos una cosa que ha sacado de su padre. —Mi madre se ríe y me incorporo para mirar hacia los jardines que tengo justo enfrente, y las fuentes que refrescan los alrededores—. ¿Ahora dónde está?

—En su dormitorio. No tiene ni idea de te estoy llamando, ¿por qué?

—Por nada, simplemente preguntaba —respondo con suavidad—. No he dejado de pensar en ella las últimas horas. Estoy preocupada.

—Ella es fuerte, cariño, no temas por ella.

—Sé que lo es, mamá, pero tantos cambios, tantas inquietudes… —suspiro y me llevo una mano a la frente—. Savina me ha ayudado a abrir los ojos, a pensar en muchas cosas y no quiero tomar una decisión desacertada.

—Sabes que no vas a poder evitarlo, ¿verdad?

—No me importa equivocarme, pagar las consecuencias de mis elecciones, pero no quiero hacer sufrir a Sarah, mamá, no podría soportarlo —admito y me muerdo el labio—. Sé lo que pasaste tú conmigo y me ha costado demasiado recuperarla cómo para perderla de nuevo.

—Cariño, el único consejo que te puedo dar es que elijas lo que elijas y tomes la decisión que tomes, que sea siempre lo que te nazca del corazón —me aconseja—. No uses la mente, déjala aparte, usa las emociones porque si las pasas por alto y no las tienes en cuenta, te arrepentirás cuando no haya manera de arreglar el desastre.

—Gracias por el consejo, mamá. Dale un beso a Sarah, ¿vale?

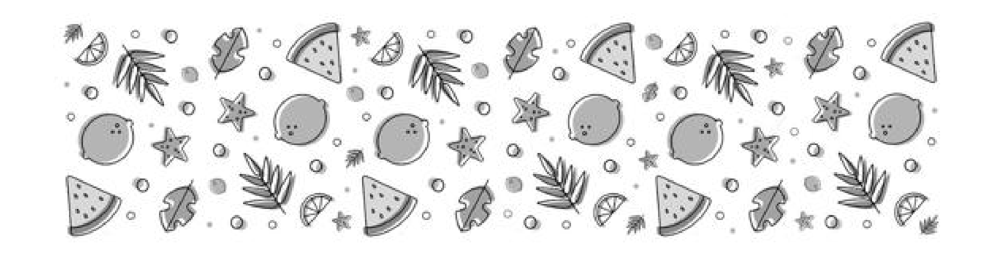
—Lo haré, y…

—No me digas nada de Clara, por favor.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—Lo estoy. No te preocupes.

—Entonces, te dejo —dice desde el otro lado de la línea—. Disfruta de estos días y acuérdate: no pienses, siente, y todo irá bien.



CAPÍTULO 26
SORPRESAS EN LA MADRUGADA

ANABEL



❝Cuando tu corazón no ha dejado de sufrir por amor, deja de acostumbrarse a la sensación que provoca sentirse verdaderamente amada.❞

Valencia ha caído dormida bajo la profundidad de la noche. No hay más que ruidos de coches filtrándose por las ventanas, y la temperatura ha bajado lo suficiente como para romper mi sueño y obligarme a buscar una manta con la que taparme un poco. Hacía tanto tiempo que no pisaba la casa de mis padres que no recordaba que mi madre había hecho uso de mi antiguo dormitorio para organizar allí una salita y darle un poco más de espacio a la cocina. Así que al final me he decidido por el sofá para pasar estos días.

Apartarme de mi rutina y romper con la vida que llevaba hasta ahora me ha abierto los ojos de tal manera que estoy percibiendo el mundo a mi alrededor como un pasaje en blanco y negro que avanza lento, y me recuerda ese pasado que yo misma sepulté cuando Marcos y yo decidimos vivir juntos. Nunca me habría imaginado que haber seguido adelante a pesar de las dudas me privaría de tantas cosas, pero pasó.

Me encantaría poder hundir todos esos años en las profundidades del océano y quedarme únicamente con los instantes vividos con Sarah. Ella es mi estrella, esa luz que ha permitido que siga en pie y me sienta fuerte a pesar de que, en ocasiones, me he sentido desfallecer. A veces creo que, a sus dieciséis años, es mucho más madura de lo que su padre o yo podíamos creer, y eso me hace sentir

mucho más orgullosa de ella.

Después de lo que pasó con Clara la última vez, he pensado mucho en lo que le dije y en lo que me guardé. Fui muy dura con ella, no debí recriminarle su miedo a que se pueda repetir lo que ocurrió en el pasado porque yo también lo tengo. Al final nadie puede borrar el pasado porque este se transforma en experiencias y las heridas en escudos tras los que nos protegemos. No es fácil dar un voto de confianza a la incertidumbre, ni tampoco lanzarse a por todo sin saber seguro qué pasará. Pero todo en la vida es así.

Con la cabeza embotada y el cuerpo agotado a causa de las emociones, dormir es tan complicado que ni los documentales que se emiten a esta hora en la televisión me aburren lo suficiente como para caer dormida al instante. He caminado de un lado a otro, he ido a la cocina para beber agua y comer alguna cosa, y hasta he seguido las manecillas del reloj de cuco del salón. Incluso me ha dado por mirar los álbumes fotográficos que mi madre tiene en el mueble que hay junto al televisor.

Después de esto, la única conclusión razonable que he sacado es que no puedo seguir así porque lo único que conseguiré será volverme loca. Con lo cual he tomado la decisión de volver a Savina, me sentaré con Sarah, le preguntaré por una vez en la vida qué es lo que quiere hacer y tomaremos juntas una decisión. Una que nos beneficie a ambas.

Hace cosa de unas horas le envié a Javier un mensaje y le pedí un nuevo favor que le pagaré de alguna forma un día de estos. Con la sensación de necesitar un poco de aire, abro la puerta del ventanal del comedor y me asomo para disfrutar, a la misma vez que respiro, de una de las tantas estampas hermosas de Valencia a las tantas de la madrugada. A esta hora, los monumentos históricos y los edificios más importantes están iluminados con luces doradas y una de las cosas más bonitas de vivir en Ciutat Vella es tener la posibilidad de estar a un paso de monumentos tan hermosos como las Torres de Quart —que veo desde el balcón en este momento—. Esta zona de Valencia, junto con otras que conforman el casco antiguo, posee tanta historia pegada a sus piedras que parece increíble que aún permanezcan en pie. En otra época fue la huerta, pero también el lugar en el que se establecían los hogares de señores y aristócratas; el tiempo cambió todo a nuestro alrededor, pero no sucumbió y eso me hace pensar en las personas y en cómo continuamos en pie a pesar de lo que sufrimos. Somos como las piedras que resisten a pesar de verse erosionadas. Se quedan marcadas, al igual que nosotros.

—Un beso por tus pensamientos.

Reconozco la voz de Clara al segundo de escucharla y hacerlo me confunde tanto que suelto un suspiro y levanto la mirada hasta el cielo. No quería llegar al punto de la locura, pero, por lo visto, ya he alcanzado la meta y ni me he dado cuenta de ello.

—¿Piensas dejarme en la calle? —La voz de Clara vuelve a sonar y la demencia que creía tener, desaparece y me obliga a buscarla por todas partes—. Mira que tu madre me aseguró que la sorpresa valdría la pena.

Todo lo que sucede frente a mis ojos pasa lento, Clara aparece de entre las sombras formadas por los edificios de enfrente y las luces de la calle. Por un instante fugaz me siento como Julieta en su balcón recibiendo a su Romeo, pero ninguna de las dos somos los protagonistas de aquella tragedia, lo nuestro es mucho más que un amor fugaz y es mi corazón el que lo grita con cada uno de sus latidos.

—¿Qué haces en la calle a esta hora? —pregunto—. Son…

—Casi las cuatro —responde por mí—. ¿Y tú? ¿Qué haces despierta? ¿No puedes dormir?

Quiero responder que no puedo, que mi cabeza es un nido de ideas y que mi corazón está tan descompuesto que no hay forma de que le dé forma, pero tan pronto como ella lanza sus preguntas, un vecino se queja del volumen y ambas nos cubrimos la boca como si fuésemos dos niñas que están cometiendo una travesura. Así que, entre risas, la invito a subir y corro deprisa a abrir la puerta y esperarla ansiosa.

Lo único que no esperaba vivir esta noche era esto, pero las sorpresas son así, inesperadas, y que Clara sea la mía después de todo lo que ha pasado, la convierte en perfecta.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que estás loca? —le pregunto una vez que llega al rellano del primer piso y la tengo delante. Su pelo rojo cae sobre una chupa de cuero negra que brilla con intensidad por las tachuelas que lleva cosidas y que va a conjunto con unos pantalones vaqueros rojos ajustados que le dan un aire de lo más jovial.

—Tú, ¿ya te has olvidado? —Una sonrisa pícara se dibuja en sus labios—. La vez que me subí al chopo que había junto al río y tuvisteis que llamar al padre de Javi para que me ayudase a bajar.

—Aún me acuerdo de tu cara cuando te diste cuenta de que no podías… —afirmo soltando una risa y gesticulando para imitarla. Ella se ríe y sonrío al verla así.

—Recuerdo el abrazo que me diste cuando me rescataron y me tuviste cerca —comenta una vez que cierro la puerta tras ella y el

tiempo se paraliza en el interior del piso de mis padres.

Cuento uno, dos, tres y, cuando llego hasta cinco, doy un paso al frente y mi reflejo se ve en sus ojos. Me siento caer y lo hago a través de una ventana abierta al paraíso, uno que ya conozco, que no he olvidado y por el que me gustaría caminar el resto de mi vida.

—¿Qué haces aquí, Clara…? —quiero saber sin apenas levantar la voz.

—Hacer lo que llevo años queriendo hacer…

—¿Y eso es…? —pregunto como lo haría una niña curiosa frente a algo desconocido.

Ella apoya una de sus manos en mi mejilla. Con la otra sujeta una de las mías para llevarla hasta su corazón y descubro que late tan rápido como el mío y son sus labios cubriendo los míos los que me dejan sin opciones de pregunta.

—Así estarás callada por unos minutos —susurra sobre mis labios. Mis ojos no se pierden su gesto pícaro y triunfante, y la odiaría de no ser porque tiene razón—. La otra noche en Savina me llamaste mentirosa y miedosa, y en efecto, lo soy —reconoce apoyando su frente contra la mía, haciendo de sus palabras una confesión íntima—. No fue fácil vivir sin ti. A causa de lo que sentí acabé olvidando mis sueños, encerrándome en mí misma y prohibiéndome ser feliz —añade provocando que sienta que un nudo en la garganta—. Yo supe que te quería el día que cumplí los catorce años y vi a mis padres besarse. Pensé: «Yo quiero besar así a Ani…», pero me lo guardé por miedo y no te enteraste de lo mucho que sentía por ti hasta la celebración de tu cumpleaños en la playa.

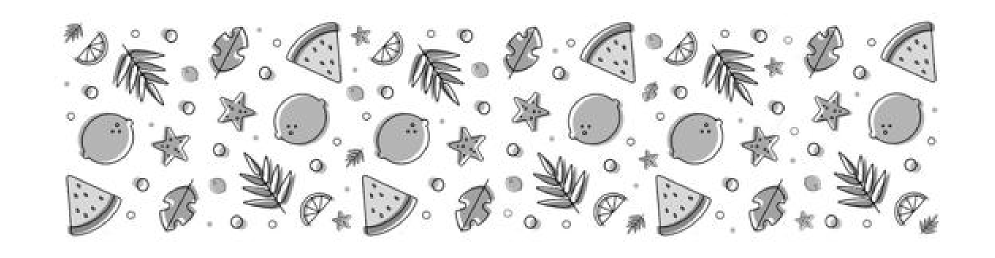
Su confesión no me sorprende porque fue Pablo, su hermano, el que me habló sobre el tema pocos días antes de que me acercase a ella. Estaba aterrada por lo que sentía y por lo que podrían pensar mis padres, así que lo hice en la playa, cuando disfrutábamos de un baño en el mar alejadas de todo y de todos.

—Desde entonces no he dejado de quererte ni de intentar seguir adelante a pesar de ser consciente de que nunca iba a poder sentir por nadie lo mismo que sentía por ti —confiesa—. Me dijiste que no iba a ser capaz de olvidar el pasado y es verdad, pero es que no quiero dejarlo atrás porque eso sería abandonar nuestra historia y todo lo que vivimos. —Clara me sonríe, se separa y recorre mi rostro con sus ojos a pesar de que estamos envueltas en penumbra—. También me dijiste que tengo miedo y no te voy a mentir, lo tengo. Pero quiero vivir esto contigo, conocerte de nuevo, aprender de ti, disfrutar de la vida que se nos presente, descubrir tu mundo y el mío juntas y hacerlo hasta que

se nos acaben los días y las oportunidades.

Soy incapaz de decir nada y no porque no quiera, sino porque estoy conmocionada y necesito un momento para asimilar todo lo que me ha confesado. Sé que ella espera que diga algo, lo noto por su forma de mirarme y ese ceño fruncido que enmarca sus bonitos ojos verdes que ahora parecen la sierra durante la noche. Me muerdo el labio cuando la recorro con los míos y un suspiro se me escapa fruto de lo que me hace sentir. ¿A quién quiero engañar? Es una locura aceptarlo pero la quiero y lo hago mucho más de lo que alguna vez creí o quise aceptar.

Cuento uno, dos, tres… y el número cuatro lo escribo sobre sus labios.



CAPÍTULO 27
CON SABOR A LIMÓN Y SAL

CLARA



❝La mente puede olvidar con el paso del tiempo, pero en la piel siempre se guardarán historias llenas de emociones.❞

Es viernes, y los días en Valencia, se han convertido en un sueño hecho realidad. Hemos recorrido la ciudad cogidas de la mano, contándonos detalles que no conocíamos de la otra, secretos que nos guardábamos y momentos que, a pesar de la tristeza o el sufrimiento, nos ayudaron a crecer y cambiar en algo. No ha dejado de hablarme de Sarah, de hacerme partícipe en momentos que no viví y que, de alguna forma, me habría gustado disfrutar. Y, a cambio, yo le he hablado de los últimos acontecimientos que pasaron en Savina y de esos chismes que pocos saben y que me enteré gracias a Delicias.

Hoy es nuestro último día en la capital antes de volver al pueblo y no consigo dejar atrás esa sensación que se siente cuando es el último día de vacaciones y mañana debes volver a trabajo. Me aferro a cada sensación con ganas de que nunca se terminen, pero nada es para siempre y sigo teniendo miedo de que, a nuestra llegada, todo esto cambie. Soy consciente de que ahora no somos dos adolescentes con un sinfín de oportunidades en las manos y sé que, una vez que pisemos Savina, será Sarah la que guíe el rumbo de nuestra relación.

El sol que cae sobre nuestros cuerpos calienta nuestra piel. Hemos elegido un buen día para pasar la mañana en la playa y me alegra haberlo propuesto porque hacía mucho que no disfrutábamos de una jornada así juntas. Huele a mar por todas partes, una brisa fresca hace de tumbarse en la arena algo delicioso y a nuestro alrededor hay muchas las familias que viven este día como si fuese el último.

Con los pies sumergidos en la arena y la mirada puesta en los movimientos de las olas en el horizonte, me pregunto por todo eso que estoy dispuesta a entregar para que lo nuestro funcione. Siempre quise viajar a París y estudiar pastelería allí, pero todo quedó atrás cuando me hice cargo de Delicias y tomé la decisión de cuidar a mi madre y después, también, de mi padre. Tengo treinta y ocho años y es ahora, con Anabel a mi lado, que me estoy planteando cambiar y dejar todo por aferrarme a esta oportunidad que tengo entre las manos. Y quiero hacerlo, pero no por ello es fácil y sencillo.

—¿En qué piensas…? —Anabel, que se ha incorporado, deja un beso en mi hombro y me mira con curiosidad—. ¿Todo va bien? —Le dedico una sonrisa en señal de afirmación y después miro a las personas que nos rodean.

—Estaba pensando en lo que pasará cuando volvamos al pueblo. —Hace unos días, después de hacer el amor hasta caer rendidas, le prometí que jamás volvería a ocultarle nada, así que le hablo con sinceridad, mirándola a los ojos—. Y en lo que haré después de saber qué quiere hacer Sarah.

—¿Y puedo saber cuáles son todas esas ideas…?

Me muerdo el labio y me tomo un par de segundos antes de acercarme y regalarle un beso que se une al centenar que le he dado durante estos días.

—Estaba pensando en Delicias, en mi padre… —murmuro sobre sus labios—, y en todos esos sueños que dejé atrás a lo largo de todos estos años.

—Como ir a estudiar a París.

—Por ejemplo —digo—, pero también me gustaría dejar Savina, buscar mi lugar en otra parte y tener mi vida en un sitio donde nadie me conozca, cosas así.

—Nunca imaginé que quisieras dejar el pueblo —asegura incrédula—. Es una sorpresa, ¿sabes?

—Lo sé —confirmo y abrazo mis rodillas contra mi pecho. Entre todas las cosas que nunca le he contado a nadie está esa. Siempre sentí envidia de Pablo por labrarse su futuro lejos de Savina, por encontrar su lugar lejos de todo lo que conocía—. He sentido celos de mi hermano muchísimo tiempo. Pablo vive lejos de todo, tiene una vida, disfruta, desconecta —añado con la mirada puesta en el horizonte—. En mi caso, jamás pude dar el paso porque me sentía en la obligación de quedarme, de hacerme cargo de la pastelería y de mis padres cuando no pudiesen valerse por sí mismos.

—Sabes que nunca has tenido la obligación de hacer esas cosas, ¿verdad?

Cuando mis ojos se encuentran con los de Anabel, suelto un suspiro y levanto la mirada hacia las gaviotas que sobrevuelan el mar. Los padres nunca se dan cuenta de cuánto condicionan la vida de sus hijos al expresar sus deseos; los míos lo hicieron, también los de ella y estoy segura de que, frente a nosotras, hay muchos que lo hacen sin apenas darse cuenta de ello.

—Siempre que pensaba en decirle a mis padres que no, al mirarlos, me sentía horrible —admito abriéndole mi corazón de par en par—. Después, todo se reducía a cenizas y machacaba mis ideas hasta olvidarlas —explico con una sonrisa lastimera en los labios—. Mi madre murió sin que pudiera decirle que lo que más deseaba era abrir mi propia pastelería de estilo francés, pero supongo que ahora que está ahí arriba, no hay nada que le pueda esconder.

—Todavía estás a tiempo de todo eso que me has contado. —Anabel me sonríe y en esa sonrisa suya, soy capaz de ver esperanza. Parece increíble que hayamos estado separadas veinte años—. Puedes decirle a tu madre todo eso que no pudiste contarle cuando aún estaba, e incluso viajar a Francia y abrir tu pastelería tal y como deseas. Nada te lo impide.

—¿Y mi padre? —pregunto y suelto un suspiro a la vez que me aparto el pelo de la frente—. La idea de que se quede solo en el pueblo…

—Cuando mi padre murió, yo me creí en la obligación de mantener ocupada a mi madre —dice con franqueza—. La llamaba a todas horas, quedaba con ella para comer; vamos, que no la dejaba tranquila. —Ríe—. Así fue hasta que se hartó de mí y me dijo que no era una niña, que era una mujer adulta que sabía lo que quería hacer y que lo último que necesitaba era una niñera. —Sé que no es lo mismo con los hombres que con las mujeres, pero… —Se encoje de hombros y después, me guiña un ojo—. Algo me dice que no estará tan sólo como crees. Mi madre no lo ha dejado tranquilo ni un minuto desde que está en Savina y, que yo sepa, no tiene pensamientos de volver a Valencia.

—¿Estás queriendo decir que ellos…? —afirma con un gesto y es imposible que no me eche a reír—. ¡No me jodas…!

—Lo descubrí en los álbumes de fotos de mi madre la noche que apareciste —confiesa con cara de pícara—. Había fotografías del pueblo y de su juventud. Algunas con tus padres, otras con tu madre y, como si nada, me encontré fotos de mamá con tu padre muy

acaramelados…

Mis ojos se abren y al hacerlo, Anabel se echa a reír.

—Me pregunto cuántas cosas nos habrán ocultado nuestros padres —susurro.

—Los padres ocultamos demasiadas cosas y, la verdad, no sé por qué.

—Imagino que es por protección —me limito a decir—. Y no está mal.

—¿No? —niego rápidamente.

—Los hijos también queremos proteger a nuestros padres y les evitamos muchísimas cosas al no contar la verdad —añade—. Sarah, también lo hace contigo.

—Así que Sarah me oculta cosas que tú sabes…

—Tan solo te diré que, cuando llegues a Savina, le preguntes dónde quiere estar —le digo con una sonrisa en los labios—. Porque me consta que, en Valencia, hay cierta amiga, Danielle, a la que echa mucho de menos.

—¿Danielle? —afirmo y ella se sorprende.

—¡Dios mío! —exclama sorprendida y se echa a reír—. Marcos no tenía ni idea de lo que decía cuando admitía que Sarah y yo éramos iguales.

—Casi idénticas diría yo —apunto—. Porque te juro que tiene el carácter de su padre. Le faltó este poquito —señalo con los dedos—, para que se me lanzase al cuello como una leona.

—¡No exageres!

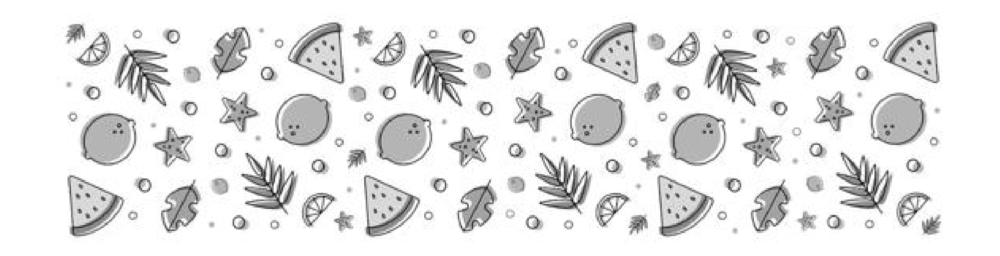
—Te lo juro —admito riéndome—. Es increíble.

—Lo es…

—Tiene a quién parecerse. —Y así, como si nada, me acerco lo suficiente a ella como para caer sobre su cuerpo y dejar ambas manos apoyadas a los lados de su cabeza, enredando mis dedos en su precioso pelo—. Eres increíble, Anabel.

—Y tú lo más parecido a una sirena, ¿lo recuerdas?

—¿Cómo puedes recordar eso? —Se encoje de hombros, lleva una de sus manos a mi mejilla y me acerca hasta rozar mis labios con los suyos—. Porque nadie olvida esos momentos donde fue feliz, y yo siempre he sido feliz a tu lado.



CAPÍTULO 28
TRAZANDO PLANES JUNTAS

CLARA



❝En el mundo existen muchas clases de personas. Las más especiales son las que ejercen de faro y te llevan de vuelta a casa y directa a tus sueños.❞

Cuento las horas para que Anabel y yo volvamos porque siento la necesidad de controlar hasta el último segundo que nos quede por vivir este sueño. Hay una sensación de la que no puedo escaparme, esa que me pone en alerta y me susurra que mañana nada será igual. Sé que son mis miedos, que debo enfrentarme a ellos y no dejar que jueguen conmigo, pero es difícil cuando ya has vivido esto alguna vez en el pasado.

Hace cosa de veinte minutos que Anabel me ha dejado a solas y se ha marchado a por unas pizzas para cenar; me ha dicho que iban a ser las mejores que he probado en mi vida y estoy ansiosa por descubrir si tiene la razón. Mientras tanto, me he dedicado a mirar los álbumes de los que me habló, reconociendo a mis padres en muchas fotos, pero también a nosotras en otras tantas. Parece mentira que el tiempo haya corrido tan rápido y que ahora estemos aquí, juntas de nuevo, y con veinte años de experiencia de más. No hemos cambiado tanto como yo creía. Vernos me ha ayudado a darme cuenta de eso y a sacarme de la cabeza que nunca llegaremos a tener la misma relación que teníamos en el pasado.

Son las nueve de la noche y por las ventanas del salón se cuelan los últimos rayos de sol del día. No quiero que se acabe, aunque en parte, todo lo que ocurra mañana, definirá mi futuro y también mi relación con Anabel. No se lo he dicho, pero jamás me interpondría en una

decisión tan importante como la que debe tomar junto a Sarah, así que esperaré a que ambas hablen y decidan lo que harán para tomar una decisión definitiva.

Me encantaría tener a Viktor conmigo ahora mismo, él me ayudaría a poner todas las posibilidades sobre la mesa y a elegir la opción correcta. Pero sé que esta vez tengo que hacerlo yo sola.

Llevo dándole vueltas a la idea de ir a París y cuánto más lo pienso, más me atrae la posibilidad de pasar allí unos años. Creo que sería una pasada, que aprendería muchísimo y me ayudaría a mejorar mi vida. Pero no dejo de pensar en Anabel y en lo que supondría dejarla en Valencia. No sé si a nuestra edad, mantener una relación a distancia es algo que se pueda llevar y por eso permanezco inquieta y nerviosa a todas horas.

No mentía cuando le confesé en la playa que me preocupa mi padre y cómo se lo tomará si al final me marcho para dejar Savina y convertirla en mi residencia vacacional. Es angustioso pensar en todo lo que dejaré, pero por primera vez en años, le doy la razón a Viktor y acepto que necesito darle orden a mi vida y pensar en mis prioridades.

El sonido de unas llaves en la puerta provocan que abandone mis pensamientos y salga de la cocina para ir en su búsqueda. No puedo evitar sentir que la calma vuelve a mí cuando me besa y me enseña las pizzas que han aromatizado todo el piso en cuestión de segundos. Estoy segura de que no se equivocaba cuando dijo que serán las mejores que he probado.

—Siento haber tardado tanto. Recibí una llamada de camino. —Ani se sienta conmigo, deja un par de cervezas en la mesita del salón junto a la cena y guardo silencio a la espera de saber si me contará algo más o todo quedará en un dato sin importancia—. Era el abogado que está llevando el testamento de Marcos y el asunto de las ganancias de sus libros.

—¿A esta hora de la noche? —pregunto y levanto una ceja—. ¿Acaso no descansan?

Mi comentario le arranca una risa que desaparece cuando suelto un gemido exagerado provocado por el olor que ha inundado todo al abrir las cajas y que ha hecho rugir mi estómago. Tienen tan buena pinta que ahí donde pongo los ojos van mis manos y después mi boca.

—Esto está delicioso… —admito con la boca llena—. ¿Todo va bien con lo del testamento? —afirma y, a pesar de su sonrisa, siento que hay algo a lo que le está dando vueltas—. ¿Seguro que todo va bien? —insisto de nuevo—. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿no?

—Sí, es solo que… me he sorprendido —responde—. Tanto, que no sé si echarme a reír, ponerme a saltar o a gritar —dice a la vez que suelta el trozo de pizza y se limpia la boca—. Al parecer, Marcos tenía un seguro de vida que en caso de muerte se haría cargo de todas las cosas que estuviesen a su nombre. Así que nuestra casa está completamente pagada, también el coche y un par de préstamos que habíamos pedido hace unos años.

—¡Joder, eso es muy buen noticia! —exclamo.

—Pero espera, que la cosa no queda ahí —añade con un gesto algo confuso—. Marcos nunca me dijo que estaba ahorrando parte de sus ganancias para el momento en que Sarah cumpliese los dieciocho años y decidiera su futuro. Aún no le he preguntado a ella qué es lo que piensa hacer, pero con todo lo que le guardó su padre, podría acudir a cualquier universidad del país y vivir con todas las comodidades sin pensar en nada más que no sea disfrutar y estudiar, claro.

—Eso es… —Mis ojos se abren de par en par a causa de la impresión—. ¿Nunca te lo dijo? —Niega y me muerdo el labio sorprendida—. Bueno, creo que Sarah alucinará al saber que, después de todo, su padre la tenía presente.

—La verdad es que me da lástima que se haya pasado toda la vida rodeada de mentiras…

—No pienses en eso ahora —digo sujetándola de la mano para enlazar mis dedos con los suyos—. El pasado es algo que no podemos cambiar, así que debes centrarte en hacer mejor las cosas con ella en el futuro.

Nos miramos y no necesito que hable para saber qué es lo que está pasando por nuestras mentes.

—Y sobre lo que estás pensando…—digo señalando sus ojos—. No te preocupes por nada. Lo solucionaremos juntas, ¿de acuerdo? —suspira y niega un par de veces.

—Es imposible que lo haga, Clara —admite—. En este momento nuestras vidas son totalmente incompatibles y no quiero ser la que te obligue a sacrificar tu vida por seguir mis pasos.

—Créeme cuando te digo que tenía que haber seguido tus pasos hace mucho tiempo —respondo y me apoyo en el respaldo del sofá sin dejar de mirarla—. Me he pasado media vida mirando hacia otro lado cuando se me presentaba alguna oportunidad de venir a Valencia a buscarte —confieso—. Y ahora que estás conmigo, que estamos juntas… no pienso darme por vencida por muy complicadas que sean las cosas.

—Pero…

—Nada —respondo y le coloco la mano sobre los labios—. Le he estado dando muchas vueltas a la cabeza y cuando llegue a Savina, hablaré con Pablo y también con mi padre. He vivido encerrada en mis obligaciones todos estos años y creo que ya va siendo hora de que maneje mi vida, ¿no te parece?

—¿Dejarías todo por venirte conmigo sea donde sea que vaya? —me pregunta sin apartar sus ojos de los míos.

—Lo haría —respondo con toda la seguridad—. Y sé que tú harías lo mismo si no tuvieras a Sarah contigo.

Mis palabras son tan sinceras que ella baja la mirada y observa nuestras manos unidas, acariciando a la otra con suavidad, conectando, sintiendo, queriendo. La obligo a volver a mí, le acaricio la mejilla y, sin más, la beso reclamando conmigo el sabor salado de la pizza, que hasta hace minutos comía.

—Vamos a estar juntas pase lo que pase, ¿de acuerdo? —susurro sobre sus labios.

—¿Siempre? —pregunta.

—Creo que ya te lo dije una vez hace muchos años —respondo con una sonrisa dulce, acariciando sus labios con uno de mis pulgares—. Pero si quieres, te lo repito… —Levanto una ceja con coquetería.

—¿Y por qué no me lo explicas? —murmura.

Y una vez que se mueve y deja que su cuerpo caiga sobre el mío, sé que estoy perdida y que nada ni nadie podrá sacarme arrastras de nuestro paraíso.

. . . . . .

Nos hemos olvidado de Valencia, del lugar en el que estamos, de las pizzas, del miedo, de la incertidumbre y de las dudas para encerrarnos juntas en una burbuja que tiene las paredes escritas con nuestros nombres y está pintada por las caricias de nuestras manos. Este espacio es nuestro, un paraíso que hemos descubierto en cada beso y al que hemos volado alto a causa del placer que nos hemos regalado.

Todo está oscuro, muy pocas son las luces que dibujan sombras en las paredes. Pero no importa, sé bien hacia dónde caminar, dónde pisar, tocar o besar. Sé cuál es el lugar perfecto para acorralar a Anabel contra la pared y mi cuerpo, o dónde caer rendidas sin

causarnos más dolor que el de los mordiscos dejando huella en nuestra piel.

No necesito nada más que sus labios sobre los míos y el latido frenético de nuestros corazones para seguir adelante y avanzar por un sendero que ya no es desconocido para ninguna de las dos. Hoy es nuestra última noche aquí, y el miedo a perderlo todo ha sido el detonante de esta necesidad imperiosa por amarnos, desearnos y tocarnos. Admito que desearía que el tiempo se paralizase aquí y tener la oportunidad eterna de enredar mis dedos en su pelo rizado y bailar la misma melodía con mi lengua en su boca.

Anabel provoca que, a mis treinta y ocho años, me sienta como una adolescente con energías inagotables. Nunca me había encontrado tan enérgica y activa como me siento cuando estoy sobre su cuerpo, con sus manos apoyadas en mi cadera y su boca batiéndose en duelo con la curva de mi cuello.

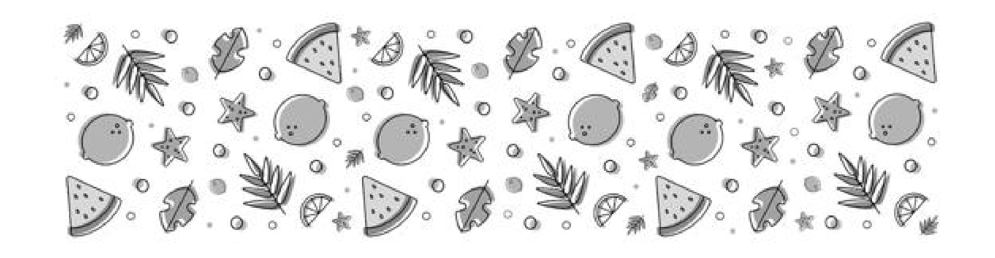
La ropa ha desaparecido hace mucho y lo único que nos cubre es una fina capa de sudor que aumenta al mismo ritmo que lo hace el movimiento de nuestras caderas. Sé que esto le gusta, que la someta a base de bailes, y dominarme con esas manos que están tan frías en contraste con mi piel que, al hundirse en mí, me hacen ver las estrellas.

Es imposible no desear tener esto cada día. Quiero tenerla conmigo, tener la oportunidad de escuchar cómo cambia su voz cuando gime y cómo parece más dulce cuando susurra mi nombre durante el orgasmo. Es imposible no quererla así, pegada a mi piel, abrazada a mi cuerpo, con las manos temblando y el corazón saltando de felicidad en su pecho.

Cuando mis ojos descubrieron en Anabel el amor, jamás pensé que la ternura y dulzura de entonces pudiera transformarse en algo tan ácido, salado y adictivo como esto. Y ahora que he tenido la oportunidad de llevármela a la boca, podría decir abiertamente que me pasaría las horas que hicieran falta para devorarla de pies a cabeza sin dejarme un tramo de piel por acariciar, lamer y besar.

La quiero. La amo. La deseo. Y, aunque pasen mil años más, sé que este sentimiento seguirá existiendo.

Conocer qué es lo que pasará en nuestras vidas de aquí en adelante es una incógnita, pero lo que sí sé es que esté donde esté y vaya donde vaya, no habrá nada en el mundo que arranque su recuerdo de mi memoria o de mi cuerpo. Porque jamás podré olvidar que yo la amo así: con sabor a limón y sal. Ácida, dulce y salada como el mar.



EPÍLOGO
EL DESTINO COMO TESTIGO

❝Los capítulos más hermosos de nuestra vida, esos que están dedicados a hacernos felices, llegan cuando estamos preparados para disfrutarlos al máximo.❞

ANABEL



Al verano le queda poco más de un mes y el otoño comienza a asomar su nariz en las zonas más próximas al río. Aquí, las temperaturas empiezan a ser mucho más suaves que estos meses pasados y desde hace semanas, a última hora del día, una brisa fresca recorre cada rincón y te eriza la piel cuando te roza. Es una sensación refrescante y estoy segura de que, como yo, muchos habrán notado que todo está cambiando. Todo se siente diferente, más tranquilo y menos frenético, suave y lento.

Nunca imaginé que tomar esta decisión me beneficiaría tanto, pero, cuando me miro al espejo, no reconozco a la mujer que se refleja en él. Y no lo digo de forma negativa, al contrario, ahora mis ojos brillan como nunca lo habían hecho y entre todas las cosas que he descubierto de mí misma a lo largo de estos años, están esas pequeñas arrugas que se han acentuado a los lados de mis ojos producto de mis risas por lo feliz que me siento. Y mi pelo, ese que antes no mostraba su color natural, ahora ondea con el viento y se mece libre, sin miedo a acabar pareciendo un nido de cigüeñas.

A través de las ventanas, el ritmo de la vida es el mismo que tiempo atrás me hacía sentir extraña en un mundo nuevo. No fue fácil dejar Valencia y todo lo que conocía para vivir aquí, en un lugar tan diferente y de un modo tan distinto. Ya no sé lo que es pasar horas

pegada a un teléfono, llevar una agenda abarrotada de reuniones y tener que lidiar con personas que, en su mayoría, exigían mucho más de lo que podía darles. Ahora, aquí dentro, en este pequeño rincón de mi paraíso personal, el tiempo se ha estancado y se da lugar a la vida que algún día quise tener y que disfruto de verdad.

Una vida libre de miedos, sin dudas y remordimientos.

En el calendario, el día de hoy está rodeado con un círculo rojo y flechas del mismo color. Es uno de esos especiales, de esa clase de días que no pasarán por alto en los álbumes fotográficos, de esos que serán recordados toda una vida por ser único, irrepetible y verdaderamente importante.

Sobre el escritorio en el que estoy sentada, la escarcha de un vaso de limonada bien fría se ha deslizado hasta humedecer unas hojas de papel que he arrugado y acumulado con el paso de las horas. Llevo toda la mañana intentando dar forma a las palabras que tengo atoradas en mi cabeza y la frustración está empezando a pasarme factura.

Tras la muerte de Marcos, después de tomarme unos meses para ordenar mis prioridades —y también mi vida—, mi inspiración comenzó a fluir y, con ella, mis ganas de volver a escribir. Ahora puedo decir que en las estanterías de muchas librerías nacionales hay dos ejemplares que llevan mi nombre y que guardan entre sus páginas mucho más de mí misma de lo que los lectores pueden llegar a creer.

Tiempo atrás, creí que ser escritora era un sueño que no estaba hecho para mí. Mis padres me metieron en la cabeza que para conseguir algo en la vida tenía que estudiar una carrera y buscar un trabajo estable, así que abandoné todo lo que tenía que ver con la escritura y me dediqué a matarme a estudiar y a trabajar, a dejarme la vida, el tiempo y las fuerzas en algo que, pese a tener mucho que ver con lo que yo amaba, se alejaba mucho de ser lo que quería en realidad.

Fui yo la que lanzó la carrera de Marcos, la editora que convenció a todo el equipo para que apostaran por él y la que, con el tiempo, se autoconvenció de que jamás podría alcanzar el nivel de un escritor como él. Ahora me arrepiento de haberme boicoteado a mí misma, de haberme arrancado las alas y las ganas, de haberme comparado con otros autores que nada tenían que ver conmigo y haberme privado de algo tan importante como seguir mis sueños. Aunque lo cierto es que he dejado atrás todos esos sentimientos y cada día me reafirmo que vale la pena luchar por esto.

Dispuesta a tomarme un descanso de lo que estoy haciendo,

abandono mi sillón favorito y me escapo al exterior para disfrutar del atardecer y el brillo de los rayos a esta hora del día. El cielo es una mezcla perfecta entre tonos azules y violetas, y en algunas zonas despunta el naranja que se mezcla con el rosa formando un color pomelo casi irreal. Las aguas del río se mecen como una corriente llena de luces, y por un instante me dejo llevar por ellas y por su tranquila melodía. Siempre creí que el ruido de los grillos me calmaba, pero el paso del tiempo me enseñó que, en realidad, es la naturaleza la que pone en pausa mis emociones y me permite descansar un poco de ellas. También descubrí que tan solo hay una cosa capaz de alterarlas o agitarlas hasta volverlas locas.

Un suspiro se me escapa de entre los labios cuando unos labios rozan mi cuello a la vez que unos brazos se deslizan sobre mi cuerpo.

—Toma, prueba. —Clara se deja caer en mi espalda y, tan pronto como abro la boca, un pequeño trozo de bizcocho con un sabor exagerado a limón despierta mis sentidos y arrambla con esa frustración que me ha prohibido seguir escribiendo—. ¿Qué te parece? No quería esperar a que lo probases esta noche.

Con los labios llenos de azúcar en polvo y la boca embriagada por el sabor, me giro y miro a la causante de que hoy esté aquí, viviendo la gran aventura de mi vida en una *péniche* flotante sobre las aguas del río Sena. Nunca creí que pudiéramos disfrutar de una vida como esta en un barco, pero estos años a su lado han sido maravillosos y no los cambiaría por nada.

—Esto es increíble… —admito lamiéndome los labios—. No te lo he dicho, pero, estoy muy orgullosa de ti, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —afirmo con una sonrisa juguetona en los labios y después me acerco a los suyos para besarla con suavidad, con ese juego que no nos borra la sonrisa, con esas intenciones que sabemos tan bien leernos en la otra—. ¿Cuánto de orgullosa?

—Muchísimo…

De estos momentos, el mundo se centra en nosotras y todo lo demás aparece. Nos olvidamos del tiempo, de todo lo que tenemos que hacer… La vida se reduce a sus manos sobre mi piel y mis labios sobre la suya, al roce de su cuerpo junto al mío, al calor que crece y se expande por el dormitorio que compartimos desde hace demasiado tiempo.

Ambas caemos exhaustas después de una guerra que sabe a ella, a sal y a cítricos, a jazmines, a tierra mojada y mar. No puedo dejar de mirarla, de recorrer las manchas de su piel con mis dedos y reconocer los límites de esas estrellas que algún día conté en su cuerpo. La

quiero, la quiero tanto que no importa el tiempo que pase o el lugar donde nos encontremos. Siempre volveré a ella, siempre estaré a su lado; en sus recuerdos o en los míos, en las imágenes que nos tomamos juntas o el tiempo que compartimos en el pasado.

—Como no nos demos prisa, vamos a llegar tarde —digo y la sonrisa que camina por sus labios es tan irresistible que se me hace imposible no cogerla de la mano cuando se levanta de la cama y obligarla a caer sobre mi cuerpo desnudo de nuevo—. Te quiero, no te olvides de eso.

—¿Y si alguna vez lo hago?

Entrecierro los ojos y una de mis manos, se pierde entre nuestros cuerpos hasta deslizarse cintura abajo en aquella curva húmeda, ardiente y mía. Me acerco a su cuello, beso y muerdo su piel, respiro agitada en su oído y le regalo un pequeño mordisco que más tarde le arranca un gemido.

—No permitiré que lo hagas —susurro—. ¿Sabes cómo lo haré?

—Te voy a matar si frenas ahora… —advierte y aumento las caricias que le estoy dedicando hasta provocar que le tiemble todo y un orgasmo nuevo la convierta en miel sobre mis dedos.

—Ahora es momento de salir corriendo.

Lo último que nos damos la una a la otra antes de abandonar la cama es un beso que dura segundos, que se abre paso a través de mi pecho y que le asegura a mi corazón que todo esto que estamos viviendo es real, puro y auténtico. Aún no me creo que estemos aquí, que todo lo que estamos viviendo sea lo que siempre soñamos y que, a pesar de nuestra edad, tengamos la oportunidad de recuperar nuestras vidas y comenzar de cero juntas.

Nunca es tarde para decir adiós a todo eso que nos hace daño. Tampoco para dejar atrás lo que provoca que no seamos felices, y mucho menos para soltar la mano de aquellos que se creen con el poder de controlar nuestra propia felicidad.

Somos dueños de nosotros mismos, de cada decisión que tomamos y error que cometemos y, sobre todo, de aquellas promesas que rompemos o cumplimos.

Y también somos dueños de las cosas buenas que hacemos y las sonrisas que provocamos y eso, sobre todo eso, es lo más importante de vivir.

. . . . . .

CLARA



El día ya ha llegado y creo estar viviendo esa clase de sueños que tienes a mitad de la noche y de los que no quieres despertar. Me aferro a las cosas que tengo cerca para que, si se esfuman frente a mis ojos, me lleven con ellas porque sé que no encontraré otra forma de ser tan feliz como lo soy ahora.

Hace dos años y algunos meses más, después de complejas discusiones y llantos, decidí tomar las riendas de mi vida pensando únicamente en mí. Me convertí, por haber elegido ser feliz, en la egoísta que solo ve por sí misma y en la cruel que es incapaz de ver que la necesitan. Pero ahora, ese drama que dejó mi corazón roto, mi alma fisurada y mi vida echa un rastrojo, fue el inicio de todo lo que hoy veo con mis ojos y la verdad es que no me arrepiento de ello.

Atrás dejé el hogar que me vio crecer; a mis amigos, a mi familia, a todos y cada uno de mis recuerdos y a parte de mí misma. Fue difícil subirse en un coche y saber que nunca volvería aquí de nuevo, pero en este momento soy capaz de afirmar que, de no haber tomado esa decisión, jamás hubiese conseguido mis sueños.

Llevo frente al espejo más de quince minutos. Mis dedos acarician la chaquetilla de color burdeos que llevo puesta, y con las yemas rozo el nombre de un sueño hecho realidad. Aquí, sobre mi corazón, limones y sus hojas verdes se enlazan a unas letras entre las que se puede leer "Jardín de las Delicias". Aún no sé cómo lo he hecho, pero sí que me he esforzado al máximo para que junto al Sena, pegado a las aguas sobre las que vivo, exista un rincón mediterráneo repleto de color, de sabor y de amor.

Hoy es un día único, de esos que no se podrán repetir y darán lugar a un capítulo nuevo en París. Y es que, junto a una inauguración repleta de comida, dulces, música y amigos, se esconde una sorpresa para Anabel que llevo meses organizando, y que espero le guste tanto como me gusta a mí de tan solo pensarlo.

—¿Ya estás preparada?

El reflejo de Anabel se antepone al mío y el corazón me salta en el pecho como lo hace siempre que ella gobierna todos mis sentidos. Doy un paso atrás y me enfrento a su mirada para verme reflejada en el brillo de sus ojos. Está preciosa con ese vestido rojo y mi chupa de cuero.

—Lo estoy, aunque eso no significa que no esté nerviosa. —Mi

confesión provoca su sonrisa y me da un beso que deja huella de su carmín sobre los míos—. Estás increíble, ¿sabes?

—Me alegra, porque te has pasado demasiado tiempo rodeada de otras mujeres y no quiero que ninguna se lleve tu atención esta noche.

—¿Celosa, mi amor? —Sus brazos rodean mi cuello y necesito calmar mis ganas de besarla para no echar a perder un maquillaje que me ha llevado minutos poner en orden.

—Ya sabes que no lo puedo evitar.

La beso, pero, esta vez, de una forma menos dulce.

—Creo que va siendo hora de que nos marchemos o no llegaremos a la inauguración —susurro junto a su boca—. Y no creo que se pueda inaugurar un negocio sin el propietario, ¿no?

Antes de girarme y recoger lo que quiero llevarme conmigo, ella sujeta mi brazo y me obliga a mirarla de nuevo. Por un instante me preocupo, pero una vez que me sonríe, la sensación desaparece y sujeto su mano con mimo esperando que diga todo eso que tiene en mente.

—Me han llamado de la editorial… —comenta y se muerde el labio —. Me han ofrecido un contrato de larga duración y la publicación de todas mis novelas de aquí en adelante.

—¡Eso es increíble, Ani! —grito exaltada—. ¡Dios mío!, ¿sabes lo que eso significa? —Ella me mira con los ojos vidriosos y le sujeto de las mejillas para besarla una vez más—. Una vez leí que en el momento que comienzas a andar el camino que está destinado para ti, todo lo que ocurre son cosas que te hacen feliz y… —digo con la emoción palpitando en mi pecho—. Estoy tan orgullosa de ti…

—Cállate o harás que se me estropee el maquillaje…

—Sí, será mejor que nos vayamos ya o… —Me muerdo el labio ocultando una sonrisa divertida—. Te perderás hasta la sorpresa que te tengo preparada…

—¿Qué sorpresa?

—Está esperando en la pastelería. —Le guiño un ojo—. Así que vamos, démonos prisa o se derretirá —miento.

La celeridad nos ataca a las dos. Dejamos la *péniche* atrás y una vez que ponemos los pies en tierra, una sensación extraña fruto del movimiento del agua, me acoge e impide que pueda dar un paso hacia adelante sin sufrir un pequeño mareo que se pasa tras unos segundos. Llevamos dos años aquí y aún no me acostumbro a esto, pero tengo

que admitir que nuestra casa flotante es mucho más que un paraíso formado a partir de piezas que juntas hemos conseguido ensamblar y mezclar a la perfección.

Está atardeciendo y el barrio de Saint Denis nos acoge iluminado por las primeras farolas encendidas, transformándose en un museo lleno de edificios que son un espectáculo visual a todos los que por él caminamos día tras día. París es así, y es una de las cosas que más amé cuando descubrí tanta belleza en sus fotografías.

El tiempo pasa, lo hace rápido, y cuando giramos en una de las esquinas que nos llevan directas a la esquina que elegí para ubicar mi pastelería, me quedo sin aire y el corazón me deja de latir. Ahí, a tan solo unos metros de donde nos encontramos, puedo verla brillar bajo las luces, pintada de verde, llena de flores, con una terraza que invita a sentarse y unos mostradores que dan la bienvenida al paraíso del dulce. Sé que me voy a pasar todo lo que me quede de vida trabajando, pero también sé que seré feliz haciéndolo.

—¿Todo va bien? —asiento y ella lleva una mano a mi cintura para moverme y hacerme reaccionar.

—No me puedo creer que esto sea real… —admito.

—Es real, mi sirena —susurra dulcemente—. Y es hora de que lo disfrutemos juntas.

—Te quiero, ¿lo sabes? —afirma y yo sonrío—. Te quiero mucho más de lo que te quería hace años, Ani.

—Y yo te quiero mucho más de lo que reconocí antes de que me llevasen a rastras a Valencia —responde.

De pronto, las luces de las farolas parecen centrarse en nosotras y el ruido que nos rodea desaparece. Recuerdo que ella me dijo una vez en la playa que no existían las oportunidades, que los momentos aparecían delante de nuestros ojos para que fuésemos capaces de atraparlos con las manos y disfrutarlos, y entonces, busco en el interior del bolsillo de mi pantalón negro y saco algo que seguro recordará bien.

—Creo que te sonará esto… —digo abriendo la palma de mi mano para mostrarle esa pulsera que me regaló antes de irse muchos años atrás—. Me dijiste que, cuando volviésemos a encontrarnos te la devolviese, pero… he preferido esperar este momento para hacerlo —confieso con una sonrisa mirándola a los ojos—. Anabel, quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, quiero que hagamos realidad todos nuestros sueños, que estemos juntas y seamos libres, y que formemos esa familia que tanto quisimos y que ahora es momento de crear. —

Me quedo en silencio unos segundos—. Esto no es un anillo, pero es algo mucho más importante… y me preguntaba si…

—Sí, Clara, ¡sí! —responde antes de que pueda terminar de hablar.

—¿Sí? —asiente con la cabeza y se muerde el labio levantando su mano para que pueda colocarle la pulsera.

—Me he pasado una vida deseando esto… —susurra—, y no pienso decirte que no ahora. —Nos reímos y nos damos un abrazo que se sella con un beso que seguro va a estropear el carmín de nuestros labios—. ¿Por eso estabas tan nerviosa estos días? —pregunta y yo niego—. ¿Entonces…?

Cuando mis ojos se apartan de los suyos y van hacia la pastelería de nuevo, Sarah y Danielle atraviesan la puerta y señalo con la mano para obligarla a mirar.

—Este día no podía dar comienzo sin ella… —susurro y, cuando Anabel descubre de qué estoy hablando, sus ojos se llenan de lágrimas a la vez que sonríe—. Creo que se lo debemos todo…

—¿Sabes? Eché de menos nuestra conexión…

—¿Nuestra conexión?

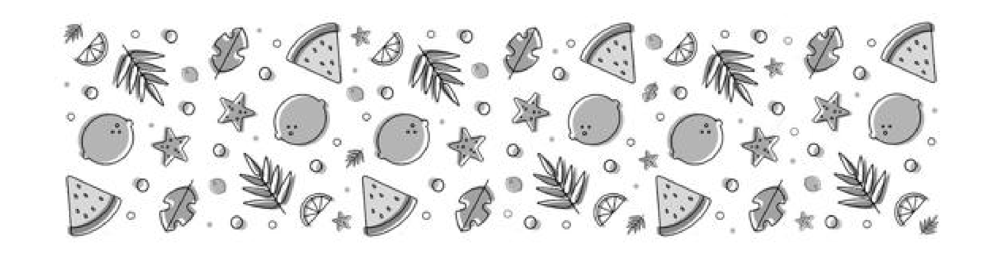
Arrugo las cejas sin tener idea de por qué lo dice y al mirar de nuevo hacia la pastelería todo el mundo se me cae a los pies. Viktor, Pablo, mi padre y Maite se unen a Sarah y a Danielle en una sorpresa que provoca que las lágrimas no dejen de correr por mis mejillas y salga corriendo en dirección a ellos sin pensar siquiera dónde me encuentro.

Como ya dije una vez, el destino pone y te arranca de las manos tanto cuanto desea, y eso es lo que sucede cuando el claxon de un coche rechina y ensordece mis oídos, cuando unas luces vienen contra mí y un golpe doloroso y tenaz sacude mi cuerpo hasta lanzarme lejos de las personas a las que amo.

Lo único que consigo es levantar una mano que, un par de segundos después, Anabel sujeta tanto como lo hace con mi cuerpo. Ni siquiera puedo hablar, toso y las lágrimas caen con miedo, con tristeza, con dolor.

Ella rompe a llorar y todas y cada una de las palabras que dice son eco en mi memoria, sin embargo, es un beso de sus labios lo que llena mi alma de fuerza y lo que me invita a cerrar los ojos y rendirme en sus brazos a la vida.

FIN



EXTRA
SEGUNDAS OPORTUNIDADES

SARAH



“Lo único y último que hay que perder,
es la esperanza.”

Dos años después.

Muchas personas atraviesan nuestras vidas y no todas lo hacen para dejar huella y mejorar nuestra percepción de las cosas. Algunas, tan solo llegan para traer consigo experiencia. Otras, generan tanto dolor que nos ayudan a descubrir todo eso que no queremos con nosotros y también las hay que se presentan ante nuestros ojos para hacer que el mundo en el que vivimos, brille y se llene de color, de calidez y de amor.

Cuando Clara y yo nos conocimos, mi corazón estaba tan revuelto como mi mente. Hacía poco más de tres meses que había muerto mi padre, y conocer sus secretos hizo que mis recuerdos con él se ensuciasen y quise arrancarlos de mi memoria. No podía creer que mi madre, a pesar de ser consciente de su engaño, hubiese seguido adelante con su matrimonio, así que me sentía molesta, tanto, que era incapaz de hablar con ella sin provocar que mis emociones se convirtiesen en flechas disparadas a traición.

Aquella noche, junto a un chocolate con nubes, una mujer que ni siquiera conocía me dio tiempo suficiente para pensar bien las cosas y me acompañó hasta la puerta de casa donde mi madre me abrazó tan fuerte que creí que se me romperían los huesos. Clara supo, sin que yo se lo dijese, lo que necesitábamos y fue gracias a ese reencuentro que la relación con mi madre mejoró y mi vida se iluminó. Algunos días más tarde descubrí, entre las bonitas palabras escritas por mi

madre en un diario viejo, que ambas fueron mucho más que amigas, que un amor fraguado desde la infancia las unió y que, a pesar de su negación, mamá cayó rendida a ella y se enamoró.

Admito que aquella noche me vi mucho más cerca de mi madre que nunca y, sin confesarle aún que yo sentía cosas especiales por Danielle, también me noté comprendida y liberada. Nunca fue fácil para mí admitir que mi amiga francesa me gustaba demasiado y supongo que lo hice porque mi relación con Luis, el hijo de uno de los mejores amigos de mi padre, siempre estuvo condicionada. Así que decidí hacer algo bueno por mamá y empecé a tramar un plan cuya meta era que Clara y ella se diesen una nueva oportunidad. Oportunidad que creí que había volado por los aires aquella mañana que mi madre se montó en el coche y se dio a la fuga rumbo a Valencia. Todo estaba perdido, pero no sé si fui yo o fue la abuela quien lo cambió, pero Clara fue a buscarla y, cuando volvieron a Savina, supe que ya no había nada ni nadie que frenase sus sueños.

Mi madre tan sólo tuvo que enfrentarse a mí y yo se lo puse fácil, pero Clara… ella lo sufrió mucho más. Tuvo que ver cómo la familia a la que se había entregado por completo, le daba la espalda por querer seguir sus sueños; un acto egoísta por parte de ellos desde luego, pero fue suficientemente fuerte para que ella y mi madre lo abandonasen todo y viajasen a París para escribir el primer capítulo de su historia juntas.

Estoy segura de que ninguna esperaba que vivir un sueño las arrastraría a todo esto, pero sé que fueron felices, que disfrutaron cada día como si fuese el último y que no se reservaron ni un instante para decirse cuánto se querían. Esto es lo único que hace que no me sienta culpable de ver a mi madre en el estado en el que se encuentra en este momento.

En París llueve con fuerza y el frío se cuela por las paredes provocando que necesites echarte una manta encima para evitar que te castañeen los dientes. Después de mucho pelear con ella, mi madre ha accedido ir a casa, el hogar que Clara había comprado para ambas meses atrás.

Yo estoy aquí, en este dormitorio del hospital lleno de flores y el lugar en el que Clara duerme presa de un profundo sueño del que no quiere despertar a pesar de que salió del coma después de que la trataran de un fuerte traumatismo en la cabeza a causa de la caída durante el accidente. Todo huele a limón y mi madre no ha dejado de decir que eso la ayudará, pero lo que creo es que nada hará que despierte, tan solo las ganas que ella tenga de volver a vivir.

Es Navidad y en todo el mundo este día se celebra con ilusión y esperanza. El hospital se ha llenado de decoraciones navideñas y, en los rincones más emblemáticos de la ciudad, reinan las luces y los abetos recordando que hoy es un día mágico y que, si tienes suerte, puedes ver hecho realidad tus deseos. Lo único que quiero, sin importar mis propias necesidades, es que ella despierte. Y no lo pido porque sepa que así mi madre será feliz, lo deseo porque si hay alguien entre todos nosotros que merezca tener esta segunda oportunidad de vivir es ella.

Hay personas que tienen el corazón corrompido, pero el de Clara, a pesar de todo lo vivido, estaba lleno de miel dulce, de calor, de cariño, de amor y de luz, y sea quien sea quien deba tomar la decisión, no puede permitir que ella nos deje. No cuando su única pasión en el mundo era hacer felices a las personas.

—¿Ha habido algún cambio?

La voz de mi madre me sorprende justo cuando agarro la mano cubierta de manchas de Clara y que, en contraste con la mía, está fría e inerte. Quiero preguntarle a mamá qué hace aquí, sin embargo, cuando se acerca y le besa la frente con amor, las palabras se me quedan atascadas y lo único que hago es apoyarla con una caricia en su hombro.

—¿Danielle no ha venido contigo? —pregunto con curiosidad.

—Me ha dicho que iba a la cafetería a comprar algo de comer para ti —responde regalándome una sonrisa que esconde mucho dolor—. Esa chica se desvive por ti…

—Lo sé… —aseguro—. Aunque a veces me pregunto si lo que hago por ella equilibra la relación —comento sentándome en uno de los sillones que hay junto a la cama.

—Te contaré algo…

Tras acomodarle el cabello a Clara, y recogérselo hacia uno de los lados, camina y se sienta en una silla que coloca junto al sofá en el que estoy sentada.

—Ya sabes que crecimos juntas —dice llevando la mirada hacia su amor—, pero lo que no sabes es que ella fue la primera en descubrir que lo que sentía era amor. —Se toma unos segundos para recorrer con cuidado el gesto de quien es el amor de su vida y entonces, me mira de nuevo—. Nunca me lo dijo, bueno, al menos hasta que en mi cumpleaños número dieciséis, me atreví a regalarle una caricia que jamás le había dado.

Una sonrisa fugaz se dibuja en sus labios y se desdibuja poco

después.

—Siempre he creído que me quiso mucho más de lo que yo la llegué a querer a ella —admite y suelta un suspiro—. Pero, cuando llegamos a París, me di cuenta de que no hay más o menos en el amor. Cuando uno ama y quiere a otra persona tiene una forma muy personal de hacerlo y está en el otro aceptarla e intentar no moldearla. De las dos, ella siempre amaba con más intensidad, con más fuerza, con más seguridad, y yo, era la más seria, la más comedida y la más tranquila. —Sonríe con melancolía—. Nunca me pidió más, ni yo a ella le pedí menos. Así que todo fue dulcemente sencillo.

—Pero todo el mundo dice que…

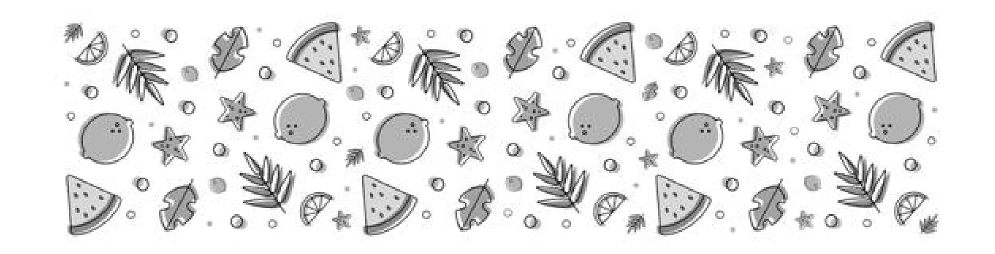
—Sí, todo el mundo dice que en una relación todo tiene que ser igualitario —continúa—, pero dime algo… ¿también le pedirías a Danielle estar al cien por cien cuando le pese demasiado la vida y no tenga fuerzas para dártelo? —me pregunta y niego convencida—. Entonces ya sabes que en las relaciones habrá días que darás cincuenta, otros veinte, otros setenta…

—Y otros… en los que darás tu vida…

La Navidad es una época llena de esperanza, un momento para el reencuentro, para la celebración, para recibir el regalo de la vida y dar la bienvenida al amor. Y en el momento en que la voz de Clara interrumpe nuestra conversación, ya no importa el tiempo que ha pasado, el lugar en el que estamos, lo mucho que hemos sufrido o si el calor se ha ido y ha llegado ya el frío; no importa nada más que el destino, porque ha sido él el que ha permitido que este amor tenga una segunda oportunidad.

Porque, al final, existen instantes llenos de magia y segundas oportunidades llenas de besos, caricias, abrazados, risas, y sobre todo, amor a raudales.

Continuará en…
TE ENCONTRÉ II



AGRADECIMIENTOS

Esta, mi primera novela en este nuevo inicio, se la dedico a la mujer con la que comparto día y noche mi vida. De no ser por ella nunca me habría atrevido a estar aquí hoy delante de vosotras. Creo que decirte que te amo y que soy feliz por vivir todo esto contigo nunca es suficiente, así que hoy lo dejo escrito por aquí, para que todo aquel que se anime a leer esta historia sepa de donde surgen cada una de las emociones que se quedan escritas a través de mis palabras.

También se la dedico a mi mejor amiga, porque siempre está ahí, con su gran corazón y esas charlas por WhatsApp que se convierten en podcast cada día. A mi profesora de yoga, Bea, porque gracias a ella he aprendido mucho más de mí y he descubierto cositas que antes pasaban desapercibidas.

No podía faltar la mención a esas personas que he encontrado por el camino y con las que he disfrutado de dar forma a “Con sabor a limón y sal”; Rocío y Omayra, sois las mejores y que sepáis, os quiero siempre conmigo.

Y por supuesto, a todas esas personas que forman parte de mi vida, que están cerca de mí y no tan cerca; a amigos en la lejanía y almas que están junto a las estrellas.

Os quiero y os doy a todo mil gracias.

Vero.